

1800 PASOS

José Masià

18 pasos.

Autor:
José Masiá

Capítulo 1 — El nombre borrado

Cádiz amanece. La luz cae limpia sobre la piedra vieja, sobre los balcones con ropa tendida, sobre las rejas oxidadas que aún guardan secretos de otros siglos. Y el mar —siempre el mar— parece una línea sencilla, una calma para quien no conoce su carácter.

Eduardo Martinel caminaba deprisa por la calle Ancha con el teléfono pegado a la oreja y la chaqueta en el antebrazo, como si el día se le estuviera escapando por una grieta invisible. Tenía esa manera de andar de los hombres que no se permiten mirar a los lados: el cuerpo presente, la cabeza en otra parte.

—Sí, María. Sí. Te lo juro.

Al otro lado, su mujer no levantaba la voz. No le hacía falta. La preocupación, cuando lleva años contigo, se aprende a decir sin ruido.

—¿A qué hora sales? —preguntó ella.

Eduardo miró el reloj sin ver el reloj.

—A mediodía. Iré directo.

—Los niños...

—Lo sé. —Tragó saliva—. Dale un beso a Eduardo y a Rubén de mi parte. Y dile a Rubén que hoy sí le llevo lo que me pidió.

Una pausa mínima, como un hilo tensándose.

—No prometas si no estás seguro —dijo María.

Eduardo cerró los ojos un instante. Tenía veintiocho años y había aprendido a mentir temprano, pero aún le dolía cuando la mentira rozaba lo único limpio que le quedaba.

—Estoy seguro.

Colgó antes de que la conversación se convirtiera en otra cosa: una pregunta, un reproche, una verdad. Guardó el móvil en el bolsillo

interior, se ajustó el reloj, y siguió andando.

A esa hora la ciudad todavía era amable. Olía a café recién molido y a pan, y en las esquinas se barría con calma. Un hombre sacaba una silla a la puerta de un bar como quien coloca una pieza en el tablero. Un gato cruzó rápido y desapareció bajo un coche. En una pared, una pintada vieja decía NO TE VAYAS y alguien había añadido debajo, con un rotulador nuevo: YA ES TARDE.

Eduardo giró hacia la plaza de San Antonio y se metió en un edificio de oficina que intentaba ser moderno sin conseguirlo. El ascensor olía a desinfectante barato. Subió solo. Se miró en el espejo y vio lo que veía cada día: barba de dos días, ojeras que no correspondían a un padre joven, y una mirada que había aprendido a desconfiar incluso cuando no había motivo.

En la tercera planta, un cartel discreto: Peritaciones y Siniestros — Patrimonio.

Dentro, el aire era frío. De esos fríos de oficina que no vienen del invierno sino del control y la humedad.

—Buenos días, Eduardo —dijo su compañera sin levantar demasiado la vista del ordenador.

—Buenas.

Se sentó en su mesa, encendió su equipo, revisó la agenda del día: dos informes, una llamada pendiente, una visita a una vivienda con daños y una reclamación de colección privada en el casco antiguo. Nada extraordinario.

Hasta que el correo entró.

Un mensaje automático, de esos que normalmente se borran sin abrir. El asunto estaba escrito con una precisión que asustaba:

REMISIÓN DOCUMENTACIÓN — EXP. 19/93 — Cádiz / Juzgado

Eduardo frunció el ceño. Su empresa trabajaba con aseguradoras, no con juzgados. Le dio clic. El cuerpo del mensaje era escueto, impersonal, como si lo hubiese escrito una máquina con prisa:

Se adjunta documentación vinculada a expediente histórico.

Revisión por peritación de patrimonio.

Confirmar recepción.

Debajo, un fichero adjunto comprimido. Nombre: DOC_19-93_CADIZ.zip.

Eduardo se quedó quieto. El tipo de quietud que no es calma, sino alerta.

Movió el ratón. Dudó antes de descargar. En la pantalla, el cursor parecía un dedo temblando.

Pensó en el padre. En la palabra cárcel, que en su casa no se decía nunca, pero lo ocupaba todo. Pensó en los hermanos que ya no eran hermanos sino nombres sueltos: Kike con su pragmatismo, Alberto con su distancia, Ana con su forma de reírse cuando todo se rompía, Elo —la mayor— perdida en un dolor que no sabía nombrar. Y Pepe, el menor, el único que aún lo miraba como si Eduardo fuera alguien capaz de arreglar el mundo.

Eduardo descargó el fichero.

No lo abrió de inmediato. Lo guardó en una carpeta de trabajo como si pudiera domesticar el peligro con un gesto ordenado. Después, abrió su agenda, se obligó a revisar un par de correos, contestó una llamada breve. Se obligó a ser normal.

Pero el fichero seguía ahí, como una piedra en el zapato.

A las once y veinte, cuando la oficina se quedó un poco más silenciosa, cuando el ruido del teclado ajeno dejó de parecerle compañía, lo abrió.

Dentro había tres documentos escaneados y una foto.

El primero era una carátula judicial amarillenta, con sellos, firmas torcidas y números de registro. Expediente 19/93. Cádiz.

El segundo era un manifiesto de carga marítima. Un listado de contenedores y mercancías que, para cualquiera, habría sido una sopa de letras y cifras. Para Eduardo, que llevaba años oliendo el

fraude como se huele la humedad detrás de una pared, era otra cosa: era un mapa.

El tercero era una declaración. Dos páginas. Letras mecanografiadas. Un nombre arriba.

Y ahí, en la parte superior, Eduardo sintió que algo se le metía bajo la piel.

Porque el nombre estaba borrado.

No tachado con tinta, no tapado con un sello. Borrado con una mancha gris, como si alguien hubiese pasado una herramienta sobre el texto para arrancarle la identidad.

Bajó la vista.

En el margen, a mano, una anotación en bolígrafo azul, antigua, temblada:

“Testigo clave. No citar.”

Eduardo tragó saliva.

La foto era lo último. Un polaroid mal iluminada de una obra de arte envuelta en tela oscura, apoyada contra una pared. Podía ser el interior de un contenedor, o la bodega de un barco. Se veía una esquina del marco, dorado, viejo. Y una etiqueta colgando.

Eduardo acercó la imagen a la pantalla. Amplió.

La etiqueta tenía un número y, debajo, una palabra:

GIRÓN

Se le heló el estómago.

Esa palabra no era común en su vida... y, sin embargo, estaba ahí. Severiano Girón. El amigo de la familia. El hombre que había estado presente en su casa desde que él tenía memoria, sin ocupar sitio, pero ocupándolo todo: un plato más en la mesa algunas noches, una bolsa con comida cuando faltaba dinero, un “¿cómo estás, chaval?” cuando nadie preguntaba.

Severiano.

Eduardo dejó el ratón. Se echó hacia atrás en la silla, como si necesitara distancia para pensar.

Y pensó.

Pensó en el juicio que no entendió con nueve años. En las voces de adultos hablando en otra habitación. En su padre entrando en casa con la cara pálida y la camisa mal abrochada. En el beso rápido en la frente. En la puerta cerrándose. En la palabra culpable flotando como un insecto.

El expediente 19/93 era del 93.

La condena de su padre... fue en el 94.

Un año.

Un hilo.

Eduardo volvió al manifiesto de carga. Lo leyó como si le fuera la vida en eso. Y, de pronto, vio algo que lo hizo enderezarse de golpe.

Entre contenedores de "material industrial" y "bienes varios", había un código que no encajaba. Una descripción demasiado vaga. Una línea que parecía escrita para pasar desapercibida:

"Objetos decorativos — Colección privada."

Eduardo sonrió sin alegría. Objetos decorativos. Así se llamaba, en los papeles, lo que costaba millones.

Buscó el número del contenedor.

Y lo encontró repetido en el segundo documento: un registro portuario con una marca en rojo. Una flecha.

Debajo, otro comentario manuscrito:

"Sustituido por orden superior."

Eduardo sintió cómo la sangre le golpeaba las sienes.

Un golpe seco en la mesa lo sacó de su trance. Su compañera, al pasar, le dejó una carpeta.

—Te han adelantado esto. Urge.

Eduardo asintió sin mirarla. Esperó a que se fuera.

Cerró la carpeta sin abrirla. El mundo real estaba en la pantalla.

Miró de nuevo la declaración con el nombre borrado.

Había algo más.

En la parte inferior, dos firmas: una ilegible y otra clara como un puñal.

S. Girón.

Eduardo se quedó sin aire.

No era "GIRÓN" como etiqueta de obra. Era firma.

Severiano Girón había firmado una declaración en un expediente judicial vinculado a Cádiz en 1993.

Y nadie —nadie— se lo había dicho jamás.

El corazón le golpeó fuerte una vez. Luego otra. Luego se calmó de golpe, como si el cuerpo entendiera que no era momento de temblar.

Eduardo cerró el documento. Lo abrió otra vez. No porque dudara, sino porque necesitaba comprobar que el mundo seguía siendo el mismo.

Y no lo era.

Miró el reloj. Once y treinta y tres.

Pensó en llamar a Severiano. En enfrentarlo. En preguntarle "¿qué cojones es esto?" y escuchar la voz de siempre respondiendo con calma marina. Pensó en María. Pensó en los niños. Pensó en Pepe, que seguro diría: Ten cuidado, Edu.

Y entonces, como si el destino tuviera sentido del humor, entró un nuevo correo.

Asunto:

RE: REMISIÓN DOCUMENTACIÓN — EXP. 19/93

El cuerpo del mensaje era una sola línea:

Error de destinatario. Rogamos elimine el fichero y confirme borrado.

Eduardo sintió un frío distinto, un frío de amenaza.

Miró el remitente. Un correo genérico, sin nombre.

Le tembló la mano por primera vez.

No por miedo. Por comprensión.

Si alguien le pedía que lo borrara, era porque alguien sabía que lo había recibido.

Y si alguien sabía, era porque alguien estaba mirando.

Eduardo abrió de nuevo el primer documento. Buscó la cabecera, el sello, el código.

Y en un lateral, casi invisible, había un número de teléfono escrito a mano. No pertenecía a ningún juzgado. No tenía prefijo oficial. Era un móvil.

Debajo, dos palabras:

“Si aparece.”

Eduardo se quedó un segundo inmóvil.

Luego, sin pensarlo demasiado —o pensándolo con esa parte de la mente que decide por instinto cuando el resto se queda atrás—, cogió su móvil y marcó.

Un tono. Dos.

Al tercero, contestaron.

No una voz humana. Primero, un silencio.

Luego, una respiración.

Y una voz grave, muy cerca del micrófono, como si hablara desde una habitación sin ventanas:

—¿Eduardo Martinel?

Eduardo sintió que se le endurecía la mandíbula.

—¿Quién es?

Un segundo de pausa, como si la otra persona sonriera sin necesidad.

—Lo que tienes no es para ti. Ya te lo han dicho.

Eduardo apretó el móvil con fuerza.

—¿De qué va esto?

La voz no contestó a la pregunta.

—Escucha bien —dijo—: borra el fichero. Y olvida el nombre.

Eduardo abrió la boca, pero no llegó a hablar.

Porque la voz añadió, suave, casi educada:

—Y no llames a Severiano Girón.

Ahí, por primera vez, Eduardo sintió miedo de verdad.

Porque no era una amenaza general. Era precisa. Personal. Íntima.

Y antes de que Eduardo pudiera reaccionar, la llamada se cortó.

Eduardo se quedó mirando la pantalla negra del móvil, oyendo su propia respiración como si no le perteneciera.

Despacio, volvió la vista al ordenador.

Al documento.

Al nombre borrado.

A la firma.

S. Girón.

Y entonces, como si el día no fuera suficiente, el sistema hizo algo que él no había visto nunca: el fichero que había descargado cambió solo de nombre en su escritorio.

Donde antes decía DOC_19-93_CADIZ.zip, ahora decía:

BORRAR_AHORA.zip

Eduardo no se movió.

Ni parpadeó.

Solo pensó, con una claridad que le dolió:

Esto no me ha encontrado por accidente. Esto venía a por mí.

Y en el reflejo oscuro de la pantalla, por un instante, creyó ver a alguien detrás de él.

Se giró de golpe.

No había nadie.

Pero en la bandeja de entrada, un nuevo correo acababa de entrar sin sonido, como una serpiente:

Asunto:

Tu padre no fue el primero.

Adjunto:

FOTO_01.jpg

Eduardo lo abrió.

Y la imagen lo dejó sin sangre.

Era una foto antigua, de mala calidad, tomada en un muelle de Cádiz. Un hombre joven, de espaldas, con uniforme de trabajo, miraba hacia un barco mercante.

En el borde inferior, con tinta desvaída, alguien había escrito una fecha: 1993.

Y un nombre, claro, sin borrar:

SEVERIANO.

Eduardo tragó saliva, y por primera vez en mucho tiempo notó que el mundo se inclinaba, como un barco cuando cambia el viento.

Se quedó mirando la foto mientras Cádiz, ahí fuera, seguía amaneciendo como si no debiera nada.

Y entonces susurró, sin darse cuenta:

—¿Qué hiciste...?

La pregunta quedó flotando en la oficina fría.

Capítulo 2 — Sal y metal

El mar no recuerda los nombres, pero recuerda las vidas.

Severiano Girón lo pensó sin solemnidad, como se piensan las cosas que uno se ha repetido tantas veces que ya forman parte del cuerpo. Estaba sentado en una silla de plástico, en un balcón pequeño que miraba hacia la bahía, con un vaso de agua a medio acabar y el viento jugando con la cortina como si tuviera dedos.

Cádiz, desde ahí, era otra ciudad. No la de las callejuelas donde el eco te persigue, sino la abierta, la que se rinde al horizonte. El agua brillaba con una calma engañosa, y algún barco entraba despacio, como si el mundo todavía funcionara.

Severiano tenía sesenta y cinco años y el mundo había dejado de prometerle cosas hacía mucho. Aun así, cada mañana abría los ojos y tardaba unos segundos en recordar por qué seguía haciéndolo. Luego llegaba el inventario: la cama vacía, el armario con ropa que ya no olía a nadie, la taza con el desconchón que Ana “Anita” se negaba a tirar porque decía que daba suerte.

Ocho años.

Ocho años desde que el cáncer se la llevó sin pedirle permiso. Ocho años desde que Severiano aprendió que el silencio no protege de la muerte: solo te deja solo cuando llega.

La casa era humilde, pero ordenada. Paredes claras, muebles de madera gastada, una radio vieja que aún funcionaba y una foto en el aparador donde Anita sonreía con una naturalidad que Severiano ya no encontraba en nadie. A veces él se sorprendía hablándole como si estuviera en la cocina. A veces no. A veces la ausencia era tan física que le pesaba en el pecho como una mano.

Encendió la radio.

Una copla antigua, voz de mujer, una guitarra tímida y un recuerdo de Anita cantando en la cocina. Severiano la escuchó sin escucharla. Miró el móvil sobre la mesa del balcón. Móvil sencillo, pantalla

pequeña. No lo usaba para internet. Lo usaba para dos cosas: recibir llamadas y evitar recibirlas.

No había notificaciones.

Eso, normalmente, era una buena noticia.

Se levantó, entró en el salón y pasó la mano por el aparador sin mirar, como quien comprueba que las cosas siguen en su sitio. Abrió el cajón inferior, el que no se abría nunca delante de nadie, y sacó una caja de metal.

Era una caja de galletas antigua, con dibujos descoloridos. De esas que en las casas acaban guardando botones, cartas, fotos. Severiano la abrió con cuidado, como si fuera a hacer ruido.

Dentro había papeles doblados y una libreta de tapas negras, la esquina desgastada. La libreta tenía manchas de sal. No metafóricas. Sal real. Sal de mar pegada a tinta de otro tiempo.

Severiano la sacó y la sostuvo un momento en la mano, midiendo el impulso de abrirla. Había días en los que la abría sin resistencia. Había otros en los que no podía ni mirarla.

Ese día la abrió.

La primera página tenía su letra más joven, más firme, más arrogante:

Bitácora personal. No oficial.

Severiano pasó hojas hasta llegar a una marca: un pequeño pliegue en una esquina, hecho a propósito.

La fecha estaba escrita con precisión de marino:

12 de septiembre de 1993

Severiano leyó despacio, porque el pasado, si se lee deprisa, se defiende.

Entramos en Cádiz de madrugada. Levante fuerte. La bahía parecía un plato movido por manos nerviosas.

El capitán no quería acercarse al muelle con esa mar, pero llegó la orden. "Se entra". Sin discusión.

En bodega, contenedor 4B-17. No figura bien en el manifiesto. Lo han escrito como "objetos decorativos".

Nadie escribe eso si no quiere esconder algo.

Ivo dice que no mire. Ivo siempre dice que no mire. Ivo tiene los ojos de quien ya ha decidido no ser persona.

Severiano tragó saliva. La palabra Ivo no había perdido veneno con los años.

Pasó la página.

Cuando abrieron el contenedor, olía a madera podrida y a barniz. No es olor de mercancía. Es olor de museo.

Había una obra envuelta en tela oscura. Marco dorado.

Uno de los hombres que venían de tierra se santiguó antes de tocarla.

Me pidieron que firmara una declaración de recepción. No era de mi competencia.

Firmé.

Firmé como se firma cuando sabes que, si no firmas, te hunden el barco contigo dentro.

Severiano cerró los ojos. Ocho años de viudez no habían conseguido borrarle ese gesto de la mano: la firma que lo condenó sin juicio.

La libreta tembló ligeramente entre sus dedos. No eran nervios. Era la edad. O era culpa. A veces uno no sabe distinguir.

El móvil vibró.

No sonó. Solo vibró, como si el aparato también supiera que ciertas llamadas no se anuncian.

Severiano miró la pantalla.

Número desconocido.

Se quedó quieto.

El mar, allá fuera, brillaba.

El móvil vibró otra vez. Insistente.

Severiano lo cogió, pero no contestó de inmediato. Miró un punto fijo del suelo, como si allí hubiera una instrucción.

Contestó.

—¿Sí?

Al otro lado no hubo saludo.

Una respiración corta, contenida.

Y luego una voz.

—Han encontrado el fichero.

Severiano apretó los labios. No preguntó “quién eres”. Esa pregunta era para la gente que aún cree que el mundo funciona con nombres.

—¿Dónde? —dijo.

—Cádiz.

Severiano notó cómo el estómago se le convertía en piedra.

La voz siguió, tranquila:

—No estaba previsto. Iba a seguir enterrado.

Severiano miró la libreta abierta sobre la mesa. La fecha: 12 de septiembre de 1993. Cádiz.

Como si el tiempo fuese un círculo mal cerrado.

—¿Quién lo tiene? —preguntó Severiano.

Hubo una pausa mínima.

—Eduardo Martinel.

El nombre cayó en el salón como cae un vaso al suelo: sin hacer ruido primero, pero rompiéndolo todo por dentro.

Severiano no se movió.

En su cabeza, por un segundo, no fue un hombre de sesenta y cinco años en un piso humilde. Fue un joven en cubierta, con las manos sucias de grasa, mirando una ciudad desde la borda y creyendo que aún tenía opción de ser decente.

Luego volvió.

—No pronuncies ese nombre —dijo Severiano, más para sí que para la voz.

La voz soltó algo parecido a una risa, pero sin alegría.

—Ya lo han pronunciado por ti.

Severiano se pasó la mano por la cara. Sintió la barba dura, la piel seca. Sintió el cansancio de quien ha cargado demasiadas cosas demasiado tiempo.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Lo de siempre —dijo la voz—: que todo siga igual.

Severiano miró hacia el aparador. La foto de su Anita. Su sonrisa.

Todo siga igual. Como si eso fuera posible.

—Eso no existe —murmuró.

—Existe si tú te callas —respondió la voz—. Como siempre.

Severiano cerró la libreta con un golpe suave. No por fuerza. Por decisión. Guardó la libreta en la caja de metal y empujó la caja al fondo del cajón como si escondiera un animal vivo.

—Escúchame —dijo Severiano—. Si ese chaval...

—No es un chaval —lo cortó la voz—. Tiene veintiocho.

Severiano tragó saliva.

—Si Eduardo se mete donde no debe —continuó Severiano—, lo van a...

La voz no lo dejó terminar.

—Lo van a matar. Sí. O lo van a destruir sin matarlo. Depende de cuánto hable.

Severiano sintió algo primitivo subirle por el pecho. Una mezcla de rabia y pánico que creía olvidada.

—¿Quién está moviendo esto? —preguntó.

Hubo un silencio. Un silencio que no era duda, era medida.

—Damián Paredes.

El nombre no le era desconocido. Algunos nombres se te quedan pegados, aunque nunca los hayas visto en persona. Se te quedan por cómo los pronuncian otros: con respeto falso.

Severiano se apoyó en la mesa. Notó el borde clavándosele en la palma.

—Hace años que no...

—Hace años ... nadie deja de ser quien es —dijo la voz—. Solo se vuelven más finos.

Severiano miró hacia la ventana. El mar seguía ahí, indiferente. Cádiz seguía ahí, hermosa como una mentira.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

La voz tardó en contestar, como si disfrutara de la necesidad ajena.

—Lo que siempre hiciste bien: aparecer cuando hace falta y no decir la verdad.

Severiano cerró los ojos.

No decir la verdad. La frase era una llave. Abría una puerta que él había mantenido cerrada décadas.

—No —dijo Severiano, casi sin voz.

—¿Cómo has dicho?

Severiano abrió los ojos. Se vio reflejado en el cristal: un viejo con mirada de mar y manos de culpa.

—He dicho que no.

Al otro lado, por primera vez, se oyó algo parecido a sorpresa.

—No te pongas sentimental, Girón.

Severiano sonrió una vez. Fue una sonrisa seca, sin dientes.

—No es sentimentalismo —dijo—. Es tarde.

La voz se endureció.

—¿Y qué piensas hacer?

Severiano miró el cajón cerrado. La caja de metal dentro. La libreta. Su firma. Cádiz. 1993.

Pensó en Eduardo Martinel, con su nombre completo. No lo veía desde hacía meses, pero lo veía cada vez: en un gesto, en una manera de apretar la mandíbula, en esa forma de andar como si tuviera que llegar antes de que el mundo se cayera.

Severiano tragó saliva. Notó algo parecido a una punzada en el pecho. No de corazón. De conciencia.

—Voy a verlo —dijo.

La voz soltó un suspiro, como quien oye a un hombre cavar su propia fosa.

—No deberías.

—Ya —dijo Severiano—. Nunca debería haber hecho muchas cosas.

Silencio.

Severiano pensó que la llamada había terminado. Pero la voz volvió, baja, afilada:

—Si lo ves, no podrás parar.

Severiano apretó el móvil.

—Eso es lo que me has quitado toda la vida —dijo—: parar.

La llamada se cortó.

Severiano se quedó un momento con el móvil en la mano, oyendo el eco de su propia frase. Parar. Como si fuera algo que uno decide.

Fue hasta el dormitorio. Abrió el armario. Sacó una bolsa de viaje vieja, de lona, y la puso sobre la cama.

Empezó a meter ropa sin pensar demasiado: camisas, un jersey, un pantalón. Movimientos automáticos, como los de los marinos cuando hay que abandonar un puerto rápido.

Luego se detuvo.

Se acercó al aparador, miró la foto de Anita.

—Perdóname —dijo, pero no sonó como súplica. Sonó como inventario.

Severiano abrió un cajón pequeño y sacó un sobre amarillento. Lo sostuvo un segundo, sin abrirlo. En la esquina, escrito con letra firme y antigua, había dos palabras:

“Si muero.”

Severiano lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Se calzó, cerró la puerta del piso, bajó las escaleras despacio. Cada escalón parecía pedirle cuentas.

En la calle, el sol ya había subido. La ciudad estaba viva. En una terraza, dos hombres discutían de fútbol. Una mujer reía. La vida, siempre, haciendo como si el pasado fuera otra cosa.

Severiano caminó hacia el coche.

Antes de abrir la puerta, miró al mar.

No lo miró como se mira un paisaje.

Lo miró como se mira a un juez a punto de dictar sentencia.

Y por primera vez en mucho tiempo, Severiano Girón entendió una verdad simple:

Que todo lo que no se dice, vuelve.

Y vuelve en forma de persona.

Se metió en el coche, giró la llave y arrancó.

El motor sonó viejo.

Como él.

Y mientras salía, su móvil vibró una vez más.

Un mensaje.

Sin remitente.

Una frase:

“Ya le han hablado. Ahora te toca a ti.”

Severiano no contestó.

Pero apretó el volante como si fuera a romperlo.

Y puso rumbo a Cádiz, sabiendo que, cuando llegara, tal vez no habría forma de volver a marcharse.

Capítulo 3 — La pequeña galería

Cádiz seguía oliendo a mar cuando Eduardo salió a la calle, pero él ya no podía oler nada que no fuera amenaza.

La voz de la llamada le había dejado una sensación amarga, como si le hubieran hablado desde un sitio donde no hay ventanas. Y lo peor no era lo que le dijeron, sino lo que supieron: su nombre completo, el fichero, Severiano. Esa precisión íntima que no se consigue con suerte.

En la oficina, el aire acondicionado seguía lanzando su frío de mentira. Eduardo cerró sesión, apagó la pantalla con una calma demasiado lenta y metió el portátil en la mochila como quien guarda un arma. No miró a nadie. Se limitó a decir “tengo que salir” con la misma naturalidad con la que otros dicen “vuelvo en cinco minutos”.

En el ascensor, se miró otra vez en el espejo y tuvo la sensación de que había envejecido media década desde las once y media.

Al pisar la calle, el sol le pareció una provocación.

Caminó hacia el aparcamiento con pasos medidos, sin prisa aparente. En Cádiz la prisa te delata; aquí se aprende pronto que hasta los culpables andan despacio. Miró los reflejos en los escaparates, el cristal de los coches, las sombras en las esquinas. No vio a nadie mirándolo. Eso no lo tranquilizó.

Se subió al coche y se quedó con las manos en el volante, sin arrancar.

Pensó en llamar a Severiano.

La voz se lo había prohibido de forma explícita, como si el simple acto de marcar un número pudiera disparar algo más grande. Esa prohibición —esa manera de señalar un punto concreto del mapa— era, en sí misma, una pista.

No llames a Severiano Girón.

Como si Severiano fuera una mala solución.

Eduardo tragó saliva, sacó el móvil y llamó a otra persona.

—¿Pepe?

La voz de su hermano menor tardó apenas un tono en aparecer, despierta, aunque Eduardo sabía que a esas horas Pepe ya llevaba la mañana encima.

—¿Qué pasa, Edu?

Eduardo miró por el retrovisor sin saber qué buscaba.

—Necesito que me hagas un favor. Uno rápido.

Hubo un silencio breve. Pepe no preguntó “por qué”. Pepe era de los que entienden antes de oír.

—Dime.

—Quiero que te pases por casa esta tarde. Un rato. Por si... por si yo me retraso.

Eduardo notó cómo le costaba decir el nombre de su mujer, como si nombrarla fuera meterla en esto.

—¿María sabe algo?

—No —dijo Eduardo, y la mentira le raspó la garganta—. Y no quiero que sepa.

Pepe respiró al otro lado.

—Edu, ¿qué has hecho?

La pregunta, tan simple, lo golpeó más que la amenaza.

—Nada —dijo Eduardo, demasiado rápido—. Todavía nada.

Otra pausa, como si Pepe tomara nota de esa palabra.

—Voy —dijo Pepe—. Pero tú me llamas cuando puedas.

Eduardo se permitió un segundo de alivio. Solo uno. Luego volvió a la realidad.

—Gracias.

Colgó y arrancó.

No fue directo a ningún sitio “oficial”. No fue al juzgado, ni a comisaría, ni a un despacho. Lo primero que aprendió de niño — cuando la casa se llenó de voces y su padre desapareció tras una puerta— fue que lo oficial llega tarde, cobra caro y no era prudente fiarse de los compañeros.

Necesitaba entender qué tenía entre manos. Necesitaba traducir aquellos papeles al idioma real del mundo: el dinero, los contactos, el miedo.

Y para eso no servían los jueces.

Servían las galerías.

La galería de Petra Lucciana estaba en una calle discreta del centro, de esas que no salen en las guías turísticas, pero sostienen media ciudad. El local tenía un letrero pequeño, sin pretensiones, y un escaparate donde colgaban dos obras que parecían elegidas para no gustar demasiado: suficiente belleza para atraer, suficiente frialdad para filtrar.

Eduardo aparcó en la Alameda, a dos calles, caminó el tramo final sin mirar el móvil, y entró.

Dentro olía a madera limpia, a barniz reciente y a un perfume caro que no quería ser evidente. La luz era blanca, precisa, sin sombras dramáticas. Una galería pequeña que jugaba a ser grande.

Petra estaba al fondo, de espaldas, hablando con un hombre que Eduardo no reconoció. Tenía el pelo recogido, oscuro, y una postura que decía que era la propietaria de todo eso. Cuando terminó la frase, se giró con una sonrisa profesional que tardó un segundo en convertirse en otra cosa: reconocimiento.

—Eduardo Martinel —dijo, como si lo estuviera colocando en una estantería mental—. No sueles venir sin avisar.

Eduardo miró al hombre con el que hablaba. Traje claro, reloj caro, ojos de turista con dinero. Petra captó el gesto y habló con naturalidad:

—Ahora vuelvo.

El hombre asintió, sin prisa. El tipo de hombre que nunca espera sin sentirse poderoso.

Petra caminó hacia Eduardo con una elegancia sin esfuerzo.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —preguntó en voz baja cuando estuvieron cerca.

Eduardo se acercó un poco, lo justo para que el mostrador los cubriera de miradas ajenas.

—Necesito que mires una foto —dijo.

Petra alzó una ceja.

—Si es un siniestro, ya sabes que no soy perito. Y sonrió

—No es un siniestro —dijo Eduardo—. Es... otra cosa.

Petra se quedó quieta. Su mirada se afiló un grado.

Eduardo sacó el móvil, abrió la imagen del contenedor con la obra envuelta y se la enseñó sin decir más.

Petra no la tocó. No acercó los dedos. Se limitó a mirar la pantalla como si pudiera olerla.

El silencio duró lo suficiente para que Eduardo notara el zumbido del aire.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Petra al fin.

Eduardo tragó saliva. No podía mentir del todo, pero tampoco podía decir la verdad.

—Me ha llegado con unos documentos antiguos —dijo—. 1993. Cádiz.

Petra levantó la vista hacia él. Por primera vez, la sonrisa desapareció del todo.

—¿1993? —repitió.

Eduardo asintió.

Petra le devolvió el móvil con cuidado, como si quemara.

—Esa etiqueta... —murmuró—. Ese formato lo usaban algunos intermediarios cuando no querían que el nombre real apareciera. No

es el autor. Más bien diría que es el rastro.

Eduardo sintió un latido fuerte en la garganta.

—¿Rastro de qué?

Petra miró hacia el fondo de la galería, al hombre del traje claro. Luego volvió a Eduardo.

—Rastro de quién lo mueve —dijo—. Y de quién lo protege.

Eduardo bajó la voz.

—¿La obra es valiosa?

Petra soltó una risa breve, sin humor.

—Si me preguntas eso, es porque ya sabes la respuesta.

Eduardo apretó el móvil.

—¿Puedes decirme qué es?

Petra lo observó un segundo largo. En sus ojos había curiosidad, sí. Pero también otra cosa: una prudencia práctica, como la de alguien que ha visto cómo la belleza se convierte en delito sin cambiar de marco.

—Con una foto así, no te puedo dar un nombre —dijo—. Pero puedo decirte una cosa: esa manera de envolver... eso no es un traslado legal.

Eduardo sintió un frío por dentro.

Petra continuó, muy calmada:

—Si eso pertenece a lo que creo, está relacionado con una cadena vieja. Gente que colecciona en silencio. Gente que compra historia robada y la cuelga en paredes blancas para dormir tranquilos.

Eduardo miró alrededor. Paredes blancas. Luz perfecta. Silencio.

—¿Quién? —preguntó.

Petra se inclinó un poco, como si fuera a decirle un secreto íntimo.

—Si me dices el nombre que aparece en los documentos, quizá te pueda orientar —susurró.

Eduardo dudó. Pero ya no estaba en el terreno donde la prudencia te salva. Estaba en el terreno donde la prudencia solo te hace llegar tarde.

—Severiano Girón —dijo.

La reacción fue mínima, casi imperceptible. Petra parpadeó una vez. Solo una. Pero Eduardo lo vio.

—¿Lo conoces? —preguntó.

Petra tardó demasiado en contestar.

—No —dijo al fin.

Eduardo supo que era mentira.

No una mentira grande. Una mentira defensiva. Pero mentira.

—Petra...

—No —repitió ella, más firme—. No me metas en esto.

Eduardo se inclinó hacia ella.

—Ya estás dentro —dijo—. Si alguien puede relacionar esta foto con un mercado, eres tú. Y si alguien ha firmado un documento en 1993 y hoy alguien me llama para decirme que borre un fichero... esto no es un capricho mío.

Petra apretó la mandíbula. La elegancia se le tensó en la boca.

—¿Te han llamado? —preguntó.

Eduardo asintió.

—Y me han dicho que no llame a Severiano.

Petra lo miró como si por fin entendiera el tamaño del animal.

—Entonces ya estás marcado —dijo.

Eduardo sintió una punzada de rabia.

—No me asustes. Ayúdame.

Petra lo sostuvo con la mirada. Luego bajó la voz hasta que casi fue aire:

—Hay nombres que no se dicen en galerías pequeñas, Eduardo. Porque las galerías pequeñas sobreviven a base de no saber cosas.

Eduardo tragó saliva.

—Dime uno.

Petra respiró hondo. Miró de nuevo al hombre del traje claro, que seguía fingiendo paciencia. Luego volvió a Eduardo, y por un segundo su voz perdió el brillo profesional.

—Damián Paredes.

El nombre le cayó encima como una ola fría. Eduardo lo había oído alguna vez. En noticias culturales. En inauguraciones. Un mecenas. Un coleccionista. Un hombre elegante que salía en fotos sonriendo al lado de cuadros.

—¿Qué tiene que ver? —preguntó Eduardo.

Petra lo miró con una mezcla de pena y advertencia.

—Todo —dijo—. Si tu ficha toca esa mesa, te van a jugar fuerte.

Eduardo guardó el móvil.

—Necesito pruebas —dijo—. Algo que ate esos documentos a alguien vivo. No a un pasado que se puede negar.

Petra se quedó callada. Luego dijo:

—Conozco a un abogado. Sergio Lanza. A veces trabaja con revisiones de causas antiguas. Si alguien puede leer esos documentos con ojos de hoy, es él.

Eduardo asintió.

—Dame su contacto.

Petra dudó un segundo. Luego escribió un número en una tarjeta sin logo, sin marca, como si hasta el papel pudiera delatarla. Se la deslizó.

—Y escucha —añadió—: no le enseñes todo de golpe. Mira cómo reacciona. La gente cambia cuando ve ciertos nombres.

Eduardo guardó la tarjeta.

—Gracias.

Petra lo miró con algo parecido a cansancio.

—No me des las gracias —dijo—. Vete.

Eduardo dio un paso atrás. Iba a girarse cuando Petra lo agarró suavemente del antebrazo, apenas un contacto.

—Eduardo —susurró.

Él la miró.

Petra tragó saliva, como si decidiera si decirlo o no.

—Si Severiano Girón está en esos documentos... no es casualidad que haya estado cerca de tu familia —dijo.

Eduardo sintió que algo se le apretaba en el pecho.

—¿Qué insinúas?

Petra soltó el brazo.

—Nada —dijo—. Solo que en Cádiz nadie aparece en una vida por casualidad.

Eduardo salió.

Al cruzar la puerta, la luz de la calle le golpeó de nuevo. Cádiz seguía igual: gente andando, ruido de platos, motos, voces. Como si no hubiera un mundo subterráneo debajo de cada piedra.

Caminó sin rumbo fijo durante un minuto para evitar ir directo al coche. Se obligó a actuar como alguien normal.

Cuando dobló una esquina, notó algo.

No una certeza. Una intuición. Un peso.

Se detuvo frente al escaparate de una tienda cerrada y miró el reflejo.

Había un hombre detrás de él.

No muy cerca. A media calle. Gorra oscura. Gafas de sol. El tipo de anonimato que no llama la atención... si no estás buscando exactamente eso.

Eduardo siguió caminando. No corrió. No aceleró. Solo cambió de ruta: giró por una calle estrecha, se metió entre dos edificios, salió a otra más ancha. Miró otra vez en un cristal.

El hombre seguía.

Eduardo sintió cómo se le calentaban las manos.

No era un miedo infantil. Era un miedo de adulto: el miedo de quien tiene hijos y entiende que el peligro no es una idea, es un accidente esperando.

Sacó el móvil sin detenerse y escribió un mensaje rápido a Pepe:

“Si hoy ves algo raro cerca de casa, llama a Nuria Cebrián. No preguntes. Te explico luego.”

No sabía si Pepe tenía ese nombre. No sabía si Pepe haría caso. Pero necesitaba poner algo en movimiento que no fuera solo él.

Se metió en el coche, arrancó y salió despacio. El retrovisor le devolvió el reflejo de una moto que apareció al final de la calle y se colocó, casualmente, a su distancia.

Eduardo no giró hacia su barrio. No fue hacia casa. No fue hacia María. No llevó el peligro a su puerta.

Condujo hacia el lado del mar.

Hacia una zona donde el horizonte se abre y es más difícil esconderse... o eso se decía uno para sentirse menos vulnerable.

El móvil vibró.

Un mensaje desconocido.

Sin número visible.

Una frase:

“Petra no te puede salvar.”

Eduardo apretó los dientes.

Luego llegó el segundo mensaje, inmediatamente:

“Y Severiano tampoco.”

Eduardo tragó saliva, sintiendo cómo el coche, de pronto, parecía más pequeño.

El tercer mensaje fue el que le hizo apretar el freno sin querer.

“Sergio Lanza ya sabe que vas.”

Eduardo miró la carretera, el mar a un lado, el cielo limpio como una burla. La moto seguía detrás, paciente.

Y, por primera vez desde que abrió aquel fichero, entendió la regla de este juego:

No estaba investigando.

Lo estaban guiando.

Y alguien —en algún lugar— iba un paso por delante de cada decisión que él creía suya.

El móvil vibró una última vez.

Una foto.

La imagen mostraba una puerta. Una puerta cualquiera, con el pomo gastado.

Pero Eduardo reconoció la madera.

Reconoció la luz.

Era la puerta de su casa.

Debajo, una línea:

“Tienes una hora.”

Eduardo sintió que el mundo se le vaciaba por dentro.

Giró el volante.

Y el coche apuntó hacia su barrio, mientras Cádiz seguía brillando como si no debiera nada.

Capítulo 4 — Viudo con mar

Severiano entró en Cádiz a media tarde, cuando el sol ya no cae de frente y la ciudad se vuelve más dorada, como si la piedra quisiera fingir juventud. Condujo despacio por costumbre y por prudencia: en los puertos uno aprende que la prisa siempre delata algo, aunque sea inocencia.

No fue directo a ninguna dirección. Primero bordeó la bahía, como quien reconoce un territorio antes de pisarlo. Miró los barcos amarrados, las grúas quietas, las gaviotas que se creen dueñas del mundo. Cádiz seguía siendo Cádiz, pero él ya no era el mismo hombre que había entrado de madrugada en el 93 con el levante metiéndole sal en los ojos.

Aparcó en una calle donde no molestara, sacó la bolsa de lona del maletero y se quedó un momento con la mano en el cierre, sin abrirlo, como si ese gesto fuese una puerta más difícil que la del coche.

En el bolsillo interior de la chaqueta notó el sobre: "Si muero."

La presencia de ese papel le rozaba el pecho como una culpa física.

Caminó hacia el centro con pasos de viejo marino: ni lentos ni rápidos, medidos. Pasó por plazas donde la gente hablaba fuerte, por esquinas donde el olor a fritura se mezclaba con la brisa, por callejones que guardaban sombra, aunque fuera de día.

Se detuvo frente a una tienda cerrada. Miró su reflejo en el cristal.

No le gustó lo que vio.

Le gustó menos lo que recordó: que la última vez que estuvo en Cádiz con un asunto sucio, un hombre se santiguó antes de tocar un marco dorado.

Damián Paredes.

El nombre le seguía sonando como una puerta bien barnizada: bonita por fuera, astillada por dentro.

Severiano cruzó hacia el casco antiguo, siguiendo rutas que conocía sin haberlas caminado en años. Cádiz tiene esa forma de quedarse en el cuerpo: como una canción aprendida en una época en la que todavía se podía ser otra persona.

Se paró en un bar pequeño y pidió un café. No lo necesitaba; necesitaba el pretexto. Se sentó en una mesa pegada a la pared, con visión de la puerta, y esperó.

A los cinco minutos entró un hombre con una gorra vieja y manos de trabajar. Miró alrededor, vio a Severiano y, sin sonreír, se acercó.

—Girón —dijo el hombre.

Severiano levantó la vista.

—Tomás.

Tomás “El Galgo” Rueda había cambiado menos que la ciudad. La misma cara afilada, la misma mirada de quien mide distancias incluso cuando habla de cosas simples. Ahora llevaba camisa abierta y un pañuelo en el cuello como si quisiera parecer más elegante de lo que era. Pero en Cádiz el disfraz siempre se nota.

Tomás se sentó.

—No pensé que volverías —dijo.

Severiano dio un sorbo al café. Amargo. Perfecto para el día.

—Yo tampoco —respondió.

Tomás se rió por la nariz.

—Pues aquí estás. Eso significa que alguien ha tocado lo que no se toca.

Severiano no contestó. Se limitó a mirar al hombre.

Tomás captó el silencio como una orden.

—Está caliente —dijo—. Hay gente moviéndose. Y cuando se mueven los de arriba, los de abajo se ponen nerviosos.

Severiano apoyó el vaso en el plato con cuidado. No quería que el sonido del porcelana pareciera un temblor.

—¿Lo sabes? —preguntó.

Tomás inclinó la cabeza.

—Lo sé porque me han preguntado por ti.

Severiano sintió una pequeña descarga en la nuca.

—¿Quién?

Tomás miró hacia la puerta, hacia la calle. Bajó la voz.

—Gente que no viene a comprar tabaco. —Luego añadió, como si fuera un detalle sin importancia—: y también la policía.

Severiano entornó los ojos.

—¿Nuria?

Tomás lo miró, sorprendido.

—¿Tú conoces a Nuria Cebrián?

Severiano no dijo “conocer”. Severiano no conocía a la policía: la había sentido cerca durante media vida, como se siente un faro sin verlo.

—He oído su nombre —dijo.

Tomás se inclinó hacia él.

—Pues la inspectora está preguntando por un tal Eduardo Martinel.

Severiano no hizo ningún gesto. Pero por dentro algo se le hundió, como un barco cuando toma agua.

Eduardo.

Eduardo Martinel, al que la voz le había dicho “ya le han hablado”.

Severiano apretó la mandíbula.

—¿Qué pasa con él?

Tomás se encogió de hombros.

—Que ha hecho ruido. Y en Cádiz el ruido llega rápido a oídos que no deberían escuchar.

Severiano se quedó en silencio. En su cabeza se superpusieron dos imágenes: la firma en el documento del 93 y la cara de Eduardo con

veintiocho años, apretando la boca igual que él cuando algo lo supera.

—Necesito verlo —dijo Severiano.

Tomás soltó una risa corta.

—No es tan fácil. —Señaló con la barbilla—. No lo vas a encontrar en los sitios de antes. Ese chaval tiene mujer, niños. No va a moverse como un desesperado... hasta que lo empujen.

Severiano lo miró con frialdad. Y se hizo el tonto lo mejor que pudo.

—¿Dónde?

Tomás se pasó la lengua por los dientes, como quien decide cuánto vale una información.

—Te lo digo porque me debes favores viejos —dijo—. Y porque a mí tampoco me gusta Damián.

Severiano no preguntó cuánto.

Tomás continuó:

—Está por la zona de San Antonio, trabaja en peritaciones. Pero hoy no está trabajando. Hoy está corriendo.

Severiano tragó saliva.

—¿Corriendo hacia qué?

Tomás sonrió sin alegría.

—Hacia su casa. —Luego, como si fuera un chiste malo—: le han dado una hora.

Severiano sintió que se le secaba la boca.

Una hora.

Cádiz de pronto se le hizo demasiado pequeña.

Se levantó tan rápido que la silla rozó el suelo.

Tomás lo agarró por el antebrazo.

—Eh —dijo—. Escucha.

Severiano se detuvo.

Tomás bajó la voz hasta convertirla en una cuerda tensa.

—Esto no va solo de él. Si Eduardo cae, van a limpiar el resto. Y tú... tú eres resto.

Severiano miró la mano de Tomás en su brazo. Notó la fuerza. La necesidad. La supervivencia.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Tomás soltó el brazo.

—Que no te hagas el héroe —dijo—. Porque los héroes en Cádiz acaban en el agua o bajo tierra.

Severiano no contestó. Pagó el café sin mirar el cambio y salió.

La calle lo recibió con el ruido normal del mundo: conversaciones, motores, pasos. Pero él ya estaba en otra capa. En la capa donde cada esquina es una posibilidad de muerte.

Caminó rápido hacia el coche.

En el trayecto, la ciudad le enseñó una postal hermosa que le dio rabia: un niño corriendo con una pelota, una pareja besándose apoyada en una pared encalada, un hombre cantando algo antiguo con la voz rota. Cádiz viviendo, como si no se enterara de nada.

Severiano abrió el coche, tiró la bolsa de lona al asiento trasero y arrancó sin pensar.

Mientras conducía, el móvil vibró.

No miró la pantalla. No quería más voces.

Vibró de nuevo. Insistente.

Severiano lo cogió al fin y miró el mensaje sin detener el coche.

Un número desconocido.

Una frase:

“No lo salves.”

Severiano apretó el volante.

El semáforo se puso en rojo delante de él.

Severiano frenó. El coche se detuvo. La ciudad siguió.

Y en ese segundo quieto, como suspendido, Severiano vio un reflejo en el espejo retrovisor: una moto negra aparcada a unos metros. Un hombre con gafas de sol mirando hacia su coche como si no tuviera prisa.

Severiano sintió una certeza fría.

No lo habían esperado en Cádiz por casualidad.

El móvil vibró otra vez. Otro mensaje, mismo número:

“Si lo salvas, se hunde todo.”

Severiano tragó saliva. El semáforo seguía rojo.

En su bolsillo, el sobre rozó su pecho.

“Si muero.”

Severiano miró al frente. Miró el retrovisor. Miró la moto.

Pensó en Anita. En la cama vacía. En la taza desconchada. En ocho años de silencio.

Pensó en Eduardo.

Y, por encima de todo, pensó en esa frase que el pasado le había tatuado:

Firmé como se firma cuando sabes que, si no firmas, te hunden.

El semáforo cambió a verde.

Severiano no arrancó de inmediato.

Dejó que el coche de atrás tocara el claxon una vez, impaciente.

Dejó que el mundo le exigiera movimiento.

Entonces, por fin, arrancó.

Pero no hacia el barrio de Eduardo.

Giró hacia otra calle.

Tomó una ruta distinta.

Porque antes de ir a salvar a nadie, Severiano necesitaba una cosa:

Saber quién estaba dando las órdenes.

Y en Cádiz, la gente elegante no manda desde callejones. Manda desde sitios bonitos.

Severiano condujo hacia el casco antiguo con el corazón duro.

Y la moto negra, como si fuera su sombra, arrancó también.

Capítulo 5 — Una hora

Eduardo condujo como quien lleva el pecho lleno de cristales: sin brusquedad, pero con la certeza de que cualquier movimiento puede cortar.

Cádiz se le volvió estrecha. Las calles, que por la mañana parecían una costumbre amable, ahora eran un laberinto donde cada giro podía ser una emboscada. El volante le sudaba en las manos. En el retrovisor, la moto seguía ahí, a la misma distancia, como si alguien hubiera aprendido su ritmo.

Una hora.

El mensaje le ardía en la pantalla, aunque ya no lo mirara.

“Tienes una hora.”

No había insultos, no había mayúsculas. La amenaza más limpia siempre es la que no necesita adornos.

Eduardo apretó el móvil contra la oreja y llamó a casa.

Una vez.

Dos.

Tres.

Nada.

Le subió un sabor metálico a la boca. No era imaginación. Era miedo, de ese que se convierte en química.

Volvió a llamar.

Contestó María al fin, con una voz más baja de lo normal.

—¿Edu?

Eduardo soltó el aire como si llevara dos minutos bajo el agua.

—¿Dónde estás?

—En casa. —Pausa—. Los niños están aquí.

Eduardo notó que la mano le temblaba y apretó el teléfono hasta hacerse daño para controlarla.

—Escúchame, María... —dijo, cuidando de no elevar la voz—. ¿Ha pasado algo? ¿Ha llamado alguien? ¿Ha venido alguien?

—No... —dijo ella—. Bueno... ha sonado el timbre hace un rato y cuando he mirado por la mirilla no había nadie.

Eduardo cerró los ojos un segundo.

—¿Estás sola?

—No. Está Pepe, ha venido a tomarse un café.

Eduardo sintió una punzada de alivio y otra de culpa, en el mismo sitio.

—Vale. Bien. María, hazme caso. —Se obligó a hablar claro—. Cierra con llave. No abras a nadie. A nadie. Si llaman, no contestes. Si insisten, llamas a la policía.

—Eduardo... ¿qué estás diciendo?

No "Edu". "Eduardo". Cuando María usaba su nombre entero era porque ya no estaba dentro de una conversación cotidiana: estaba entrando en otra cosa.

Eduardo miró el retrovisor. La moto seguía.

—Estoy de camino —dijo—. No te asustes, ¿vale? Solo... no abras.

—¿Qué pasa?

Eduardo tragó saliva. Pensó en mentir. En soltar una frase fácil, una excusa técnica, una tranquilidad prestada. Pero María lo conocía desde niño. Las mentiras, con ella, eran como la humedad en una pared: se notan, aunque pintes encima.

—Te lo explico cuando llegue —dijo.

María no respondió al instante. Y en ese silencio, Eduardo oyó algo al otro lado: la respiración de un niño, un murmullo, la vida pequeña que él había jurado proteger.

—Pepe dice que estás raro desde hace días —dijo María al fin.

Eduardo apretó los dientes. No porque le molestara. Porque era verdad.

—Estoy cansado —murmuró, sin querer.

María lo oyó igual.

—¿Estás bien? —preguntó ella, con esa calma que se rompe por dentro.

Eduardo miró la carretera. Miró el cielo limpio. Cádiz parecía una postal y él iba camino de un incendio.

—Estoy llegando —repitió.

Colgó antes de que se le cayera la voz.

Aceleró lo justo, sin volverse loco. En Cádiz, correr es confesar. Y él no quería confesar nada, todavía.

En la siguiente rotonda, decidió probar algo.

Se metió por una calle secundaria, estrecha, donde el coche casi rozaba las paredes. Dos giros rápidos. Un tramo. Otro giro. Salió a una avenida más ancha.

Miró el retrovisor.

La moto no estaba.

El alivio le duró medio segundo.

Porque, al girar la cabeza, la vio delante.

Una moto negra parada en un semáforo, dos coches más allá. El conductor no miraba hacia atrás. No hacía falta. Sabía que Eduardo la vería.

Eduardo notó cómo se le tensaba el cuello.

No me siguen. Me llevan.

En un impulso, pensó en girar de nuevo, romper el ritmo, ir a comisaría, meter el coche en un aparcamiento lleno de gente. Pero el mensaje era claro: una hora. Eso no era solo amenaza. Era control del tiempo. Y él, en ese momento, no podía permitirse una estrategia que tardara.

Le vibró el móvil.

No un mensaje. Una llamada.

Número oculto.

Eduardo no contestó.

La llamada insistió.

Eduardo apretó el volante. Contestó con el altavoz, sin quitar la vista de la moto.

—¿Quién eres?

La voz era masculina, grave, educada. El tipo de voz que se aprende en despachos donde no se levanta la voz porque no hace falta.

—No compliques esto, Eduardo.

Eduardo sintió un escalofrío. La familiaridad del nombre era un golpe.

—¿Qué queréis?

La voz sonrió sin sonido.

—Que borres el fichero. Que cierres la puerta. Que vuelvas a ser un hombre normal.

Eduardo tragó saliva.

—Mi padre no era culpable —dijo, y se sorprendió oyéndose decirlo en voz alta, como si al pronunciarlo lo convirtiera en un hecho.

Hubo un silencio, pequeño, calculado.

—Tu padre fue útil —dijo la voz—. Nada más.

Eduardo sintió cómo la rabia le subía desde el estómago hasta la boca, pero la mordió.

—¿Quién está detrás de esto?

La voz se volvió más fría.

—No preguntes nombres que no puedes sostener.

Eduardo apretó el teléfono.

—¿Damián Paredes? —lanzó, sin saber si era un farol o una certeza.

El silencio al otro lado fue mínimo. Pero fue suficiente.

Eduardo lo notó como se nota un cambio de viento.

—Veo que te estás asesorando —dijo la voz—. Ten cuidado con las galerías pequeñas. Se rompen fácil.

Eduardo sintió que el corazón le daba un golpe seco.

—¿Qué le habéis hecho a Petra?

La voz soltó un suspiro, casi paternal.

—Nada. Todavía.

Eduardo sintió un frío distinto: el frío de la cuenta atrás.

—Escucha —dijo la voz—. No te estamos pidiendo nada difícil. Borra el fichero. Confirma borrado. Y esta hora se convierte en un mal sueño.

Eduardo miró al frente. El semáforo cambió. La moto arrancó. Eduardo arrancó detrás.

—¿Y si no? —preguntó.

La voz tardó en contestar, como si eligiera la frase más eficaz.

—Entonces tu casa aprenderá que una puerta no siempre protege.

Eduardo apretó la mandíbula.

—Mi hermano está allí —dijo, casi sin querer.

La voz no se inmutó.

—Los hermanos también sirven. A veces para aprender. A veces para perder.

Eduardo sintió que la sangre le golpeaba en los oídos.

—¿Qué queréis en realidad? —preguntó—. No es solo borrar un fichero. Hay algo más.

Hubo una pausa. Y, por primera vez, la voz pareció disfrutar.

—Claro que hay algo más —dijo—. Pero eso lo vas a entender cuando llegues.

La llamada se cortó.

Eduardo se quedó un segundo oyendo el silencio del altavoz, como si le hubieran dejado una habitación vacía dentro del coche.

Apretó el acelerador.

Entró en su calle con el pecho duro.

La ciudad estaba viva. Una mujer empujaba un carrito. Un hombre salía de una tienda con una bolsa. La normalidad era un insulto.

Aparcó sin mirar bien, bajó del coche y echó a andar rápido hacia el portal.

Subió las escaleras de dos en dos, sin usar el ascensor. Cada piso era un latido.

En el descansillo, antes de llegar a su puerta, notó algo raro.

No un ruido. Un olor.

Un olor tenue, pero inconfundible para alguien que ha crecido con miedo: olor a cable caliente, a plástico. A algo eléctrico.

Eduardo se quedó inmóvil.

Miró la puerta.

No había marcas. No había sobres. No había nada.

Solo su puerta de siempre.

Se acercó con cuidado. Sacó las llaves.

Y entonces vio la mirilla.

Alguien había metido por fuera una gota de pegamento transparente. Un gesto pequeño, casi infantil, pero con intención: que él no pudiera mirar.

El corazón le dio un golpe.

Eduardo no metió la llave.

Pegó el oído a la madera.

Silencio.

Dio un paso atrás.

En ese segundo, escuchó desde dentro un sonido mínimo, casi imperceptible.

Como un clic.

Como un relé.

Como algo que se activa cuando detecta presencia.

Eduardo se quedó helado.

No sabía si era una alarma, una trampa, o solo su imaginación corriendo.

Pero en su bolsillo, el móvil vibró con un mensaje nuevo.

Número desconocido.

Una sola palabra:

“Ahora.”

Eduardo tragó saliva y, sin pensarlo más, llamó a Pepe.

Contestó.

—¿Edu?

La voz de Pepe sonó cerca, demasiado cerca. Como si estuviera en el pasillo.

—Pepe —susurró Eduardo—. ¿Dónde estás?

—En tu casa, con María —dijo Pepe—. ¿Qué pasa?

Eduardo miró la puerta.

La madera.

La mirilla cegada.

El olor a plástico.

El clic.

—No abras —dijo Eduardo, con una calma que no era calma—. Pepe, no abras la puerta por nada del mundo.

—Edu, ¿qué...

Eduardo escuchó al otro lado, dentro del piso, un ruido distinto: un golpe seco, como si algo hubiera caído en el suelo del salón.

Pepe dejó de hablar.

—¿Pepe? —dijo Eduardo, sintiendo que se le rompía algo por dentro.

En la llamada, una respiración agitada.

Y, de fondo, un sonido que no debería estar ahí: el timbre.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

Pepe susurró:

—Hay alguien llamando...

Eduardo cerró los ojos.

—No abras —repitió, más fuerte—. No abras, Pepe.

Y entonces, desde dentro, María habló, muy cerca del teléfono, con la voz rota:

—Eduardo... la cerradura... está sonando.

Eduardo abrió los ojos de golpe.

Miró la puerta.

La suya.

Y escuchó, del lado de fuera, en el descansillo, un paso detrás de él.

Solo uno.

Como si alguien hubiera subido sin prisa.

Eduardo no se giró.

Porque supo —con una certeza limpia— que, si se giraba, ya no habría vuelta atrás.

Y el timbre volvió a sonar dentro de su casa, insistente, como un corazón ajeno.

Capítulo 6 — Severiano Girón

Al pasar junto al mar, Severiano sintió por primera vez en años un impulso raro: hablar. Decirlo todo. Romper el pacto. Pero también recordó la otra cara de hablar: los cadáveres que no salen en prensa, los accidentes que huelen a casualidad, las viudas que se quedan con una taza desconchada como única herencia. Anita. Ocho años. Y aún así, el miedo seguía sabiendo su nombre.

Pensó en Eduardo Martinel con una precisión que lo asustó. No como 'el hijo de'. Como un hombre hecho, con familia, con esa manera de apretar la mandíbula que Severiano había visto mil veces en su propio reflejo. Y pensó que, si lo iban a romper, no sería solo por un fichero: sería por lo que un hombre es capaz de hacer cuando descubre que su historia estaba escrita por otros.

Esa tarde, mientras el coche avanzaba por calles que Severiano conocía sin mirarlas, la bahía le devolvió un espejo: la misma línea de agua, las mismas grúas, los mismos barcos entrando con la paciencia del metal. Lo distinto era él. En los años del mercante había creído que la culpa se salaba y se secaba, como una herida al aire. Pero la culpa, aprendió tarde, es un animal doméstico: se instala y exige comida.

Severiano Girón aparcó donde aparcen los que no quieren ser vistos: ni demasiado lejos —para no llamar la atención caminando—, ni demasiado cerca —para no dejar el coche marcado. Cádiz tenía esa inteligencia de un puerto viejo: aquí los ojos trabajan, aunque las bocas callen.

Se bajó con la chaqueta puesta pese al calor suave de la tarde y caminó hacia el casco antiguo con la misma calma que se lleva una tormentaria en el bolsillo. No era la primera vez que volvía a entrar en una ciudad sabiendo que algo lo estaba esperando; era la primera vez que le importaba tanto.

A cada esquina, el pasado le pedía cuentas.

La moto negra seguía siendo una posibilidad en su nuca, aunque no la viera. Y el mensaje —“No lo salves”— le retumbaba con una claridad que solo tienen las órdenes de la gente que cree mandar.

Si lo salvas, se hunde todo.

Severiano había vivido media vida dentro de esa frase sin nombrarla: salvar a alguien significa romper el pacto. Y el pacto, en el mar y en tierra, siempre tiene dientes.

El sitio bonito donde se toman decisiones sucias estaba donde tenía que estar: en una calle que olía a dinero discreto, con un portal ancho y una placa sin ostentación. Un edificio rehabilitado, de esos que parecen respetar la historia, pero solo la usan de decoración.

Severiano se detuvo frente a la entrada. Miró hacia arriba. Balcones con hierro negro. Ventanas altas. Persiana entornada en una planta intermedia.

No sabía exactamente qué iba a hacer. Solo sabía que ya había empezado.

Entró.

El portal estaba limpio, con mármol claro y una lámpara que parecía demasiado cara para un edificio sin cartel. En la pared, una lista de nombres en letras pequeñas: asesorías, fundaciones, una clínica dental, un despacho de abogados.

Y un nombre que Severiano había visto una vez en un recorte de prensa, en la sección cultural, junto a una foto de un hombre sonriente con corbata de seda:

Fundación Paredes — Patrimonio y Arte.

Severiano apretó la mandíbula.

Subió por las escaleras sin usar el ascensor. No por orgullo. Por oído. El ascensor te encierra con un ruido que no controlas. Las escaleras te dejan escuchar.

En el rellano de la segunda planta, había una puerta doble con cristal traslúcido. Detrás se adivinaba una recepción. Severiano se acercó.

Antes de llamar, oyó voces.

Una femenina, firme, sin dulzura.

—...le estoy diciendo que esa pieza no puede aparecer sin más, porque hay un expediente —dijo la voz.

Severiano se quedó quieto.

Otra voz, masculina, más baja, más calmada.

—No tiene que aparecer. Tiene que existir.

Hubo un silencio. Severiano notó cómo se le erizaba algo por dentro. Esa tranquilidad era peligrosa. Los hombres que hablan así suelen decidir cosas que otros ejecutan.

La voz femenina respondió:

—Se está moviendo gente en Cádiz.

—Siempre se mueve gente en Cádiz —dijo el hombre—. Lo importante es quién se mueve y por qué.

Severiano dio un paso más. El cristal traslúcido no dejaba ver rostros, solo formas. Una silueta alta, una más pequeña.

Y entonces la voz femenina dijo un nombre que lo clavó al suelo:

—Eduardo Martinel.

El aire se le quedó corto. No era el nombre. Era el hecho: lo pronunciaban ahí dentro, como si Eduardo fuera un asunto de mesa.

El hombre respondió:

—Martinel no tiene que llegar al final de sus preguntas.

Severiano sintió que se le tensaba la espalda.

La voz femenina insistió:

—La inspectora Nuria Cebrián también está preguntando.

La respuesta del hombre fue suave, casi amable:

—Entonces hay que darle algo a Nuria para que crea que avanza. Un hueso. Un señuelo.

Severiano tragó saliva.

Señuelo. Así se hablaba en el mar cuando se tiraba basura para distraer a los peces.

Alguien se movió detrás del cristal. Severiano oyó un roce de silla, un paso acercándose a la puerta.

No tuvo tiempo de decidir.

La puerta se abrió y apareció una mujer de unos cuarenta, pelo recogido, mirada dura, ropa de oficina sin adornos. No sonrió al verlo. Tampoco se sorprendió. Lo miró como se mira a un paquete sin remitente.

—¿Sí? —dijo.

Severiano sostuvo su mirada.

—Busco a Damián Paredes.

La mujer alzó una ceja.

—¿Tiene cita?

Severiano sacó la mano del bolsillo despacio, sin gesto agresivo, y mostró algo: una tarjeta vieja, gastada, sin logo. No decía nada. Solo era un rectángulo de papel con un número escrito a mano. Un número que él había guardado durante años sin usar, como quien guarda una bala por si un día hay que disparar.

La mujer la vio y, por primera vez, su expresión cambió.

—Espere aquí —dijo.

Entró y cerró la puerta.

Severiano se quedó en el rellano, mirando la madera, escuchando el silencio del interior como si pudiera leerlo. Oyó un murmullo, pasos, y luego una frase amortiguada:

—...dice que viene de mar.

La respuesta del hombre no se oyó entera, solo una parte:

—Que pase.

La puerta se abrió otra vez.

—Adelante —dijo la mujer, esta vez con menos dureza y más prudencia.

Severiano entró.

La oficina era luminosa, blanca, impecable. Había cuadros en las paredes, pero no parecían colocados por gusto: parecían colocados para decir aquí hay poder. Un estante con libros de arte. Un jarrón con flores demasiado perfectas. El aire olía a limpio, a dinero, a distancia.

Y detrás de una mesa amplia, sentado como si la mesa fuera una extensión natural de su cuerpo, estaba Damián Paredes.

Era más mayor de lo que Severiano recordaba de las fotos, pero conservaba esa elegancia de hombre que nunca carga bolsas. Pelo gris, traje oscuro, reloj discreto. Su sonrisa era un gesto educado, no una emoción.

—Señor Girón —dijo, pronunciando cada sílaba con una cortesía que no era respeto—. Severiano Girón. Qué sorpresa.

Severiano no se sentó hasta que Damián le señaló una silla. Y, aun así, se sentó en el borde, como quien no quiere acomodarse en una mentira.

Damián juntó las manos.

—Hace... —miró hacia un lado, como si consultara un recuerdo archivado en la cabeza— treinta y tantos años.

Severiano sostuvo su mirada.

—Casi.

Damián inclinó la cabeza, como si aceptara un dato sin importancia.

—¿A qué debo el placer?

Severiano no se anduvo por rodeos. Los rodeos son para los que tienen tiempo.

—Han encontrado el fichero —dijo.

Damián no parpadeó.

—¿Qué fichero?

Severiano sonrió por primera vez. Fue una sonrisa seca, sin alegría.

—No juegues a eso conmigo.

Damián se permitió una pequeña exhalación, como quien decide abandonar el teatro porque el público es poco.

—Cádiz es una ciudad ruidosa —dijo—. A veces, cosas viejas aparecen. A veces, gente joven cree que ha encontrado un tesoro.

Severiano apretó la mandíbula.

—Ese “joven” tiene nombre.

Damián lo miró con interés, como si la conversación por fin fuera a ponerse entretenida.

—Eduardo Martinel —dijo, sin preguntar—. Sí.

Severiano sintió un golpe en el pecho.

—Déjalo.

Damián sonrió un poco más.

—Severiano... —dijo, como si fueran amigos de toda la vida—. Tú y yo sabemos que nadie deja nada. Solo se decide qué se rompe.

Severiano apoyó las manos en las rodillas para que no se notara el temblor mínimo de los dedos.

—No tienes por qué tocar a su familia —dijo.

Damián ladeó la cabeza.

—¿Su familia? —repitió, como si la palabra le resultara curiosa—. Él tiene una esposa. Dos hijos. Y cinco hermanos, ¿verdad?

Severiano sintió que se le helaba la sangre.

Damián lo observó con calma.

—Es fácil saber cosas cuando llevas años pagando por que te cuenten. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Severiano tragó saliva. Notó el impulso de levantarse, de golpear esa mesa blanca hasta partirla. No lo hizo. El control también es supervivencia.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Damián apoyó un dedo sobre la mesa, como marcando un punto en un mapa.

—Que vuelvas a ser útil.

Severiano lo miró.

—Yo ya fui útil —dijo.

Damián sonrió con suavidad.

—Sí. Y gracias a eso sigues respirando.

La frase fue como una mano en la nuca.

Severiano apretó los dientes.

—Eduardo no va a parar —dijo.

Damián se encogió de hombros.

—Entonces habrá que enseñarle.

Severiano sintió un peso ancestral, un peso de contenedor abriéndose, de noche, de hombres que no miraban a los ojos.

—Si le haces daño... —empezó.

Damián lo interrumpió con una calma absoluta:

—No lo voy a tocar yo. Ni tú. Cádiz está llena de manos. Lo único que cambia es quién firma.

Severiano se quedó inmóvil. La palabra firma le atravesó como un hierro.

Damián se levantó despacio. Se acercó a una pared donde colgaba un cuadro: un mar oscuro, casi negro, pintado con una belleza fría. Lo miró como quien mira un recuerdo.

—¿Sabes qué es lo más interesante del arte, Severiano? —dijo sin volverse—. Que el mundo cree que es belleza, pero para algunos siempre fue dinero.

Severiano se puso de pie.

—No me cites poesía —dijo.

Damián se giró con una sonrisa ligera.

—No es poesía —respondió—. Es contabilidad.

Volvió a la mesa y abrió un cajón. Sacó un sobre blanco, limpio, sin marcas. Lo dejó sobre la mesa, delante de Severiano.

—Toma.

Severiano no lo tocó.

—¿Qué es?

—Un favor —dijo Damián—. Una salida.

Severiano lo miró sin abrirlo.

Damián añadió:

—Dentro hay una dirección y una hora. Ve allí. Recupera lo que Eduardo tiene. Haz que lo borre. Haz que olvide.

Severiano notó que algo en su pecho se endurecía.

—¿Y si no?

Damián levantó los hombros con una elegancia casi triste.

—Entonces tendrás que vivir con lo que pase. Como ya viviste.

Severiano apretó los labios.

—No te debo nada.

Damián lo miró con paciencia, como se mira a un niño que no entiende cómo funciona el mundo.

—Me debes el silencio —dijo—. Y el silencio siempre se paga.

Severiano sintió un pinchazo en el bolsillo interior de la chaqueta: el sobre "Si muero", rozándole el corazón.

Miró el sobre blanco sobre la mesa.

No lo tocó.

—¿Quién te está ayudando? —preguntó Severiano—. ¿Quién mueve esto en Cádiz?

Damián sonrió, casi con afecto.

—Siempre has sido curioso. Por eso sobrevives y sufres.

Se inclinó un poco, lo justo para que su voz fuera íntima sin ser baja:

—Nuria Cebrián cree que caza. Petra cree que vende. Tomás cree que negocia. Sergio cree que gana.

Severiano tragó saliva.

—¿Y tú qué crees? —preguntó.

Damián se enderezó.

—Yo no creo —dijo—. Yo colecciono.

Severiano sostuvo su mirada y, en ese instante, supo con claridad que aquel hombre no se manchaba las manos por principio. Su violencia era de guante.

Severiano dio un paso atrás.

—No voy a hacerlo —dijo.

Damián no se alteró. Solo dejó que el silencio llenara la oficina.

—Claro que sí —dijo al fin—. Porque si no lo haces, habrá alguien que lo haga peor.

Severiano se quedó quieto.

Damián señaló el sobre blanco.

—Llévatelo —ordenó con suavidad—. Y una cosa más.

Severiano lo miró.

—Eduardo Martinel ya ha recibido una hora —dijo Damián—. Cádiz tiene maneras de contar el tiempo.

Severiano sintió que algo se le encendía en el estómago.

—¿Qué le habéis hecho?

Damián alzó una ceja, como si la pregunta fuera casi graciosa.

—Nada irreversible —dijo—. Todavía.

Severiano apretó los dientes.

No tocó el sobre.

Damián se sentó de nuevo, como si la conversación ya hubiera terminado.

—Puedes irte, Severiano. —Sonrió—. Y, por favor, dale recuerdos a tu... amigo.

La palabra amigo cayó pesada.

Severiano salió sin despedirse.

En el portal, el aire le pareció más sucio que antes, como si la oficina le hubiera dejado una capa de barniz encima. Bajó las escaleras deprisa. Afuera, Cádiz seguía siendo Cádiz: gente riendo, vida normal. El contraste le dio ganas de vomitar.

Caminó hacia el coche sin mirar atrás.

Pero al abrir la puerta, vio algo que le detuvo el cuerpo.

En el parabrisas, sujetado con el limpiaparabrisas, había un papel.

No era una multa. No era un anuncio.

Era una fotografía.

Una foto reciente.

La puerta de un piso. Una mirilla cegada con pegamento.

Y al pie, escrito con la misma sobriedad de los mensajes anteriores:

“Llega tarde y lo pierdes.”

Severiano sintió un golpe seco en el pecho.

Porque reconoció esa puerta.

No la había visto nunca en persona.

Pero la reconoció igual.

Era la puerta de Eduardo.

Y, de pronto, el sobre blanco de Damián ya no era una opción.

Era una trampa con forma de salida.

Severiano arrancó.

Y por primera vez en años, condujo por Cádiz como un hombre que ya no tiene nada que perder ni que guardar.

Capítulo 7 — La puerta

Eduardo no se giró.

Porque a veces el miedo te vuelve matemático: si te giras, pierdes de vista la puerta; si pierdes la puerta, pierdes lo único que importa.

—Pepe —dijo al móvil, muy bajo—. ¿Dónde está María?

—Aquí —susurró Pepe—. En el pasillo. Con los niños.

Eduardo cerró los ojos un segundo.

—Que se metan en el dormitorio y cierren —ordenó—. Y que se queden en el suelo, ¿vale? Lejos de la puerta.

Al otro lado se oyó un movimiento rápido, un roce de pasos, una respiración contenida.

El timbre sonó otra vez.

Una vez. Dos.

Como si quien estuviera fuera supiera perfectamente que el sonido por sí solo desgasta.

Eduardo apoyó la palma en la pared del descansillo. Notó la piedra fría bajo la piel. Cádiz era vieja. Cádiz aguantaba.

Detrás de él, el paso volvió a sonar. Más cerca.

Eduardo, por fin, se giró.

Había un hombre a un metro y medio. Treinta y muchos, gorra, gafas de sol pese a estar en un rellano sin sol. Llevaba una mochila pequeña colgada a un lado y, en la mano, una carpeta barata de plástico. El tipo de hombre que podría ser repartidor, técnico, electricista, cualquiera. Eso era lo peligroso: la normalidad aprendida.

El hombre lo miró con tranquilidad.

—¿Eduardo Martinel? —preguntó.

Eduardo sintió una presión en el pecho, como si le hubieran metido una mano dentro para apretar.

—¿Quién eres? —dijo.

El hombre alzó la carpeta, mostrándola sin abrir, como si eso fuera una credencial.

—Vengo por una incidencia —dijo—. Me han avisado de que la cerradura está fallando.

Eduardo soltó una risa mínima, seca.

—¿Incidencia? —repitió.

El hombre no cambió el gesto.

—Hay vecinos que se quejan. Ya sabes. Esto es rápido. Abres y lo reviso.

Eduardo miró sus manos. Limpias. Demasiado limpias para alguien que viene a “revisar” una cerradura. Miró la mochila. Demasiado pequeña para herramientas. Miró las gafas. Demasiado oscuras para un rellano.

—No abra nadie —susurró Pepe desde el teléfono, casi llorando de rabia y miedo—. Está metiendo algo en la cerradura, Edu.

Eduardo clavó la mirada en el hombre.

—Aléjate de la puerta —dijo.

El hombre sonrió, apenas.

—No lo compliques —dijo.

La frase le resultó familiar a Eduardo. No por el contenido, sino por el tono: esa educación sin alma.

Eduardo notó el olor otra vez: cable caliente, plástico. No era imaginación.

—¿Qué has puesto ahí? —preguntó.

El hombre dio un paso hacia la puerta.

Eduardo reaccionó antes de pensar. Le agarró la muñeca con fuerza, torciéndola hacia fuera. La carpeta cayó al suelo y se abrió, escupiendo papeles en blanco. Ningún parte. Ninguna orden. Nada.

El hombre soltó un gruñido y le empujó con el hombro, intentando liberarse. Eduardo no era un luchador, pero tenía la rabia de quien tiene dos niños al otro lado de la madera. Esa rabia no se negocia.

—¡Quieto! —dijo Eduardo, y su voz salió más alta de lo que quería.

Una puerta en el piso de enfrente se entreabrió. Un ojo apareció en la rendija. La vida, siempre, mirando sin saber si intervenir.

—¡Llame a la policía! —gritó Eduardo sin apartar la vista del hombre.

El vecino cerró de golpe.

El hombre intentó sacar la mano del agarre. Eduardo apretó más. Sintió la piel resbalar. Sintió la resistencia. Sintió, de pronto, algo duro en los dedos del otro: un objeto pequeño, metálico.

Una llave de tensión.

Eduardo lo vio y el estómago se le hundió.

—¿Cerrajero? —escupió—. Tú no eres cerrajero.

El hombre lo miró por fin sin máscara.

—No sabes dónde estás metido —dijo.

Eduardo, sin soltarse, lo empujó contra la pared del descansillo. El golpe fue seco.

—Sí sé dónde estoy metido —dijo Eduardo—. Estoy delante de mi casa.

El timbre dejó de sonar. Y ese silencio fue peor, porque parecía una decisión.

Dentro, María habló desde lejos, intentando no temblar:

—Eduardo... ¿qué pasa?

Eduardo tragó saliva. No quería que ella oyera su voz así.

—María, al dormitorio —dijo—. Ahora.

Se oyó el movimiento de niños, un sollozo ahogado, Pepe diciendo “vamos, vamos”.

El hombre, pegado a la pared, soltó una risa sin humor.

—Vas tarde —susurró.

Eduardo sintió un pinchazo helado.

—¿Tarde para qué?

El hombre no respondió. Giró la cabeza hacia el final de la escalera, como si esperara a alguien.

Eduardo lo vio.

Y entendió.

No está solo.

Eduardo soltó la muñeca solo un segundo para sacar el móvil del bolsillo. Marcó emergencias con dedos torpes.

Antes de que la llamada conectara, el hombre le dio un golpe con la frente en la cara, rápido, corto. Eduardo vio una luz blanca. El mundo se le desordenó.

El hombre aprovechó la brecha para intentar bajar las escaleras.

Eduardo, con el sabor de la sangre en la boca, se lanzó y lo agarró por la chaqueta. La tela se rasgó. El hombre perdió el equilibrio y cayó tres escalones con un golpe feo, como un saco.

Se quedó quieto un segundo.

Eduardo, temblando, lo apuntó con el móvil como si fuera un arma inútil.

—No te muevas —dijo.

El hombre se incorporó despacio. Tenía la cara torcida de rabia.

Entonces, detrás, en la escalera, se oyó un sonido nuevo: pasos rápidos subiendo.

Eduardo se giró instintivamente.

Dos agentes. Uniforme. Pistola en la cintura. Cara seria de “¿qué narices pasa aquí?”.

Uno de ellos miró a Eduardo, luego al hombre en el suelo, luego a la puerta con la mirilla cegada.

—¿Usted ha llamado? —preguntó.

Eduardo abrió la boca y le salió la voz rota.

—Sí —dijo—. Alguien ha intentado forzar mi cerradura. Mi mujer y mis hijos están dentro.

El agente miró al hombre. El hombre levantó las manos con calma repentina, como quien se pone una máscara nueva.

—Es un malentendido —dijo—. Yo solo...

—Cállate —dijo Eduardo, y la palabra le salió con un filo que se asustó de oír en sí mismo.

El segundo agente se acercó al hombre, le pidió documentación. El hombre rebuscó en los bolsillos con lentitud estudiada.

No llevaba nada.

Ni cartera. Ni DNI. Ni tarjeta.

Nada.

Los agentes se miraron.

—Levántese —ordenó el primero.

El hombre, por un instante, miró a Eduardo. En esa mirada había una promesa sucia.

Se levantó.

Cuando los agentes lo bajaban, Eduardo se acercó a la puerta. Miró la mirilla. El pegamento relucía como una gota de agua, bonita y traicionera.

Eduardo metió la llave.

La cerradura sonó... raro. Como si algo estuviera alojado dentro, presionando.

Abrió con cuidado.

Pepe apareció primero, pálido, con los ojos demasiado abiertos para su cara de siempre. Detrás, María abrazaba a los niños sin apretarlos demasiado, como si temiera hacerles daño con la fuerza del miedo.

Eduardo entró y cerró.

Por un segundo nadie habló. Solo se oyó la respiración de todos, el sonido de una ciudad que seguía abajo, indiferente.

María lo miró. Vio la sangre en su labio. Vio su cara.

—¿Qué es esto? —susurró.

Eduardo tragó saliva.

—Luego —dijo—. Te lo juro que luego.

María apretó los labios. No discutió. Ese silencio era peor que una bronca, porque era el silencio de la mujer que está guardando la cuenta para más tarde.

Pepe se acercó y, sin decir nada, le dio a Eduardo un golpe suave en el brazo, como quien comprueba que estás vivo.

—Te lo dije —murmuró Pepe—. Estás metido en algo.

—Lo sé —dijo.

Los niños, Eduardo y Rubén, asomaron la cara. Eduardo hijo lo miró como si su padre acabara de volver de un sitio oscuro. Rubén tenía los ojos húmedos y una pregunta que todavía no sabía hacer.

Eduardo sintió una punzada en el pecho que no era miedo. Era culpa.

Se acercó, les besó la frente rápido.

—Ya está —dijo—. Ya pasó.

Pero no se lo creyó ni él.

Afuera, en el descansillo, el agente llamó a la puerta. Eduardo abrió.

—Necesitamos que baje a poner denuncia —dijo el policía—. Y que nos deje ver la cerradura. Hay marcas raras.

Eduardo asintió.

—Ahora bajo.

Cuando cerró, Pepe lo agarró del hombro.

—¿Qué está pasando, Edu? —preguntó, más serio que nunca.

Eduardo miró a María. Miró a sus hijos. Miró el pasillo estrecho. Su casa, que de pronto parecía pequeña para tanto peligro.

—Me ha llegado un fichero —dijo al fin, muy bajo—. De un expediente antiguo. Y... y el nombre de Severiano Girón está dentro.

Pepe frunció el ceño.

—¿Severiano? ¿El amigo de papá?

Eduardo asintió. Notó el vértigo de decirlo en voz alta.

María, al oír el nombre, se quedó inmóvil.

—¿Qué tiene que ver Severiano con nosotros? —preguntó.

Eduardo abrió la boca, pero no tenía una frase que no fuera una bomba.

Pepe lo miró fijamente.

—¿Y por eso han venido a forzar la puerta?

Eduardo tragó saliva.

—Han venido para que borre el fichero —dijo—. Y para que olvide.

Pepe soltó el aire.

—¿Vas a borrarlo?

Eduardo miró a María. Miró a sus hijos. Miró la sangre seca en su labio.

—No lo sé —dijo.

Y esa verdad, dicha así, le dio miedo.

Bajó a denunciar con los agentes. En comisaría, el trámite fue rápido y lento a la vez: preguntas, hora, descripción, “no llevaba documentación”, “se ha dado a la fuga el segundo”, “no hay cámaras en ese tramo”. Palabras que parecen avanzar, pero dejan todo igual.

Al salir, el cielo ya estaba cayendo hacia la tarde.

Eduardo tenía el móvil en la mano cuando le entró un mensaje.

Número desconocido.

Una frase:

“Bien. Ya has entendido el tono.”

Y, debajo, otra:

“Ahora elige: el fichero o tu familia.”

Eduardo se quedó quieto en la acera, con Cádiz alrededor haciendo vida.

Y por primera vez, sintió que la decisión no era intelectual.

Era física.

Como si le hubieran puesto una mano en la garganta y le dijeran: respira solo si obedeces.

El móvil vibró de nuevo.

Una tercera línea:

“Sergio Lanza te espera.”

Eduardo levantó la vista.

Y, al otro lado de la calle, vio una moto negra parada, inmóvil, como si siempre hubiera estado ahí.

Esperándolo.

Capítulo 8 — El abogado

El despacho de Sergio Lanza estaba en una segunda planta sin ascensor, en una calle donde las persianas bajas parecían una forma de decir aquí no pasa nada. Eduardo subió los escalones con el cuerpo todavía tenso de la escena del rellano, con la denuncia recién puesta como un papel mojado en el bolsillo. María se había quedado en casa con Pepe y los niños, y él había salido con la promesa más peligrosa de todas: “vuelvo pronto”.

En Cádiz, prometer es arriesgar.

Llamó al timbre. Un zumbido. La puerta se abrió.

Una recepcionista lo miró con cara de “¿tiene cita?”. Eduardo dijo el nombre de Sergio Lanza y la mujer, al ver su rostro, no preguntó más. A veces la gente huele la prisa, el miedo, el dinero o la desgracia. A veces los huele todo junto.

—Pase. Está esperando.

Esperando.

La palabra le arañó la nuca. Nadie espera así en un despacho de abogados si no sabe algo antes.

Eduardo cruzó un pasillo con paredes llenas de diplomas y titulares enmarcados: absolución, revisión, caso histórico reabierto. Una vitrina con libros. Un despacho al final, con la puerta entornada.

Dentro, Sergio Lanza estaba de pie, junto a una ventana abierta, mirando la calle como si calculase el mundo por su tránsito. Treinta y tantos, camisa remangada, pelo oscuro, sonrisa fácil. El tipo de hombre que parece amable hasta que entiendes que su amabilidad es herramienta.

—Eduardo Martinel —dijo, extendiendo la mano—. Siéntate, por favor.

Eduardo estrechó la mano. La piel de Sergio estaba seca, firme. No temblaba. No tenía prisa.

—No tengo mucho tiempo —dijo Eduardo, sin sentarse todavía.

Sergio sonrió.

—Eso me lo dicen todos los que llegan con un problema grande —respondió—. Y todos acaban teniendo tiempo, porque el problema se lo come.

Eduardo se sentó. Miró alrededor: mesa ordenada, dos sillas, un cuadro discreto, una cafetera pequeña. El despacho olía a papel y a colonia limpia.

Sergio se sentó frente a él y cruzó las manos.

—Petra me ha dicho que tienes un expediente antiguo —dijo.

Eduardo apretó la mandíbula.

—¿Te lo ha dicho hoy?

Sergio levantó las cejas, como si la pregunta fuera curiosa.

—Hace un rato —dijo—. ¿Eso te preocupa?

Eduardo pensó en el mensaje: Sergio Lanza ya sabe que vas. Pensó en la moto negra. Pensó en el hombre de la gorra. Pensó en la manera en que el mundo se le estaba adelantando.

—Me preocupa todo —dijo.

Sergio no se ofendió. Sonrió un poco, como quien entiende.

—Enséñamelo —pidió.

Eduardo sacó el portátil de la mochila y lo puso sobre la mesa, sin abrirlo aún.

—Antes de enseñarte nada —dijo— quiero que me digas algo. ¿Sabes quién soy?

Sergio lo miró un segundo largo. Luego asintió, despacio.

—Sé tu nombre. Sé a qué te dedicas. Y sé que tu padre estuvo en prisión por un caso de tráfico de arte en los noventa. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. En Cádiz, esas cosas dejan sombra.

Eduardo sintió que se le secaba la boca.

—¿Quién te ha contado eso?

Sergio se encogió de hombros.

—Cádiz es pequeño —dijo—. Y yo trabajo con sombras. No te ofendas.

Eduardo no se ofendió. Se alarmó.

Abrió el portátil, buscó el fichero comprimido y lo enseñó. No se lo envió. Solo lo abrió ahí, en la pantalla, como quien muestra una herida y no un tesoro.

Sergio no tocó el ordenador. Se limitó a mirar.

Eduardo abrió el primer documento: la carátula judicial. Luego el manifiesto de carga. Luego la declaración con el nombre borrado y la firma.

Sergio dejó de sonreír.

Fue un cambio pequeño, pero Eduardo lo vio como se ve una grieta en un vaso.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó Sergio.

Eduardo lo miró fijo.

—Eso te lo pregunto yo a ti —dijo—. ¿De dónde crees que ha salido?

Sergio no respondió al juego. Señaló la carátula.

—Expediente 19/93... —murmuró—. Esto no es un documento cualquiera.

Eduardo sintió un latido fuerte en las sienes.

—¿Lo reconoces?

Sergio se recostó en la silla. Se pasó la mano por la boca. Y en ese gesto, Eduardo vio una cosa: no miedo, pero sí cálculo. Como si el abogado estuviera decidiendo cuánto decir, y a qué precio.

—He visto números parecidos —dijo Sergio—. Causas antiguas. Expedientes que deberían estar cerrados, pero no lo están del todo.

Eduardo le enseñó la foto del contenedor, la etiqueta "GIRÓN".

Sergio la miró con cuidado.

—Esto es dinamita —dijo.

Eduardo soltó una risa breve, amarga.

—Ya me he dado cuenta.

Sergio alzó la vista.

—¿Te han tocado? —preguntó.

Eduardo se quedó quieto. No quería decirlo. Decirlo era admitir que el mundo ya había cruzado su puerta.

—Han intentado forzar mi cerradura —dijo al fin—. Hoy. Hace dos horas.

Sergio no fingió sorpresa. Eso fue peor que cualquier gesto.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí.

—¿Y?

Eduardo apretó los dientes.

—Y nada.

Sergio asintió, como si eso confirmara un patrón que ya conocía.

—Mira, Eduardo —dijo, bajando un poco la voz—. Si alguien te manda un fichero así y luego te exige que lo borres, no estás en un asunto pequeño. Estás en un asunto que lleva años viviendo de que la gente obedezca.

Eduardo lo miró.

—Quiero reabrir el caso de mi padre —dijo.

Sergio se inclinó hacia él, interesado.

—Eso es posible... a veces —dijo—. Pero no con esto solo. Necesitaríamos probar cadena de custodia, origen, autenticidad. Y aunque lo logres, el sistema se mueve lento.

Eduardo apretó la mano contra la mesa.

—Yo no tengo tiempo para lento.

Sergio lo miró con una mezcla de compasión y pragmatismo.

—Entonces lo que quieres no es justicia —dijo—. Lo que quieres es guerra.

Eduardo sostuvo su mirada.

—Quiero la verdad.

Sergio respiró hondo.

—Te voy a hacer una pregunta —dijo—. Y si mientes, te vas.

Eduardo no parpadeó.

—¿Has hablado con Severiano Girón?

Eduardo sintió que el estómago se le cerraba.

—No —dijo—. Me han dicho que no lo haga.

Sergio se quedó quieto un segundo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Eduardo dudó. Luego respondió la única verdad que podía:

—Una voz.

Sergio soltó un suspiro breve, como quien oye algo que ya esperaba.

—Entonces Severiano no es un testigo cualquiera —dijo—. Es una llave. Y tú estás sosteniendo la puerta sin saber qué hay detrás.

Eduardo miró el documento con el nombre borrado. La firma "E. Girón" ya no existía. Ahora era "S. Girón" en su cabeza, por la corrección que él mismo había hecho al oírse decirlo. Y esa corrección, extrañamente, le dio más peso al asunto: Severiano sonaba a historia antigua, a promesa, a castigo.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Eduardo.

Sergio dudó un instante.

—Sé que fue marino mercante —dijo—. Que estuvo en rutas raras. Que siempre ha tenido amigos. Y que tu familia lo ha tenido cerca demasiados años como para que sea casualidad.

Eduardo sintió un golpe en el pecho.

—Es amigo de la familia —dijo, como si pronunciarlo lo hiciera menos peligroso.

Sergio sonrió, pero no con alegría.

—En Cádiz, “amigo de la familia” es una expresión muy flexible —dijo—. A veces significa ayuda. A veces significa vigilancia.

Eduardo se quedó helado.

—¿Qué estás insinuando?

Sergio levantó una mano, como calmando.

—No insinúo. Te digo posibilidades. Y tú eliges cuál te mata.

Eduardo apretó los dientes.

—Quiero saber qué contiene ese expediente en realidad —dijo.

Sergio asintió, como si ya hubiera tomado una decisión.

—Bien —dijo—. Entonces vamos a hacer algo. Pero tiene un precio.

Eduardo lo miró.

—¿Dinero?

Sergio sonrió.

—No solo dinero.

Eduardo sintió una punzada.

—¿Qué?

Sergio se inclinó hacia delante y bajó la voz, casi como si el despacho tuviera oídos.

—Necesito el fichero completo —dijo—. Una copia. Y necesito que me digas exactamente quién más lo ha visto. Petra. Tú. ¿Alguien más?

Eduardo pensó en Pepe. Pensó en María. Pensó en sus hijos. Pensó en el miedo en el pasillo.

—Nadie más —mintió.

Sergio lo miró un segundo largo. Y Eduardo no supo si le creyó o si simplemente aceptó que, en ese punto, las mentiras son inevitables.

—Vale —dijo Sergio—. Yo voy a mover esto, pero tú vas a hacerme caso en una cosa.

Eduardo esperó.

—No vayas solo a ningún sitio —dijo Sergio—. Ni a la galería, ni a tu casa, ni a ver a nadie. Si te han entrado por la puerta, te pueden entrar por cualquier parte.

Eduardo soltó una risa sin humor.

—Ya he ido solo a todos lados —dijo.

Sergio lo miró con frialdad repentina.

—Entonces cambia —dijo—. Porque tu familia está en Cádiz. Y lo que tú has tocado también.

Eduardo se quedó callado.

Sergio se levantó, fue hacia una impresora y sacó una hoja. La puso sobre la mesa.

Era un documento de autorización.

—Firma aquí —dijo—. Para que yo pueda solicitar copias certificadas de tu causa familiar, movimientos, posibles recursos. Si esto se reabre, habrá que hacerlo bien.

Eduardo miró la hoja.

La palabra firma le golpeó con un eco desagradable.

Recordó la firma en el expediente del 93. La firma que había dejado a su padre en prisión. La firma que ahora tenía apellido Girón.

Eduardo cogió el bolígrafo.

Antes de firmar, miró a Sergio.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó.

Sergio lo observó un segundo.

—Porque me gusta ganar —dijo—. Y porque los expedientes viejos a veces son los más caros.

Eduardo firmó.

En el momento en que el bolígrafo levantó del papel, el móvil de Sergio vibró sobre la mesa.

Sergio miró la pantalla. La expresión se le endureció. No contestó.

Eduardo lo vio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sergio deslizó el móvil hacia sí y, con un gesto rápido, apagó la pantalla.

—Nada —dijo, demasiado rápido.

Eduardo sintió un hilo de alarma subirle por la espalda.

—Sergio...

Sergio le sostuvo la mirada.

—Tienes que irte ya —dijo—. Vete a casa. Quédate con tu gente. Y no contestes números desconocidos.

Eduardo se quedó quieto.

—¿Quién te ha escrito? —preguntó.

Sergio apretó los labios. Luego, como si le costara decirlo, habló:

—Me han recordado que Cádiz tiene memoria.

Eduardo sintió un frío en el estómago.

—¿Quién?

Sergio no respondió. Se levantó, abrió el cajón y sacó un pendrive.

—Dame el fichero —dijo—. Ahora. Vamos a copiarlo y lo guardas tú. Y yo me quedo una copia. Si alguien borra algo, no será todo.

Eduardo dudó.

Luego asintió.

Copiaron el fichero en silencio, con el zumbido del ordenador como único sonido. Cuando terminó, Sergio se lo guardó en el bolsillo como si fuera un secreto físico.

Eduardo cerró el portátil.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Sergio lo miró fijo.

—Ahora viene lo peor —dijo—. Porque ya has hecho lo único que no perdonan: no obedecer.

Eduardo tragó saliva.

Sergio añadió, más bajo:

—Y porque Severiano Girón ya está en Cádiz.

Eduardo se quedó inmóvil.

—¿Cómo lo sabes?

Sergio no sonrió.

—Porque alguien me ha pedido que te diga que te vayas —dijo—. Y esa clase de peticiones solo las hace la gente que se cree dueña de ti.

Eduardo sintió que el despacho se le encogía.

El móvil de Eduardo vibró en su bolsillo.

Número desconocido.

Un mensaje.

Una sola frase:

“No confíes en abogados.”

Eduardo levantó la vista hacia Sergio.

Y por primera vez desde que empezó todo, tuvo la sensación de que el suelo de Cádiz no era de piedra.

Era de arena.

Capítulo 9 — La inspectora

Eduardo bajó las escaleras del despacho de Sergio Lanza con la sensación de que cada peldaño lo alejaba de una certeza y lo acercaba a otra: en Cádiz no solo te siguen, también te colocan piezas delante.

En la calle, el aire traía un filo húmedo, mezcla de mar y motores calientes. La tarde empezaba a vencerse hacia un ángulo más bajo, y las sombras recuperaban su territorio con una calma antigua. Eduardo avanzó con una serenidad casi estudiada, como quien abandona una cita rutinaria. Por dentro, sin embargo, algo se le desacompañaba a cada paso.

No confíes en abogados.

La frase del mensaje le seguía vibrando en el bolsillo como un insecto vivo. Y, sin embargo, la alternativa no era mejor: no confiar en nadie te deja solo. Y lo solo, en un asunto así, es una sentencia.

Se metió en el coche sin mirar alrededor. Arrancó. En el retrovisor no vio la moto negra. Eso le pareció peor que verla.

Condujo hacia su barrio, pero no subió directamente. Dio un rodeo por la zona del mar, por el paseo donde los bancos miran a la bahía como si no pasara nada. Se obligó a respirar. Se obligó a pensar.

María.

Los niños.

Y Severiano Girón, cuyo nombre ya no era un nombre: era un nexo hacia una parte de su vida que nunca le contaron.

Al aparcar, vio un coche policial en doble fila junto a su portal. El corazón se le subió a la garganta. Bajó del coche rápido, casi corriendo, y subió las escaleras con la llave preparada, con el cuerpo tenso.

En el descansillo había dos agentes, los mismos de antes, hablando con alguien. Una mujer.

No llevaba uniforme. Llevaba vaqueros oscuros, chaqueta ligera y una carpeta bajo el brazo. Pelo recogido, rostro serio, mirada que no se distraía. Tenía la postura de quien se ha acostumbrado a entrar en casas ajenas sin pedir permiso.

Eduardo supo quién era antes de que nadie lo dijera.

La mujer lo miró al instante, como si lo hubiera oído llegar desde la calle.

—Eduardo Martinel —dijo, sin preguntar.

Eduardo se paró a un metro de ella.

—¿Inspectora Cebrián?

Nuria lo observó con calma.

—Nuria —corrigió—. Cuando no llevo placa, soy Nuria.

Eduardo notó la trampa en esa frase: cercanía falsa, cortesía como herramienta. Aun así, agradeció que no hubiera más vecinos asomados.

—Mi mujer y mis hijos están dentro —dijo Eduardo—. No quiero que...

—Tranquilo —dijo Nuria, y alzó la mano, como cortando el aire—. No he venido por ellos.

Eduardo apretó los dientes.

—Entonces ¿por qué ha venido?

Nuria miró la puerta. La mirilla cegada seguía ahí, reluciendo con esa transparencia cruel.

—Porque alguien ha intentado forzar tu cerradura con un método que no es de ladrones de barrio —dijo—. Y porque, después de tu denuncia, alguien ha hecho tres llamadas desde un número que no aparece en registro, pero sí en mi radar.

Eduardo sintió un frío.

—¿Qué llamadas?

Nuria lo miró directo.

—Una a tu compañía de seguros. Otra a una galería. Y otra a un despacho de abogado. —Pausa—. No hace falta que te diga los nombres.

Eduardo se quedó inmóvil.

Petra. Sergio. Él.

Nuria se le acercó un paso. No invadió, pero se hizo presente.

—¿Qué te ha llegado? —preguntó.

Eduardo miró a los agentes, luego a Nuria.

—No sé de qué habla.

Nuria no se ofendió. Sonrió, apenas, como quien oye una respuesta esperable.

—Te lo voy a poner fácil —dijo—. Trabajo en delitos patrimoniales. Arte. Falsificaciones. Tráfico. Lo bonito.

Eduardo tragó saliva.

—Esto no va de arte —mintió.

Nuria levantó la carpeta que llevaba bajo el brazo y la abrió. Sacó una foto impresa y se la mostró sin dársela.

La foto era la del muelle, 1993, el hombre de espaldas mirando al mercante. La misma que habían enviado a Eduardo.

Pero en esta había algo más: una marca roja hecha con rotulador en una esquina.

—¿Te suena? —preguntó Nuria.

Eduardo sintió que el estómago se le hundía.

—¿De dónde la ha sacado? —preguntó, sin poder evitarlo.

Nuria cerró la carpeta.

—De donde saco las cosas que no deberían existir —dijo—. Tú también has recibido algo que no debería existir, ¿verdad?

Eduardo notó el impulso de negarlo otra vez. Pero la realidad estaba delante, con forma de mujer y de control.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Nuria lo miró con algo que no era compasión, pero se parecía.

—Quiero que no te maten en un rellano de Cádiz por un cuadro que alguien robó hace más de 20 años —dijo—. Y quiero llegar al nombre que hay detrás antes de que ese nombre se aburra y decida limpiar.

Eduardo apretó la mandíbula.

—¿Qué sabe?

Nuria ladeó la cabeza.

—Sé que tu padre cargó con una condena que no le correspondía entera —dijo—. Sé que hubo un expediente en el 93 que no se citó. Sé que alguien firmó algo que no debía firmar. —Pausa—. Y sé que el apellido Girón aparece donde no debería.

El nombre le golpeó a Eduardo como si le hubieran tocado un nervio.

—Severiano —dijo, sin querer.

Nuria lo miró, como si confirmara un dato.

—Severiano Girón —repitió—. Ex marino mercante. Viudo. Sin familia. Presencia constante alrededor de tu familia desde que tu padre cayó. —Lo observó—. Demasiado constante.

Eduardo sintió rabia.

—Es amigo —dijo—. Nos ayudó cuando nadie...

Nuria alzó la mano, deteniéndolo.

—No te estoy diciendo que sea el malo —dijo—. Te estoy diciendo que está en el centro.

Eduardo respiró hondo.

—¿Y qué tiene que ver usted con esto?

Nuria lo miró como si la pregunta le hiciera gracia.

—Yo no tengo que ver —dijo—. Yo estoy intentando llegar antes que los que sí tienen que ver.

Eduardo apretó los puños.

—¿Va a proteger a mi familia?

Nuria sostuvo su mirada.

—Puedo pedir vigilancia, sí —dijo—. Pero la policía no protege bien de gente que no juega con reglas. Lo que protege es no estar solo y no hacer tonterías.

Eduardo sintió que el aire se le convertía en cuchillo.

—Ya he hecho tonterías —murmuró.

Nuria lo oyó igual.

—¿Has enseñado el fichero? —preguntó.

Eduardo miró hacia su puerta, como si allí dentro estuviera la respuesta.

—A nadie —mintió. Esta vez, la mentira le supo peor.

Nuria lo miró un segundo largo. Y, sorprendentemente, no lo presionó.

—Bien —dijo—. Vamos a entrar. Quiero ver la cerradura y quiero hablar dos minutos con tu mujer. Dos. No más.

Eduardo abrió.

En el salón, María estaba de pie con los niños pegados a ella como si fueran parte de su cuerpo. Pepe estaba junto a la ventana, mirando la calle con esa tensión nueva que le había crecido en la cara desde hacía unas horas. Al ver a Nuria, frunció el ceño.

—¿Quién es? —preguntó Pepe.

—Policía —dijo Eduardo.

María no dijo "hola". No dijo "buenas". Solo miró a Eduardo como si quisiera arrancarle la verdad con los ojos.

—¿Hasta cuándo, Eduardo? —susurró.

Eduardo sintió un pinchazo en el pecho, pero no tuvo tiempo de responder.

Nuria fue directa a la puerta, observó la mirilla cegada, la cerradura, los bordes. Sacó guantes de un bolsillo y los puso sin prisa.

—Han metido tensión aquí —dijo, señalando—. Y han dejado algo dentro.

Eduardo se tensó.

—¿Qué?

Nuria sacó una linterna pequeña y la acercó.

—Un micro contacto —dijo—. Un detector barato. Para saber si abrías. Para saber si estabas.

Eduardo sintió una náusea.

María llevó una mano a la boca.

—¿Nos estaban... vigilando? —preguntó.

Nuria no endulzó.

—Sí —dijo—. Lo han hecho para asustar. Y para medir tu reacción.

Eduardo apretó los dientes.

—¿Quién? —preguntó Pepe, con rabia contenida.

Nuria guardó la linterna.

—Esa pregunta es la que me interesa —dijo—. Y por eso estoy aquí.

Miró a Eduardo.

—Necesito que me acompañes —dijo—. A comisaría. Pero no para repetir la denuncia. Para enseñarme lo que tienes.

Eduardo sintió el salto automático del instinto: negar, proteger, guardar.

María se adelantó medio paso.

—Eduardo... —dijo ella, y su voz fue un hilo—. Basta.

Eduardo la miró. Vio el cansancio, el miedo, el amor clavado en la garganta. Vio a sus hijos demasiado quietos, como si ya hubieran aprendido una lección que no les tocaba.

Pepe también lo miró. No con juicio. Con preocupación y lealtad, esa combinación que te obliga.

Eduardo tragó saliva.

—No puedo —dijo, muy bajo.

Nuria no se movió.

—Sí puedes —dijo—. Lo que no puedes es seguir creyendo que esto lo controlas tú solo.

Eduardo apretó el portátil dentro de la mochila, como si fuera un acordeón.

—Si se lo enseño... —empezó.

Nuria se inclinó un poco, sin agresividad.

—Si me lo enseñas, puedo mover recursos. Si no, solo puedo reaccionar cuando ya sea tarde —dijo—. Y ya vas tarde desde el momento en que te mandaron “tienes una hora”.

Eduardo se quedó helado.

—¿También lo sabe? —preguntó.

Nuria lo miró con frialdad.

—Sé más de lo que te gustaría —dijo—. Por ejemplo: sé que Damián Paredes está en el borde de esto, aunque nadie lo diga en voz alta.

María frunció el ceño, perdida.

—¿Quién es ese? —preguntó.

Nuria no respondió a María. Sus ojos seguían en Eduardo.

—Y sé que Severiano Girón ha entrado hoy en la Fundación Paredes —dijo—. Lo han visto.

Eduardo sintió que el suelo se movía.

Pepe soltó un “¿qué?” casi inaudible.

Eduardo abrió la boca, pero no salió nada.

Nuria dio un paso atrás, como dando espacio.

—Decide —dijo—. Pero decide ya.

Eduardo miró a María. Miró a sus hijos. Miró a Pepe. Miró la puerta, la mirilla cegada, la casa que ya no era refugio.

Sacó el móvil sin saber por qué.

Vibró en su mano.

Número desconocido.

Un mensaje.

Una sola frase:

“Nuria no es tu aliada.”

Eduardo levantó la vista hacia la inspectora.

Y en ese segundo —con su familia mirando, con Cádiz respirando detrás de las ventanas, con el mar ahí fuera fingiendo calma— Eduardo entendió que el próximo paso iba a cambiarlo todo.

Porque ya no se trataba de descubrir la verdad.

Se trataba de elegir a quién entregársela.

Capítulo 10 — El diario oculto

Severiano Girón no fue a casa.

Esa habría sido la decisión razonable: encerrarse, hacerse pequeño, esperar a que el mundo pase por encima sin mirarte. Pero él llevaba demasiados años aprendiendo que lo razonable es lo que se les deja a los demás. A él, desde 1993, le había tocado otra cosa: reparar sin derecho a nombrar la herida.

Condujo hacia el barrio antiguo, hacia una calle estrecha donde los edificios se tocan con los balcones y las voces se pegan en las paredes como humedad. Allí, en un portal sin placa, vivía una mujer a la que casi nadie llamaba por su nombre real.

En Cádiz la gente tiene apodos antes que documentos.

Severiano subió despacio. No por cansancio. Por oído.

La puerta del tercero tenía un llamador viejo con forma de mano. Severiano golpeó una vez. Solo una.

Esperó.

Del otro lado, pasos.

Una cadena.

Una voz ronca:

—¿Quién?

Severiano habló sin elevar la voz.

—Del mar.

Hubo silencio. Un silencio que olía a reconocimiento.

La cadena se descorrió. La puerta se abrió un palmo. Apareció un ojo enmarcado por arrugas y rímel gastado.

—Tú no vienes del mar —dijo la mujer—. Tú vienes del desastre.

Severiano sostuvo su mirada.

—Necesito algo —dijo.

La mujer abrió la puerta del todo.

Era baja, robusta, con el pelo teñido de un rojo imposible y una bata de casa que parecía un uniforme. Tenía sesenta y tantos, pero la vida no la había suavizado: la había afilado. En el salón olía a fritura vieja y a colonia fuerte. Había estampitas en una esquina y un cenicero lleno.

—Pasa, Severiano —dijo ella, y pronunció su nombre como quien escupe una verdad—. Y quítate esa cara, que me vas a traer el muerto a casa.

Severiano entró. El piso era pequeño, oscuro, con muebles desgastados y un televisor encendido sin sonido. En la pared, un espejo ovalado devolvía un reflejo distorsionado, como si la casa misma se negara a ver las cosas de frente.

—¿Sigues sola, Lali? —preguntó Severiano sin pensar.

La mujer soltó una carcajada.

—No me llames así. —Le señaló una silla—. Siéntate. Y dime qué se te ha roto ahora.

Severiano se sentó. Miró el cenicero. Miró las manos de la mujer: dedos gruesos, uñas cortas, anillos baratos. Manos de alguien que ha tocado de todo.

—Han encontrado el expediente —dijo.

La mujer dejó de moverse. Solo un segundo. Pero en ese segundo, el aire cambió.

—¿Qué expediente? —preguntó, fingiendo.

Severiano la miró.

—No me hagas perder el tiempo.

La mujer chasqueó la lengua, se giró y se sirvió un vaso de anís sin preguntarle si quería. Se lo bebió como quien toma medicina.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó al fin.

—Eduardo Martinel.

La mujer no parpadeó. Pero se le tensó un músculo en la mandíbula.

—El hijo —murmuró.

Severiano asintió.

La mujer se apoyó en el respaldo de una silla y lo miró de arriba abajo.

—Te dije que eso iba a volver —dijo—. Te lo dije cuando todavía tenías pelo negro y creías que firmar era salvarte.

Severiano sintió el golpe de esa palabra otra vez: firmar.

—Necesito el diario —dijo.

La mujer lo miró con desprecio.

—¿Ahora lo necesitas? —repitió—. ¿Ahora que el niño tiene la soga en el cuello?

Severiano apretó los dientes.

—Sí.

La mujer se acercó al aparador, abrió un cajón y sacó una caja de metal. Una caja de galletas, vieja, abollada.

Severiano sintió que el estómago se le hundía: su propia caja.

—¿Eso...? —empezó.

—No es la tuya, no te creas tan protagonista —dijo ella. La abrió—. La tuya guarda culpa. Esta guarda verdad.

Dentro había una libreta más fina, con tapas marrones y una goma alrededor.

La mujer la sostuvo un segundo sin dársela.

—¿Sabes por qué la guardo yo? —preguntó.

Severiano no respondió.

—Porque tú nunca has sabido guardar bien. Tú escondes y crees que eso es guardar. —Lo miró—. Guardar es saber cuándo sacar.

Severiano tragó saliva.

—Dámela.

La mujer sonrió sin humor.

—Te la doy, sí. Pero escucha bien: eso no te salva. Eso te condena.

Severiano cogió la libreta. La tapa tenía manchas, como de agua vieja. La abrió.

La letra era de Ivo Krstic.

Lo supo sin leer el nombre. Lo supo por la forma de las letras: firmes, angulosas, como si la tinta quisiera cortar el papel.

En la primera página había una frase en español malo:

“La gente cree que el mar borra. El mar guarda.”

Severiano pasó hojas.

Fechas.

Nombres.

Códigos de contenedores.

Puertos.

Y, entre líneas, algo peor que cifras: anotaciones sobre personas. Sobre “quién habla”. Sobre “quién se compra”. Sobre “quién se rompe”.

La mujer observaba su cara con una atención cruel.

—Ahí está —dijo ella—. El mapa.

Severiano tragó saliva, pasando páginas hasta que encontró una fecha que le dolió de golpe:

20 de octubre de 1993

La libreta decía:

“El cuadro no viajará con su nombre. Viajará con el nombre del que lo cargue.”

“El Girón firmó.”

“Si habla, lo hundimos. Si se calla, le dejamos respirar.”

“El Martinel servirá en tierra.”

Severiano sintió que el corazón se le daba la vuelta.

—Martinel... —murmuró.

La mujer se sirvió otro dedo de anís.

—Tuviste una oportunidad —dijo—. Una. Y la tiraste al agua.

Severiano la miró con rabia contenida.

—¿Por qué guardaste esto? —preguntó.

La mujer encogió los hombros.

—Porque me gusta tener la soga de otros en mis manos —dijo, sin pudor—. Porque un día pensé que alguien iba a necesitarla. Y mira.

Severiano apretó la libreta.

—Esto puede salvarlo —dijo.

La mujer soltó una risa breve.

—Esto puede matarlo —corrigió—. Si eso sale, van a venir a buscarlo como vinieron a buscar a tu Anita... pero sin tumba bonita.

Severiano se quedó helado.

—¿Qué dices? —preguntó, con la voz más baja que nunca.

La mujer lo miró con una frialdad que parecía cansancio.

—¿Tú de verdad te creíste que Anita se murió solo de enfermedad? —preguntó—. ¿De verdad te lo creíste, Severiano?

Severiano sintió que el suelo se le abría en silencio.

La mujer dio una calada a un cigarrillo que había encendido sin que él lo viera.

—No te estoy diciendo que la mataran —dijo—. Te estoy diciendo que cuando te tienen cogido, la vida se te enferma sola. Y tú lo sabes.

Severiano apretó los dientes hasta que le dolieron.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

La mujer soltó el humo.

—Que no hagas el tonto —dijo—. Que, si vas a salvar al niño, lo hagas bien. Y que, si vas a confesarle algo, no lo confieses como un cobarde.

Severiano la miró.

—¿Qué tendría que confesarle?

La mujer alzó la ceja.

—Eso lo sabes tú mejor que nadie —dijo—. Yo solo guardo libretas.

Severiano cerró la libreta con fuerza.

—¿Quién más sabe que tienes esto? —preguntó.

La mujer sonrió.

—Los que importan siempre saben —dijo—. Solo están esperando a ver si tú lo sacas, para decidir si te dejan vivir otro rato.

Severiano se levantó.

—Tengo que irme.

La mujer lo acompañó hasta la puerta.

Antes de abrir, lo miró con un gesto casi humano.

—Severiano —dijo—. Si vas a hacer algo decente por primera vez, hazlo rápido. Cádiz no espera. Cádiz devora.

Severiano asintió.

Bajó las escaleras con la libreta pegada al cuerpo, como si fuera un órgano.

En la calle, el sol ya estaba cayendo. Las sombras alargadas hacían que los edificios parecieran más altos y la ciudad más estrecha.

Caminó hacia el coche.

A mitad de calle, notó un cosquilleo en la nuca.

Miró un escaparate.

En el reflejo, vio al hombre de las gafas de sol a unos metros, apoyado en una pared como si estuviera esperando a alguien que llega tarde.

Severiano no aceleró. No miró directo. No dio señales.

Abrió el coche, se sentó, puso el contacto.

El hombre de las gafas se apartó despacio de la pared.

Y entonces, como si el mundo quisiera darle un aviso final, el móvil de Severiano vibró.

Un mensaje.

Número desconocido.

Una frase:

“Devuélvelo. O tus muertos no descansaran.”

Severiano apretó el volante.

Miró la libreta.

Miró el retrovisor.

El hombre de las gafas ya estaba cruzando la calle hacia él.

Y Severiano entendió, con una claridad que le heló la sangre, que en Cádiz no solo se disputaba el futuro de Eduardo Martinel.

Se disputaba el derecho a contar el pasado.

Capítulo 11 — Persecución en piedra

Severiano no esperó a que el hombre llegara al coche.

Arrancó.

El motor respondió con un rugido viejo, como si también él supiera que no era un paseo. Metió primera, soltó embrague y el coche saltó hacia delante. En el retrovisor vio al hombre de gafas dar un paso atrás, sorprendido, y llevarse una mano al bolsillo.

No quiso averiguar qué sacaba.

Giró la esquina y se metió por una calle estrecha donde dos coches apenas cabían. Cádiz se encoge cuando te persiguen. Las fachadas se acercan, los balcones pesan, el aire se vuelve piedra.

El móvil vibró otra vez. Severiano no miró. La libreta de Ivo estaba en el asiento del copiloto, dentro de una bolsa de tela, pero él la sentía como si estuviera sobre su pecho.

En la siguiente intersección, miró el espejo: una moto negra había aparecido desde una bocacalle y se había pegado detrás, rápida, sin duda.

La misma sombra.

Severiano apretó el volante. No se trataba de correr más; se trataba de no regalarles un sitio bueno para cerrarte.

En una plaza pequeña, una mujer cruzó con un carrito de bebé. Severiano frenó lo justo para no tocarla. La moto, atrás, tuvo que frenar también, y ese segundo de distancia le dio aire. Luego Severiano giró a la izquierda sin señalizar y se metió por un callejón que no parecía tan callejón hasta que estabas dentro. Pavimento irregular. Paredes tan cerca que el sonido del motor rebotaba como un tambor.

No hay salida, pensó.

Y, sin embargo, había.

Al final, una pequeña bajada que desembocaba en una calle más ancha cerca del mercado. Severiano salió disparado, mezclándose con la vida. Puestos, voces, olor a pescado, gente cargando bolsas. Un caos perfecto para desaparecer.

Miró el retrovisor.

La moto salió detrás.

Sin freno.

Sin duda.

Como si el conductor conociera Cádiz igual que él.

Severiano maldijo entre dientes. Aceleró hacia el borde del casco viejo, buscando una avenida más abierta. Si conseguía espacio, podía hacer la única cosa que un hombre como él sabía hacer bien: cambiar de ritmo.

En el siguiente semáforo, el azar —o la ciudad— le hizo un regalo: un autobús se cruzó y le tapó la vista a la moto durante dos segundos.

Severiano aprovechó. Giró bruscamente a la derecha en una calle de sentido contrario.

Los coches tocaron el claxon. Gritos. Un conductor lo insultó.

Severiano no se detuvo.

Al final de la calle, frenó de golpe y se metió en un aparcamiento pequeño, casi escondido entre dos edificios. Se colocó en una plaza al fondo, apagó el motor.

Silencio.

Respiración.

Su propia sangre golpeándole el cuello.

Esperó.

Uno.

Dos.

Tres segundos eternos.

La moto pasó por la entrada del aparcamiento sin girar. Siguió de largo.

Severiano soltó el aire.

Demasiado pronto.

Porque, justo entonces, una sombra se plantó frente a su capó. Un hombre sin moto. Sin prisa. Sin gafas ahora.

Era el mismo.

Treinta y muchos. Cara dura. Ojos claros. Y esa calma de quien sabe que no necesita correr porque la trampa ya está cerrada.

Severiano sintió el cuerpo tensarse. La mano fue al bolsillo por instinto, pero no llevaba nada útil, nada que hiciera ruido. Solo llaves, papeles, la vida normal que él había fingido demasiado tiempo.

El hombre se acercó a la ventanilla del conductor y golpeó con los nudillos, suave. Cortés.

Severiano no bajó el cristal.

El hombre sonrió.

Severiano vio su boca decir una palabra sin sonido: abre.

Severiano metió marcha atrás.

El coche dio un tirón. El hombre saltó a un lado con agilidad, pero Severiano ya estaba saliendo, rozando una columna, raspando pintura. El aparcamiento escupió el coche hacia la calle.

Y entonces lo vio: otro hombre esperando en la salida, bloqueando el paso. Más bajo, más ancho. Con una mano dentro de la chaqueta.

Severiano frenó justo a tiempo.

El primer hombre ya estaba detrás, corriendo hacia él.

Dos.

Lo querían fuera del coche.

Lo querían cerca.

Severiano miró a izquierda y derecha. Calle estrecha. Dos coches aparcados. No había hueco.

Sí lo hay, pensó.

Severiano giró el volante y embistió el coche aparcado más cercano, un golpe seco que hizo saltar la alarma y temblar los cristales. La gente en la acera gritó. El coche de Severiano se abrió espacio lo justo para colarse por el hueco entre el parachoques y la pared.

Pasó rozando.

El hombre ancho dio un paso atrás, sorprendido.

El primer hombre golpeó el maletero con la palma cuando el coche ya se iba, como un animal frustrado.

Severiano aceleró.

El corazón le golpeaba como si quisiera romperle las costillas. Condujo hacia una avenida más abierta, donde el cielo se veía. Donde el mar estaba cerca. Donde los ojos, por fin, podían respirar.

En un semáforo en ámbar, Severiano no frenó.

Cruzó.

Detrás, una moto rugió.

La sombra había vuelto.

La moto se le pegó al lateral, intentando ponerse a su altura. Severiano miró de reojo: el conductor llevaba casco negro, visera oscura. En el asiento trasero, otro cuerpo. Dos en la moto. Dos sombras.

El de atrás levantó el brazo.

Severiano vio el destello metálico antes de comprender.

Un golpe seco en la parte trasera del coche. Vidrio.

El cristal del maletero se astilló.

Severiano juró. No miró atrás. Aceleró.

Segundo golpe.

Más cerca.

El cristal lateral vibró.

No estaban disparando al aire. Estaban apuntando a asustar, a romper, a decir podemos.

Severiano apretó el volante con fuerza. Miró una calle a la derecha: bajaba hacia una zona junto al mar.

La tomó.

El asfalto cambió. Se volvió más liso. Más rápido.

El mar apareció a la izquierda, amplio, hermoso, indiferente. Severiano sintió una rabia absurda: el mundo era precioso justo cuando más feo se volvía por dentro.

La moto intentó adelantarlo por la izquierda, entre él y el pretil.

Error.

Severiano dio un giro mínimo del volante, lo justo para cerrarle el espacio sin tocar. La moto se desestabilizó. El conductor corrigió a tiempo, rozando el pretil con un chispazo.

El de atrás soltó un insulto que Severiano no oyó. O no quiso oír.

Severiano aprovechó y frenó de golpe.

La moto, sorprendida, se le echó encima. El conductor tuvo que clavar frenos. Patinó.

Severiano aceleró de nuevo, dejando atrás la moto por un segundo de ventaja.

Suficiente.

Vio un callejón que bajaba hacia una zona de aparcamientos cerca de la playa. Metió el coche por ahí. El callejón era estrecho, imposible para que una moto mantuviera velocidad sin arriesgarse. Severiano lo conocía: Cádiz se aprende con las suelas.

El coche botó sobre un badén. Severiano casi se golpeó la cabeza con el techo. No aflojó.

Al final, un muro. Sin salida.

Severiano frenó con el corazón en la boca.

Te has metido en una ratonera, pensó.

Entonces vio la verja lateral, medio abierta, con un cartel oxidado: ACCESO SERVICIO.

Severiano bajó del coche sin apagarlo. Corrió hacia la verja, la empujó con el hombro, se coló. Al otro lado, unas escaleras bajaban hacia un pasillo estrecho que olía a sal y a basura.

Severiano llevaba la bolsa con la libreta apretada contra el pecho. Bajó las escaleras de dos en dos.

Arriba, oyó el motor de la moto acercarse. Frenazo. Voces.

—¡Eh! ¡Por ahí!

Severiano no miró atrás. Corrió por el pasillo de servicio hasta salir a un espacio abierto junto a una zona de rocas. El mar rompía cerca, golpeando como si también estuviera enfadado.

Severiano se detuvo un segundo. No por cansancio. Por decisión.

Miró alrededor: no había gente. Solo mar y piedra.

Sacó la libreta de la bolsa.

La sostuvo un instante.

Y, en un gesto brutal, la partió por la mitad.

No para destruirla del todo. Para crear dos vidas.

Metió una mitad dentro de su chaqueta. La otra la guardó en la bolsa.

Oyó pasos detrás, rápidos.

—¡GIRÓN! —gritó una voz.

Severiano se giró.

Dos hombres bajaban por las escaleras. El primero, el de ojos claros, sonreía como si lo disfrutara. El segundo llevaba una navaja corta, discreta, como si fuera una herramienta más.

Severiano levantó las manos, pero no en rendición. En calma.

—Ya está —dijo, mintiendo con la cara seria—. Ya no sirve.

El hombre de ojos claros se acercó.

—Eso lo decides tú... —dijo—. Y tú no decides nada.

Severiano sintió el pulso en la garganta. Notó la piedra bajo sus pies. Notó el mar detrás, golpeando.

El hombre de la navaja dio un paso.

Severiano, en un gesto rápido, lanzó la bolsa hacia el mar.

La bolsa voló, giró en el aire y cayó entre las rocas con un golpe húmedo.

Los dos hombres reaccionaron tarde.

El de ojos claros lanzó un insulto y corrió hacia el borde para ver dónde había caído.

El de la navaja fue directo a Severiano.

Severiano no esperó. Le dio un golpe seco con el hombro, lo suficiente para desequilibrarlo. El hombre intentó clavar la navaja, pero Severiano le agarró la muñeca y la torció con fuerza.

La navaja cayó y resbaló por la piedra.

El hombre le dio un cabezazo. Severiano vio estrellas. Aun así, apretó más.

El de ojos claros se giró al oír el ruido y volvió hacia ellos.

Severiano, con el mundo girándole un poco, dio una patada al hombre de la navaja en la rodilla. La pierna cedió. El hombre cayó.

Severiano retrocedió hasta que sintió el aire del mar en la espalda.

El de ojos claros se acercó despacio, con una sonrisa nueva: la de quien ya no tiene prisa porque huele victoria.

—¿Sabes lo que has hecho? —preguntó.

Severiano escupió sangre al suelo.

—He ganado tiempo.

El hombre se rió.

—¿Tiempo para qué? ¿Para confesarte? ¿Para huir? Tú no sabes huir. Tú solo sabes callar.

Severiano metió la mano en la chaqueta. Tocó la mitad de la libreta.

Una vida, pensó.

El hombre de ojos claros dio un paso más.

—Dámelo.

Severiano lo miró con odio tranquilo.

—No.

La sonrisa del hombre desapareció.

—Entonces te hundimos, Girón.

Severiano sintió la palabra como un eco del 93.

El mar rompió detrás, fuerte, como si quisiera intervenir.

Y Severiano, con el cuerpo dolorido y la garganta llena de sangre, hizo lo único que no esperaban:

Se tiró hacia atrás.

Cayó.

No al agua abierta, sino a una plataforma baja de roca húmeda, golpeándose el costado. El dolor le mordió. Pero no se rompió.

Rodó.

Se metió en un hueco entre rocas, un corredor natural que los que no conocen Cádiz no ven.

Arrastrándose, con las manos raspadas, oyó gritos arriba, pasos, insultos.

Pero ya no lo veían.

Severiano se quedó quieto, pegado a la roca, respirando a golpes, con el mar escupiéndole agua salada en la cara.

Y, por primera vez en décadas, sonrió.

Porque todavía tenía la mitad de la libreta.

Y porque, en su bolsillo interior, el sobre "Si muero" seguía intacto.

El móvil vibró.

Lo sacó con dedos temblorosos.

Mensaje.

Número desconocido.

Una frase:

“Ahora sí has elegido bando.”

Severiano cerró los ojos.

Y supo que, a partir de ese momento, ya no iba a ser posible salvar a Eduardo Martinel sin destruir algo más.

Capítulo 12 — Puerto fantasma

La tarde que supo que Eduardo Martinel había recibido el documento equivocado, no sintió rabia. Sintió una molestia equivalente a una arruga en un traje perfecto. Y eso, para alguien como él, era suficiente para activar un mecanismo: hacer que la vida de otro se estrechara hasta parecerle obediencia.

A veces, cuando miraba un cuadro colgado en una pared blanca, no veía color ni composición. Veía rutas. Veía contenedores. Veía firmas. Y, sobre todo, veía hombres. Hombres útiles.

Damián Paredes aprendió a moverse como se mueve el dinero: sin prisa, sin ruido, sin dejar rastro visible. En Cádiz, su nombre no se decía alto en ciertos círculos; se dejaba caer, como se deja caer una copa cara en una mesa para que todos entiendan que hay algo que pagar.

Eduardo no durmió. Ni siquiera lo intentó de verdad.

Se quedó sentado en la cocina con la luz apagada, escuchando el sonido de su casa como si fuera un cuerpo ajeno: el frigorífico respirando, una tubería quejándose, un coche pasando por la calle. María se llevó a los niños al dormitorio. Pepe se quedó en el salón, en el sofá, con los ojos abiertos como un perro que ya ha olido el peligro y no sabe dónde morder.

Nuria se fue dejando una frase que no sonó a promesa, sino a aviso: —Si te mueves, me lo dices.

Eduardo no le había dicho que sí. Tampoco que no.

En la mesa, el portátil cerrado. El fichero dentro, como una serpiente dormida. Y en la cabeza, el mensaje: Nuria no es tu aliada. El otro: No confíes en abogados. El otro: Elige: el fichero o tu familia.

Ya no sabía qué era información y qué era manipulación. Solo sabía que le estaban moviendo el suelo bajo los pies con una inteligencia que no era nueva. Era vieja. Como Cádiz.

A las cuatro y doce, cuando la ciudad parecía por fin vacía, Eduardo se levantó sin hacer ruido, se puso la chaqueta y cogió las llaves.

Pepe se incorporó en el sofá como si hubiera estado despierto desde siempre.

—¿Dónde vas? —susurró.

Eduardo lo miró.

—A mirar —dijo.

Pepe frunció el ceño.

—¿A mirar qué?

Eduardo se tragó la verdad porque la verdad era un incendio.

—Tengo que comprobar una cosa —dijo—. Vuelvo.

Pepe se levantó de golpe.

—Voy contigo.

Eduardo negó con la cabeza.

—No.

Pepe dio un paso hacia él, con la misma testarudez que tenía de niño.

—Sí.

Eduardo lo miró un segundo largo. Si decía que no, Pepe se enfadaba. Si decía que sí, Pepe se metía en el agujero. Pero Pepe ya estaba dentro desde el momento en que se quedó en casa con María y los niños.

Eduardo soltó el aire.

—Vale —dijo—. Pero haces exactamente lo que yo diga.

Pepe asintió sin preguntar por orgullo. Asintió porque tenía miedo.

Salieron del piso como dos sombras.

En la calle, Cádiz era otra ciudad. No la luminosa del día. Era una ciudad de esquinas oscuras, de farolas que hacen charcos de luz, de silencios con eco. El aire olía más a mar que a café, y ese olor —que de día era consuelo— de noche parecía advertencia.

Eduardo condujo hacia el puerto sin luces largas, sin música, sin hablar. Pepe miraba por la ventanilla con una tensión que se le había instalado en la cara.

—¿Por qué el puerto? —preguntó al fin.

Eduardo no lo miró.

—Porque el expediente es del 93 y habla de un manifiesto de carga —dijo—. Porque esa foto es de un muelle. Porque todo esto huele a barco.

Pepe tragó saliva.

—Y porque Severiano es marino.

Eduardo apretó el volante.

—Y porque Severiano está metido —dijo—. No sé cómo.

Antes de meterse del todo en la zona de hierro, Eduardo tomó un desvío mínimo, casi un capricho. No era un rodeo largo: una calle que bajaba y se apretaba entre edificios bajos, con persianas echadas, y un bar aún encendido como un ojo que se resiste a cerrar.

Pepe lo miró, desconfiado.

—¿Qué haces?

Eduardo aparcó sin contestar.

—Un minuto —dijo—. Solo... un minuto.

El bar se llamaba **El Tirititrán**, pero a esa hora solo era un rectángulo de luz amarilla contra la madrugada. Olía a cerveza derramada, a lejía reciente y a fritura vieja. Dentro, dos hombres dormían sentados en una mesa y una televisión sin volumen repetía imágenes de un partido antiguo. Detrás de la barra, un camarero limpiaba vasos con la mirada perdida.

Eduardo entró y sintió algo raro: por primera vez en horas, nadie lo estaba mirando con intención. Nadie sabía quién era. Nadie le pedía que eligiera.

Se acercó a la barra. La voz le salió más seca de lo que quería.

—Ponme un vaso.

El camarero alzó la vista, como si le hubiera despertado la frase.

—¿Un vaso? —repitió, con una sonrisa corta.

Eduardo sostuvo la mirada.

—Un vaso —insistió, y en el fondo era una forma de pedir lo que realmente necesitaba: un segundo de normalidad.

El camarero sirvió la cerveza sin preguntar más. El vidrio sudó al instante.

Eduardo bebió un trago y notó el frío descenderle por el pecho como una mano que baja la fiebre. No lo relajó; lo centró. Pepe se quedó cerca de la puerta, mirando a izquierda y derecha, como si el bar fuera otra habitación peligrosa.

—Edu... —murmuró Pepe—. No es el momento.

Eduardo iba a contestar cuando oyó una voz detrás, alegre y ronca a la vez, como si la alegría también pudiera estar cansada.

—¿Tú no eres el que mira cuadros como si fueran radiografías?

Eduardo giró la cabeza.

Allí estaba Juan, con una camisa abierta y una sonrisa sincera que parecía encendida por dentro. Le decían **"el Coloraito"** porque siempre tenía puesta una chaqueta roja y porque, según él, el mundo sin color era un crimen. Tenía esa simpatía de los gaditanos que no necesitan hacerse graciosos: lo son por defecto.

—Juan... —dijo Eduardo, sorprendido, y le salió el nombre con alivio—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Juan abrió los brazos como si la pregunta fuera absurda.

—¿Y tú? —dijo—. Esto no es hora de peritos serios ni de padres responsables.

Eduardo quiso reírse, pero la risa se le quedó a medio camino. Juan, sin embargo, no presionó. Miró su cara un segundo y entendió sin que nadie le explicara.

—Uy —dijo, y bajó la voz—. Tú vienes con barro en los zapatos. Barro de esos que no se ve, ¿eh?

Eduardo tragó saliva.

—Estoy... mirando una cosa. Por el puerto.

Juan chasqueó la lengua, teatral.

—El puerto es como una suegra: de día te saluda, de noche te examina. —Se apoyó en la barra—. ¿Me invitas a un vaso o qué?

Eduardo le hizo un gesto al camarero.

—Otro baso para él.

Pepe miró a Juan con desconfianza inicial, pero Juan le sonrió como si la desconfianza fuera solo un gesto de educación.

—Tú eres su hermano, ¿no? —adivinó Juan—. Se te nota en la cara: misma ceja de "a mí no me venden moto".

Pepe no supo qué contestar y se quedó en silencio. Eduardo apretó el vaso. Se alegró de ver a Juan y, al mismo tiempo, se sintió

culpable de arrastrar esa alegría a un capítulo oscuro.

Juan dio un trago y soltó un “ah” satisfecho.

—Bueno, ¿qué andas tocando? —preguntó, y sus ojos brillaron con oficio—. ¿Otra Madonna dudosa? ¿Otro paisaje que “apareció” milagrosamente?

Eduardo miró el borde del vaso. Dudó. Pero Juan no era de los que chismean por maldad: era de los que saben guardar un secreto si se lo pides con la cara seria.

—Obras de arte —dijo Eduardo al fin—. Y... papeles. Documentos.

Juan alzó una ceja.

—Ay, los documentos... —murmuró—. Lo único más falso que un cuadro malo es un papel bien firmado.

Eduardo sintió que la frase le daba un golpe en el estómago. Juan lo notó y levantó las manos.

—No, no, no —dijo—. Ojo, que yo hablo por hablar. No te me pongas con cara de entierro.

Eduardo respiró hondo.

—Tú sigues con tus... tótems, ¿no?

La sonrisa de Juan se ensanchó, orgullosa.

—¿Mis tótems? ¡Claro! Los tótems sostienen el mundo, Eduardo. —Se llevó la mano al pecho—. Yo soy especialista, como quien dice, en pilares espirituales. Tú tasando y yo levantando dioses de madera.

Eduardo lo miró con una ironía mínima.

—¿Tótems en Cádiz?

Juan se ofendió fingiendo.

—¿Y por qué no? Si aquí tenemos santos, vírgenes, comparsas y un tío que jura que vio al Cristo del Perdón en una esquina del Mentidero... eso son tótems, niño. —Rió—. Te hago uno gaditano ahora mismo: un palo, un escudo del Cádiz CF, una gaviota arriba y una patata aliñá en la base. Eso protege más que un rosario.

Pepe soltó una risa por primera vez en horas, pequeña, involuntaria. Eduardo lo miró y se sintió, por un segundo, menos solo.

—No te rías —dijo Juan a Pepe—, que esto va en serio. El tótem del Cádiz te salva del mal de ojo y de Hacienda.

Eduardo se permitió otro trago.

—Juan... —dijo, bajando la voz—. ¿Tú has oído hablar de... un *yustle*?

Juan parpadeó. La sonrisa no se le fue, pero se le volvió curiosa.

—¿Un qué?

—Yustle —repitió Eduardo, como si la palabra le pesara—. Un instrumento... para datar obras.

Juan se quedó un segundo pensando, y luego chasqueó los dedos.

—¡Ah! Tú dices **Yustle**... —pronunció la palabra como si fuera extranjera y gaditana a la vez—. Eso lo he visto nombrar en un foro de gente que se cree Indiana Jones con guantes blancos.

Eduardo sintió un tirón de atención.

—¿Existe?

Juan se encogió de hombros.

—Lo que existe de verdad en este mundillo es la necesidad, Edu. Pero sí, sí... se supone que es un cacharro para datar materiales, capas, barnices, no sé qué historias. La idea es bonita: el arte no miente si lo miras con la herramienta adecuada.

Eduardo apretó el vaso.

—Estoy investigándolo.

Juan lo miró con esa sonrisa sincera, pero ahora había algo más: respeto.

—Claro que lo investigas. Tú no sabes vivir sin investigar. —Bebió—. Pero te voy a decir una cosa: cuando alguien se obsesiona con fechar una obra, a veces no quiere la verdad. Quiere un sello que le permita venderla.

Eduardo sintió que el bar se estrechaba de nuevo.

Juan apoyó el codo en la barra.

—¿Te han pedido que firmes algo? —preguntó, suave. No acusando. Preguntando como un amigo.

Eduardo tardó un segundo en contestar.

—Me han pedido un documento —dijo—. Y después... han empezado a moverse cosas.

Juan asintió, despacio, como si la madrugada le hubiera contado historias parecidas.

—Mira —dijo—. Yo con mis tótems te digo siempre lo mismo: lo que está quieto es porque alguien lo sujeta. Si se mueve, es porque alguien ha soltado o porque alguien ha tirado.

Eduardo notó un latido raro en la garganta.

—¿Tú... has tratado con gente... del puerto?

Juan soltó una risita.

—En Cádiz, ¿quién no? Pero yo soy de madera y pintura, Edu. Yo vendo color. No me metas en hierro.

Pepe intervino por primera vez con voz seria.

—Entonces mejor que no sepa más.

Juan lo miró y levantó las manos.

—¡Correcto! —dijo—. Yo no quiero líos. Yo quiero sonrisas. —Y luego, más bajo, paseítos nocturnos con un vaso con Eduardo—: Pero si te sirve de algo... el puerto de noche tiene dueños. Aunque no haya nombres en las puertas.

Eduardo sintió que la frase se le quedaba dentro. Dueño. Nombre. Puerta.

Juan terminó su cerveza de un trago, como si supiera que ese momento de normalidad tenía fecha de caducidad.

—Oye —dijo, recuperando el tono ligero—. Si al final encuentras el Yustle ese, me avisas. Me lo pido para Reyes. Así por lo menos sé si mi tótem gaditano es del siglo XV o de ayer.

Eduardo sonrió, mínimo.

—No digas tonterías.

Juan se acercó un poco y le dio un toque suave en el brazo, fraternal.

—Tonterías no. Supervivencia. A veces la risa es lo único que no te pueden quitar.

Eduardo lo miró. Quiso decirle “gracias”. No le salió la palabra.

Juan se separó, volvió a sonreír como si la sonrisa fuera su profesión.

—Venga, artista —dijo—. No te me mueras por dentro, ¿eh?

Eduardo dejó unas monedas en la barra.

—Cuídate, Juan.

—Siempre —respondió Juan, y su sonrisa quedó allí, en el bar, como una luz pequeña que no iba a acompañarlos más.

Eduardo salió. Pepe lo esperaba fuera, tenso otra vez, como si el aire del puerto le hubiera entrado en el cuerpo.

—¿Quién era ese? —preguntó Pepe mientras caminaban hacia el coche.

—Un amigo —dijo Eduardo.

—¿De fiar?

Eduardo tardó un segundo.

—De los pocos.

Subieron al coche. Eduardo arrancó. Cádiz volvió a cerrarse alrededor, piedra y sal.

—¿Por qué hemos parado? —insistió Pepe, pero ya sin rabia, más bien con ese miedo que busca control.

Eduardo miró al frente, a la línea oscura donde empezaba el hierro del puerto.

—Porque necesitaba tomar algo, nunca bebo a estas horas, normalmente estoy durmiendo como todo el mundo, me ha venido muy bien ver a Juan sin esperarlo y recordar que todavía existe gente que sonríe sin pedir nada —dijo—. Y porque si el *yustle* existe... alguien lo está usando para limpiar una mentira con ciencia.

Pepe no contestó. Tragó saliva.

Eduardo condujo hacia el puerto sin luces largas, sin música, sin hablar.

Llegaron a una zona donde la ciudad se mezcla con hierro. Verjas, contenedores, aparcamientos vacíos, una garita con un guardia que no parecía guardia de nada. Cádiz, puerto de noche, se parece a una boca cerrada.

Eduardo aparcó lejos, en una calle lateral, y caminaron.

La brisa les golpeó de frente. El sonido del agua era más oscuro aquí, porque se mezclaba con metal. Había barcos amarrados que no se movían, como bestias dormidas.

—No me gusta esto —susurró Pepe.

—A mí tampoco —dijo Eduardo.

Se acercaron a una valla. Eduardo sacó el móvil y abrió la foto del muelle que le habían enviado. La comparó con lo que veía: la curva de un almacén, una farola, una línea de cemento.

—Es aquí —murmuró.

Pepe lo miró.

—¿Y qué hacemos? ¿Saltamos?

Eduardo negó.

—No. Solo quiero ver si hay alguien.

Avanzaron bordeando la verja hasta un hueco donde una cadena colgaba floja. No estaba abierta por casualidad. Estaba abierta para quien supiera mirar.

Eduardo lo entendió de golpe.

—Nos están invitando —susurró.

Pepe lo agarró del brazo.

—Edu... vámonos.

Eduardo miró a su hermano menor. En ese gesto vio algo que le dolió: Pepe no estaba siendo cobarde. Pepe estaba siendo sensato. Eduardo, en cambio, llevaba años con una idea clavada: si no lo haces tú, nadie lo hará.

Eduardo se soltó el brazo despacio.

—Solo cinco minutos —dijo—. Si veo algo raro, nos vamos.

Pepe apretó los labios y asintió, resignado.

Entraron.

El interior olía a humedad, gasoil y sal. Había sombras grandes, formas de contenedores apilados, un suelo irregular. Una farola rota parpadeaba a lo lejos, haciendo el mundo intermitente, como una película vieja.

Caminaron despacio.

Y entonces Eduardo lo vio: un almacén, con un número pintado en la pared que coincidía con el registro portuario del documento.

No era una prueba. Era un anzuelo.

Pepe lo vio también.

—Nos quieren aquí —dijo.

Eduardo asintió.

Se acercaron al almacén. La puerta metálica estaba entreabierta. No forzada. Entreabierta con intención.

Eduardo sacó el móvil, encendió la linterna.

Pepe lo miró como si le estuviera viendo hacer una locura en cámara lenta.

—Eduardo...

Eduardo levantó una mano: silencio.

Empujó la puerta.

El chirrido fue breve y triste, como un animal herido.

Dentro había oscuridad y polvo. Y algo más: olor a madera vieja, a barniz. El olor del que había hablado Petra, sin querer, con el gesto.

Eduardo notó un escalofrío.

En el suelo, una marca de arrastre.

Siguieron la marca con la luz.

Y entonces lo vieron.

Una caja de transporte de obra de arte.

No un contenedor industrial. No una caja de herramientas. Una caja de museo: madera buena, tornillos, refuerzos. Etiquetas viejas parcialmente arrancadas.

Eduardo se acercó con la respiración contenida.

Pepe se quedó en la puerta, vigilando.
Eduardo iluminó una esquina de la caja.
Había un resto de pegatina.
Y debajo, casi borrado, un código: 4B-17.
El mismo del manifiesto.
Eduardo sintió que el corazón le daba un golpe de orgullo y horror.
—No puede ser... —murmuró.

Entonces Pepe habló desde la puerta, con la voz rota:

—Edu... hay alguien.

Eduardo se giró.

En la entrada del almacén, recortada contra la luz débil de fuera, había una silueta. Un hombre. Quieto. Sin prisa.

Eduardo levantó la linterna hacia su cara.

El haz le dio en los ojos y el hombre no parpadeó.

Era Severiano Girón.

Tenía la cara marcada, un rasguño fresco en la mejilla y la camisa manchada de sal. Parecía más viejo que hace unas horas. O más cansado. O más peligroso.

Eduardo se quedó inmóvil.

Pepe, al verlo, soltó el aire como si conociera esa cara de otra vida.

—Severiano... —susurró.

Severiano los miró a los dos.

—No deberíais estar aquí —dijo.

Eduardo apretó los dientes.

—Eso me lo han dicho muchos hoy —respondió.

Severiano dio un paso dentro del almacén. Su sombra se alargó sobre el suelo. Miró la caja de madera.

—Ya la has encontrado —murmuró, más para sí que para Eduardo.

Eduardo sintió que la rabia le subía como un incendio.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver con papá? ¿Qué tiene que ver contigo?

Severiano lo miró con una tristeza dura, como una piedra mojada.

—Tiene que ver con todo —dijo.

Eduardo dio un paso hacia él.

—¿Quién eres tú para nosotros? —preguntó.

Pepe se adelantó un poco, incómodo.

—Edu, tranquilo...

Eduardo no se calmó.

—¿Por qué tu nombre aparece en un expediente del 93? —siguió Eduardo—. ¿Por qué me dicen que no te llame? ¿Por qué han venido a mi puerta? ¿Por qué saben los nombres de mis hijos?

Severiano cerró los ojos un instante. Como si le doliera escuchar esos nombres.

Cuando los abrió, su voz salió baja.

—Porque yo firmé —dijo.

Eduardo se quedó helado.

La palabra cayó en el almacén como un disparo sin bala.

—¿Firmaste qué? —preguntó Eduardo.

Severiano miró la caja de madera.

—Firmé la entrada de una pieza —dijo—. Una pieza robada. Una pieza por la que se compró a gente. Una pieza por la que se fabricó un culpable.

Eduardo sintió que el mundo se le inclinaba.

—¿Mi padre? —susurró.

Severiano no respondió con el nombre. Respondió con algo peor: un silencio que confirmaba.

Pepe soltó un juramento ahogado.

Eduardo dio otro paso, tan cerca que podía oler a Severiano: sal, sangre, metal.

—¿Por qué has estado cerca de nosotros todos estos años? —preguntó.

Severiano lo miró con la cara hecha de cansancio.

—Porque era lo único que podía hacer sin decir la verdad —dijo.

Eduardo sintió una punzada, como si le hubieran clavado una aguja bajo la uña.

—¿Y por qué no la has dicho? —escupió.

Severiano abrió la boca.

Pero no llegó a hablar.

Porque afuera, en el puerto solitario, se oyó un motor.
Luego otro.
Luces cortaron la oscuridad, moviéndose como cuchillos.
Pepe se giró hacia la puerta.
—Nos han seguido...
Severiano no se movió. Solo dijo, con una calma que dio miedo:
—No. No os han seguido. Os han traído.
Eduardo sintió que la sangre se le congelaba.
Desde fuera, una voz gritó:
—¡Salid despacio! ¡Manos donde las vea!
No era policía.
El tono era demasiado limpio para ser oficial.
Severiano miró a Eduardo.
Y en ese segundo, Eduardo vio algo que no había visto nunca en él:
pánico verdadero.

—Escúchame —dijo Severiano, rápido—. Si salimos por la puerta,
nos cierran. Hay una salida trasera. Pero tienes que confiar en mí.
Eduardo lo miró, con rabia, con miedo, con una verdad nueva:
Severiano era parte del problema... y quizá la única parte que podía
sacarlos vivos.

La puerta del almacén recibió un golpe.
Metal contra metal.
La madera vibró.
Pepe miró a Eduardo.
—¿Qué hacemos?
Eduardo tragó saliva.
Y, por primera vez desde que comenzó todo, tuvo que decidir en un
segundo si confiaba su vida —y la de su hermano— al hombre cuyo
nombre estaba manchado en el pasado de su padre.
Severiano dio un paso hacia la pared del fondo y empujó una
estantería. La madera chirrió.
Detrás, apareció un hueco negro.
Una salida.
La puerta volvió a recibir un golpe, más fuerte. El pestillo se quejó.

Severiano extendió la mano hacia Eduardo.

—Ahora —dijo.

Eduardo miró la mano.

Miró la puerta temblando.

Miró a Pepe.

Y tomó la mano.

Capítulo 13 — Bajo Cádiz

La estantería se cerró detrás de ellos con un gemido de madera y polvo. El mundo se volvió estrecho.

Severiano avanzó primero por el hueco negro, agachado, con la soltura de quien conoce los túneles, aunque nunca los haya visto en un mapa. Eduardo entró detrás, tirando de Pepe. La oscuridad olía a humedad, a sal atrapada, ha cerrado.

A sus espaldas, la puerta metálica del almacén recibió un golpe brutal.

El pestillo cedió con un chasquido.

Un segundo después, voces.

—¡Aquí! ¡Aquí dentro!

Severiano no miró atrás.

—No habléis —susurró—. Y pisad donde yo piso.

El túnel era más un pasillo de servicio que una cueva. Paredes de ladrillo húmedo. Tuberías. Cables. Un suelo irregular con charcos que reflejaban la linterna del móvil de Eduardo como si fueran ojos.

Corrieron.

No una carrera libre. Una carrera de rodillas rozando, hombros chocando, respiración contra la garganta. Eduardo oyó a Pepe detrás, tragándose el miedo como podía. Se le rompía algo por dentro: lo había traído. Lo había metido ahí.

—¿Por qué conoces esto? —susurró Eduardo, sin poder contenerse.

Severiano giró la cabeza un segundo, lo justo para que Eduardo viera su perfil duro.

—Porque el puerto tiene venas —dijo—. Y yo he sangrado en ellas.

Otro golpe detrás. Más cerca. Botas sobre metal. Voces que se comían el silencio.

—¡Por ahí! ¡No os mováis!

Severiano torció a la izquierda en una bifurcación pequeña. El pasillo se estrechó tanto que tuvieron que ir en fila, rozando la pared. Eduardo sintió cómo la humedad le mojaba la manga. Un charco le tragó el pie y casi se cae. Pepe lo agarró por la chaqueta.

—No te mates ahora —susurró Pepe, sin humor.

Eduardo soltó un aire corto. El miedo te hace decir tonterías para seguir vivo.

De pronto, Severiano se detuvo.

Eduardo chocó con su espalda.

—¿Qué...? —empezó.

Severiano levantó la mano: silencio.

Delante, una rejilla de ventilación dejaba entrar un hilo de luz amarilla. Se oía la calle. Un motor lejano. Pasos.

Severiano pegó la cara a la rejilla, miró. Retrocedió.

—Hay uno arriba —susurró.

Pepe tragó saliva.

—¿Policía?

Severiano lo miró como se mira a un niño que pregunta por la lluvia.

—No —dijo—. Estos no llevan placa.

Eduardo sintió un golpe de rabia.

—¿Quiénes son?

Severiano apretó la mandíbula.

—Los que limpian.

El pasillo tembló con un ruido atrás: metal raspando. Los perseguidores habían encontrado la entrada del hueco.

Severiano respiró hondo.

—Tenemos que salir por aquí —dijo, señalando una escotilla en el techo.

Eduardo alzó la linterna. La escotilla tenía un cierre viejo, pero firme.

—¿Y cómo la abrimos? —preguntó.

Severiano metió la mano en el bolsillo y sacó una llave pequeña, metálica, de esas que parecen no servir para nada hasta que sirven para todo. La introdujo en el cierre y giró.

Clic.

La escotilla cedió un milímetro.

—Subes tú —le dijo a Pepe—. Rápido. Y cuando estés fuera, no corras. Camina.

Pepe lo miró, incrédulo.

—¿Caminar? ¿En serio?

Severiano sostuvo su mirada.

—Si corres, te cazan. Si caminas, pareces normal. En Cádiz, la normalidad es un disfraz.

Pepe tragó saliva y asintió.

Eduardo lo ayudó a subir. Pepe apoyó los pies en la pared, se impulsó, metió la cabeza, luego los hombros. La escotilla chirrió.

Arriba, se oyó una voz.

—¿Qué ha sido eso?

Pepe se congeló.

Eduardo sintió que el corazón se le iba a salir.

Severiano agarró el tobillo de Pepe y lo empujó hacia arriba con fuerza contenida. Pepe salió como pudo y desapareció.

Eduardo se preparó para subir.

Severiano lo agarró del brazo.

—No todavía —susurró.

Eduardo lo miró con furia.

—¿Qué quieres?

Severiano acercó la cara, tan cerca que Eduardo sintió su respiración.

—Escúchame —dijo Severiano—. Te están usando.

—Ya lo sé.

—No —dijo Severiano, apretando—. No sabes cuánto.

Se oyó un ruido detrás: botas golpeando el ladrillo. Voces acercándose, excitadas por la caza.

Severiano soltó el brazo y metió la mano dentro de su chaqueta. Sacó un trozo de papel doblado: una hoja arrancada de la libreta de Ivo.

La puso en la mano de Eduardo.

—Guárdala —dijo—. Y no se la enseñes a nadie salvo a... —Dudó un segundo— salvo a Nuria.

Eduardo se quedó inmóvil.

—¿Nuria sí?

Severiano tragó saliva.

—Nuria puede tener su propia agenda —dijo—. Pero al menos su agenda no es enterrarte.

Eduardo apretó la hoja. La guardó en el bolsillo interior sin mirar el contenido.

—¿Qué pone? —preguntó.

Severiano negó con la cabeza.

—Lo suficiente para que alguien se asuste —dijo—. No lo leas aquí.

Las voces estaban ya al final del pasillo.

—¡Los tengo! ¡Los tengo!

Severiano empujó a Eduardo hacia la escotilla.

—Sube —ordenó—. Ahora.

Eduardo subió. Notó el hierro frío bajo las manos. Se impulsó y asomó la cabeza.

Aire. Calle. Cádiz.

Estaban en un callejón estrecho, detrás de un edificio, cerca del puerto. Había un contenedor de basura y un coche aparcado. El cielo era negro, pero las farolas pintaban la piedra de amarillo.

Pepe estaba a unos metros, de pie, fingiendo mirar el móvil con la cara blanca de terror. A su lado, un hombre con sudadera oscura se acercaba despacio, como quien viene a pedir fuego.

Eduardo se congeló.

El hombre miró a Pepe, luego a la escotilla.

Pepe intentó hablar.

No pudo.

Eduardo vio cómo el hombre sacaba la mano del bolsillo. No era un arma grande. Era algo pequeño. Una navaja. Otra vez lo pequeño. Lo discreto.

Eduardo bajó la mirada hacia la escotilla.

Severiano estaba abajo, mirándolo.

Eduardo entendió en un segundo: si Severiano subía, los cazaban a los dos. Si Severiano se quedaba, Eduardo tenía una oportunidad.

Eduardo sintió una rabia absurda: ¿por qué él, por qué ahora, por qué en Cádiz?

Severiano habló desde abajo, rápido:

—Cierra.

Eduardo lo miró.

—¿Qué?

—Cierra la escotilla —repitió Severiano—. Y vete.

Eduardo abrió la boca.

—No.

Severiano lo miró con una dureza que no era crueldad. Era urgencia.

—¡Vete! —susurró, con los ojos brillando—. Que no te cojan. No todavía.

Eduardo tragó saliva. Miró a Pepe, paralizado. Miró al hombre con la navaja.

Eduardo tomó una decisión sin pensar: cogió una piedra del suelo y la lanzó con toda su fuerza contra el contenedor de basura.

El golpe sonó como un disparo.

El hombre de la navaja giró la cabeza instintivamente hacia el ruido.

Pepe aprovechó el segundo y dio un paso atrás, como si fuera casual.

Eduardo saltó fuera del callejón hacia la esquina y, con la mano, tiró de Pepe.

—Camina —susurró, recordando las palabras de Severiano—. Camina.

Pepe lo siguió, temblando.

Detrás, el hombre de la navaja avanzó un paso hacia la escotilla, dudando.

Eduardo miró una última vez atrás.

Vio a Severiano, abajo, levantando la mano lentamente.

No era una despedida. Era orden.

Eduardo, con los ojos ardiendo, bajó la escotilla.

El hierro cayó.

Clic.

Severiano quedó encerrado debajo de Cádiz.

Y Eduardo se alejó caminando, con Pepe al lado, sintiendo que acababa de hacer algo que no sabía si era salvarse o condenarse.

A los veinte metros, el móvil de Eduardo vibró.

Un mensaje.

Número desconocido.

Una frase:

“Bien hecho. Ahora solo te falta entender por qué.”

Capítulo 14 — Señuelo

Eduardo y Pepe caminaron tres calles sin hablar.

Caminaron como les habían dicho: sin correr, sin mirar atrás demasiado, sin hacer gestos raros. Cádiz a esa hora tenía una vida extraña, de madrugada: algún taxi vacío, un borracho apoyado en una pared, una pareja discutiendo en voz baja como si el mundo dependiera de ello. La normalidad nocturna era el mejor disfraz... y el peor recordatorio de que ellos ya no eran normales.

Cuando por fin doblaron una esquina donde había luz y gente suficiente para no ser un objetivo fácil, Pepe se detuvo de golpe.

—¿Lo has dejado ahí abajo? —dijo, con la voz rota.

Eduardo no respondió al instante. Tenía la hoja en el bolsillo interior de la chaqueta, pegada al pecho, como si fuera un latido ajeno. Y tenía otra cosa pegada también: la sensación de la escotilla cerrándose.

—No había opción —murmuró.

Pepe soltó una risa corta, sin humor.

—Siempre hay opción. Lo que pasa es que a ti te gusta elegir la que duele.

Eduardo lo miró con rabia.

—¿Quieres gritarme aquí? —susurró—. ¿Quieres que nos vean?

Pepe apretó los labios. Tragó saliva. Bajó la mirada.

—No —dijo—. Quiero que me digas qué hacemos ahora.

Eduardo respiró hondo, intentando que el aire no le temblara dentro.

—Ahora vamos a casa —dijo—. Y luego llamo a Nuria.

Pepe levantó la cabeza.

—¿A la policía?

—A Nuria —corrigió Eduardo—. No a “la policía”.

Pepe lo miró, desconfiado.

—¿Y por qué a ella sí?

Eduardo tocó con los dedos el bolsillo donde estaba la hoja. Notó el papel doblado, duro, como si tuviera filo.

—Porque Severiano me ha dicho que solo se la enseñe a ella —dijo. Pepe soltó el aire.

—¿Y tú confías en Severiano ahora?

Eduardo no contestó. Porque la verdad era peor: no confiaba, pero Severiano era la única pieza que se había movido para sacarlos de una ratonera.

Llegaron al portal. Subieron.

En casa, María estaba despierta. No gritó. No lloró. Solo los miró como se mira a alguien que vuelve tarde de una guerra que no te contó.

—¿Dónde estabais? —preguntó, y la pregunta no era curiosidad.

Eduardo se acercó a ella sin tocarla todavía.

—Pepe me ha acompañado —dijo, inútilmente.

María miró a Pepe, que no supo dónde poner los ojos.

—¿Y los niños? —preguntó Eduardo, tragando saliva.

—Dormidos —dijo María—. O lo intentan.

Eduardo asintió. Miró el pasillo, como si esperara ver a alguien al fondo.

—Voy a llamar a Nuria —dijo.

María lo sostuvo con la mirada.

—¿Y luego? —preguntó—. ¿Luego me vas a decir qué está pasando o me vas a seguir tratando como si fuera un mueble?

Eduardo sintió el golpe de esa frase donde duelen las cosas importantes.

—Luego —dijo, y fue lo único que pudo prometer sin mentir del todo.

Cogió el móvil y marcó el número de Nuria que ella le había dado.

Contestó al segundo tono.

—¿Sí? —La voz de Nuria sonó despierta. Como si no durmiera nunca cuando oía un caso.

Eduardo bajó la voz.

—Soy Eduardo Martinel. He estado en el puerto.

Silencio al otro lado. Luego, una exhalación corta.

—Eres incapaz de estarte quieto —dijo Nuria.

—Nos han tendido una trampa —respondió Eduardo—. Y Severiano Girón estaba allí.

Otro silencio.

—¿Lo has visto? —preguntó Nuria, de golpe más seria.

—Sí. Y... —Eduardo tragó saliva— lo he dejado atrapado bajo tierra. En un acceso de servicio. Cerré una escotilla.

Pepe, desde la cocina, hizo un gesto de “¿en serio lo dices así?”. Eduardo no lo miró.

Nuria tardó un segundo en hablar, como si estuviera montando el mapa.

—Dime exactamente dónde —ordenó.

Eduardo se lo dijo: calles, almacén, referencia, el hueco, la escotilla.

—¿Tú estás bien? —preguntó Nuria.

Eduardo miró hacia el dormitorio donde dormían sus hijos.

—Estoy vivo —dijo—. Eso cuenta como “bien” ahora mismo.

—No salgas —dijo Nuria—. No vayas a ningún sitio. Voy para allá.

—Nuria —dijo Eduardo—. Él me dio esto.

Eduardo sacó la hoja doblada del bolsillo interior y la dejó sobre la mesa. La miró por primera vez.

La letra era dura, angulosa. Había códigos de contenedores, nombres abreviados y, en una línea, una frase que le heló la sangre:

"PAREDES / CADIZ — 4B-17 — MARTINEL (TIERRA) — GIRÓN (FIRMA)"

Debajo, una anotación:

"NO CITAR. NO EXISTE."

Eduardo sintió náusea.

—Es una hoja de una libreta —dijo—. De un tipo llamado Ivo Krstic. No sé quién es, pero...

—Sé quién es —lo cortó Nuria.

Eduardo se quedó quieto.

—¿Qué?

Nuria respiró hondo al otro lado, y por primera vez su voz tuvo algo parecido a cansancio.

—Un fantasma —dijo—. Un nombre que aparece en operaciones que nunca llegan a juicio.

Eduardo apretó la hoja con la mano.

—Me dijo que solo te la enseñara a ti.

Nuria guardó un silencio breve.

—Ha elegido bando —murmuró, más para ella que para Eduardo.

Eduardo sintió que el mundo se inclinaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que alguien va a intentar matarlo antes de que yo llegue —dijo Nuria—. Y significa que te han usado como una cerradura.

Eduardo se quedó helado.

—¿Como cerradura?

—Sí —dijo Nuria—. Te han llevado al puerto para que lo encontrases. Para que lo "encontraras con tus ojos". Para que tú cierres la escotilla. Para que él quede aislado.

Eduardo sintió un golpe en el estómago.

Pepe, que estaba escuchando, dijo en voz baja:

—¿Ves? Nos han guiado...

Eduardo apretó el móvil.

—Entonces corre —dijo Eduardo—. Ve allí.

—Estoy yendo —respondió Nuria—. Pero escucha: si esto es lo que creo, hay un segundo objetivo.

Eduardo tragó saliva.

—¿Cuál?

Nuria bajó la voz.

—Tú —dijo—. Porque tú tienes el fichero. Y porque tú eres el hijo del hombre al que usaron en tierra.

Eduardo cerró los ojos un segundo.

—Nuria... —dijo—. Han tocado mi puerta hoy.

—Lo sé —respondió ella—. Y la van a volver a tocar.

Eduardo notó que la casa, de pronto, era demasiado frágil.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Quédate con tu mujer y tus hijos en una habitación interior —dijo Nuria—. Cierra. No abras. Y si oyes algo raro, llama y no cuelgues.

Eduardo asintió, aunque ella no pudiera verlo.

—Voy a por Severiano —añadió Nuria—. Y tú no te muevas.

Colgó.

Eduardo se quedó mirando el móvil un segundo, como si fuera una piedra.

María lo miraba desde la puerta de la cocina.

—¿Qué está pasando? —preguntó, otra vez.

Eduardo abrió la boca.

Y en ese momento, el timbre sonó.

Una sola vez.

Corto.

Educado.

Como si el que estaba fuera supiera que los golpes ya no hacían falta.

Pepe se quedó inmóvil.

María se llevó una mano al pecho.

Eduardo sintió que el corazón se le iba a salir.

El timbre sonó de nuevo.

Dos.

Tres.

Y una voz, al otro lado de la puerta, habló con una calma que no pertenecía a un vecino:

—Eduardo... abre.

Eduardo miró a María. Miró el pasillo. Miró el dormitorio donde dormían sus hijos.

Y supo, con una claridad seca, que la guerra acababa de entrar en su casa por segunda vez.

Y esta vez no venía a asustar. Venía a terminar.

Capítulo 15 — La segunda visita

Eduardo no respondió a la voz.

No porque fuera valiente. Porque la voz ya no era una sorpresa: era una confirmación.

—María —susurró—. Al dormitorio. Ahora.

María no discutió. No preguntó. Ese silencio suyo —ese obedecer sin entender— le dolió más que cualquier grito. Agarró a Pepe del brazo, como si él también fuera un niño, y lo empujó hacia el pasillo.

—Los niños —dijo Pepe, pálido.

—Ya —respondió María, y su voz tembló solo un poco—. Vamos.

Se movieron rápido, en puntillas, intentando que el suelo no delatara. Eduardo se quedó en el salón, de pie, mirando la puerta como si pudiera atravesarla con los ojos.

El timbre sonó otra vez. Más despacio. Más seguro.

—Eduardo —repitió la voz—. No hagas esto más difícil.

La frase le dio asco. Esa falsa educación.

Eduardo sacó el móvil y marcó a Nuria sin mirar. Le dio al botón de llamada y lo metió en el bolsillo, con el altavoz activado.

No iba a hablar todavía. Solo quería que escuchara.

De la cocina cogió lo primero que encontró que pudiera pesar: una sartén de hierro. Ridículo. Doméstico. Pero el miedo convierte cualquier objeto en herramienta.

Se colocó a un lado de la puerta, pegado a la pared, para no ser un blanco si abrían a golpes.

—Te oigo respirar —dijo la voz, con calma—. No te escondas. Ya estamos aquí.

Eduardo notó un escalofrío: ¿cómo podía saberlo? Entonces entendió: no lo sabía. Lo decía para que él se delatara.

Silencio.

Eduardo apretó la sartén hasta que le dolió la mano.

Un golpe seco en la puerta. No un portazo. Un golpe con intención, como probando la resistencia.

Luego otro, más bajo, cerca de la cerradura.

Eduardo sintió que el aire se le volvía piedra.

Desde el pasillo, muy lejos, oyó un murmullo: María intentando callar a Rubén con una palabra suave. El nombre de su hijo se le clavó como un clavo.

La cerradura hizo un sonido mínimo: metal contra metal.

Eduardo tragó saliva.

Van a entrar.

Entonces, del bolsillo, el móvil vibró con el inicio de la llamada: Nuria había contestado.

—¿Eduardo? —La voz de Nuria sonó baja, tensa, profesional—. ¿Qué pasa?

Eduardo no habló. Solo acercó el móvil más a la puerta para que ella oyera.

Al otro lado, la voz masculina siguió, como si supiera que había público:

—No quiero asustar a tu mujer —dijo—. Ni a tus niños. No me obligues.

Eduardo sintió una rabia caliente, pero la apretó dentro.

Otro clic en la cerradura. Más cerca.

El móvil en el bolsillo transmitía cada sonido.

Nuria dijo, casi sin aire:

—No abras. Quédate quieto. Estoy cerca.

Eduardo apretó los ojos un instante. Cerca no es aquí.

En la mirilla cegada, una sombra se movió. No se veía, pero se notaba: el leve cambio de luz, la presencia.

La puerta tembló con un golpe más fuerte.

Eduardo levantó la sartén.

En ese segundo, la puerta se abrió.

No de golpe. Con un movimiento controlado, como si alguien la hubiera trabajado con herramientas.

Entró un hombre.

No el de la gorra del rellano. Este era distinto: traje oscuro sin corbata, barba bien recortada, manos limpias. Parecía un abogado o un gestor. Parecía alguien que podría estar en una inauguración de arte.

Detrás de él, en el descansillo, se veía otra figura, más ancha, sin cara clara: músculo para lo feo.

El hombre del traje sonrió con una calma ofensiva.

—Eduardo —dijo—. Quédate tranquilo.

Eduardo no se quedó tranquilo. Le lanzó la sartén.

No apuntó a matar. Apuntó a detener. La sartén golpeó al hombre en el hombro y lo desequilibró. El hombre soltó un “¡joder!” sorprendido, y ese segundo de sorpresa fue vida.

Eduardo se le echó encima, empujándolo de vuelta al descansillo. El otro hombre intentó agarrarlo, pero Eduardo se movió con la desesperación de quien tiene una familia detrás.

—¡Pepe! —gritó Eduardo, sin querer, con la voz rota.

—¡Estoy aquí! —respondió Pepe desde el pasillo, y su respuesta fue un error: su posición quedó clara.

El hombre del traje se recuperó rápido. Sacó algo del bolsillo: no un arma grande. Un táser. Otro gesto moderno, limpio.

Eduardo vio el chispazo azul.

Retrocedió.

El hombre avanzó.

—No hagas que esto se complique —dijo, y esta vez ya no sonaba educado: sonaba cansado.

Eduardo miró el pasillo. No podía dejarlo pasar. No podía dejarlo entrar.

No podía.

En un impulso brutal, Eduardo dio un paso hacia adelante y le agarró la muñeca del táser. El aparato soltó un chispazo que le mordió la piel. Dolor eléctrico. Un aullido involuntario.

Pero no soltó.

Empujó.

Los dos cayeron contra la barandilla del descansillo.

El hombre del traje intentó liberarse, y Eduardo sintió el metal frío de la barandilla clavándosele en la espalda. El táser volvió a chispear, más cerca de su brazo.

Eduardo gritó, pero siguió.

La figura ancha del descansillo se movió para ayudar. Eduardo lo vio venir de reojo: un brazo grande, una mano como una pala.

Entonces, desde abajo, se oyó un grito:

—¡POLICÍA! ¡ALTO!

Pasos rápidos subiendo. Dos, tres, cuatro. La escalera retumbó.

El hombre del traje se quedó inmóvil medio segundo. El tipo ancho dudó. Eduardo aprovechó ese instante y empujó con todo.

El hombre del traje cayó sentado en el suelo del descansillo, golpeándose la espalda. El táser se le escapó y resbaló escaleras abajo.

El tipo ancho maldijo y bajó dos escalones de golpe, intentando huir.

Dos agentes aparecieron, subiendo con prisa. Uno de ellos sacó la pistola.

—¡Al suelo! —gritó.

El tipo ancho levantó las manos y retrocedió, pero no se tiró. Miró hacia arriba, hacia el hombre del traje, como esperando una orden.

El hombre del traje, con el hombro golpeado, respiró hondo. Se puso de pie lentamente, levantó las manos con calma.

—Es un malentendido —dijo, y la frase sonó ensayada.

Eduardo, temblando, se apoyó en la pared. El brazo le ardía donde había sentido el chispazo. Tenía la boca llena de sangre otra vez.

Uno de los agentes lo miró.

—¿Está bien? —preguntó.

Eduardo soltó una risa breve, absurda.

—No —dijo—. Pero sigo aquí.

Entonces, detrás de los policías, apareció Nuria Cebrián, subiendo los últimos escalones con la cara dura y los ojos encendidos. Llevaba la placa colgando del cuello. Su presencia hizo que el aire cambiara de densidad.

Vio al hombre del traje.

No parpadeó.

—Tú —dijo, en voz baja.

El hombre del traje sonrió, muy leve, como si la conociera.

—Inspectora.

Nuria se acercó un paso.

—Dime —dijo—. ¿Quién eres?

El hombre del traje inclinó la cabeza con educación.

—Alguien que venía a hablar —dijo—. Eduardo se ha puesto nervioso.

Nuria lo miró con desprecio.

—Con un táser en el bolsillo —dijo—. Muy conversador.

El hombre alzó los hombros, como si fuera un detalle.

Nuria giró la cabeza hacia Eduardo.

—¿Están todos dentro? —preguntó.

Eduardo asintió, sin poder hablar bien.

—Saca a tu familia al interior —ordenó Nuria—. Y no dejes a nadie cerca de ventanas.

Eduardo volvió dentro como un animal herido. Cerró la puerta. Echó el pestillo. Miró el pasillo: María tenía a los niños abrazados. Pepe estaba con los puños cerrados, la cara blanca de rabia.

—¿Qué...? —empezó María.

Eduardo levantó una mano.

—No ahora —dijo, y su voz fue un hilo.

Volvió al salón y se asomó a la puerta, sin abrir del todo.

En el descansillo, Nuria hablaba con los agentes y con el hombre del traje. Los agentes estaban tensos: no entendían el caso. Nuria sí.

Eduardo oyó a Nuria decir, con una frialdad perfecta:

—Te vas a identificar.

El hombre del traje sonrió.

—Claro.

Sacó una cartera del bolsillo interior y la abrió.

Nuria la miró.

Su expresión no cambió, pero Eduardo vio algo en sus ojos: reconocimiento.

—Vaya —murmuró Nuria—. Fundación Paredes.

El hombre sonrió un poco más.

—Solo patrimonio —dijo—. Ya sabe.

Nuria lo miró con asco.

—Patrimonio robado —respondió.

El hombre no negó.

—Inspectora —dijo, bajando un poco la voz—. No convierta esto en algo personal.

Nuria se inclinó hacia él.

—Ya lo habéis hecho personal cuando habéis cruzado una puerta con un táser —dijo.

El hombre sostuvo su mirada.

—Entonces dígle a Eduardo que borre el fichero —dijo, suave—. Y todos nos ahorramos... visitas.

Eduardo sintió que se le helaba la espalda.

Nuria, sin apartar los ojos del hombre, dijo:

—¿Quién te ha mandado?

El hombre sonrió, amable.

—Usted ya lo sabe.

Nuria apretó la mandíbula. Miró hacia abajo, donde el táser había caído. Uno de los agentes lo recogía con guantes.

El hombre del traje dio un paso atrás, como si supiera que el momento se agotaba.

—Buenas noches, inspectora —dijo.

Los agentes lo retuvieron. Hablaron de identificación, de denuncia, de procedimiento. Eduardo sabía que aquello se iba a diluir en papeleo. Porque en los casos sucios, la ley llega siempre un poco tarde y siempre un poco corta.

Antes de que se lo llevaran, el hombre del traje miró a Eduardo por encima del hombro.

Y le sonrió.

No una sonrisa grande. Una pequeña. La sonrisa de quien te deja un mensaje sin palabras.

Puedo volver.

Eduardo cerró la puerta con fuerza.

Se apoyó en ella.

María se acercó despacio, sin prisa, como quien se acerca a un animal que ha sido golpeado.

—Eduardo —dijo—. Esto ya no es una discusión. Esto ya es nuestra vida.

Eduardo cerró los ojos.

Quiso decir “te prometo que lo arreglo”.

Quiso decir “te juro que se acaba”.

Pero no pudo.

Porque el móvil vibró otra vez.

Número desconocido.

Una frase:

“Bien. Ya has visto al mensajero. Ahora te falta conocer el verdadero mensaje.”

Capítulo 16 — La salida al agua

Bajo las calles luminosas de Cádiz late otra ciudad, hecha de sombra, sal y susurros antiguos. En sus túneles y galerías, la piedra conserva historias que nunca llegaron al mar. Descender es escuchar un poema enterrado: un latido secreto que sostiene, desde lo hondo, la belleza de la ciudad más vieja.

Severiano Girón llevaba minutos —o siglos— pegado a la pared húmeda, respirando despacio para que el cuerpo no delatara lo que la cabeza ya sabía: arriba había botas, y esas botas no venían a preguntar. Venían a cerrar.

La escotilla había caído con un clic definitivo.

Eduardo la había cerrado.

Eduardo había obedecido... sin saber a quién.

Severiano apoyó la frente en el ladrillo mojado y tragó saliva. La herida del costado le latía con cada respiración como si la piedra le hubiese dejado un diente dentro. Tenía la camisa pegada a la piel, mezcla de sudor y sal. Y en el bolsillo interior, el medio cuaderno de Ivo Krstic le rozaba el pecho como una esquirra.

Arriba, voces.

—¡No está! —gritó uno.

Otro respondió, más cerca:

—¡Buscad salidas! ¡No puede ir muy lejos!

Severiano sonrió sin alegría. Claro que puedo. Cádiz está hecha de puertas falsas y de pasillos que nadie mira... hasta que necesita huir.

Se movió despacio, sin luz, guiándose por la memoria y el tacto. El túnel de servicio olía a gasoil y a moho, y por el suelo corría un hilo de agua sucia que venía de alguna parte. Lo siguió. El agua siempre sabe por dónde escapar.

Un ruido metálico detrás: estaban levantando la estantería. Estaban entrando.

Severiano apretó los dientes y aceleró el paso, cojeando.

A la derecha, una derivación: más estrecha, más baja, con tuberías gruesas. Se metió. El techo le rozó el pelo. Se tuvo que agachar. El dolor del costado se le disparó y le hizo ver blanco un segundo.

No podía parar.

El agua se volvió más abundante. Un goteo constante. Un murmullo.

Y entonces lo oyó: el mar, amortiguado por piedra, como si golpeará desde el otro lado de una pared.

Ahí, pensó. Ahí está la salida.

Severiano palpó la pared hasta encontrar un hierro frío: una rejilla. Metió los dedos entre barrotes. Tiró.

No cedió.

Se oyó un golpe atrás, más cerca. Un insulto. Una risa breve.

—¡Girón! —la voz del hombre de ojos claros, abajo, rebotó por el túnel—. Te crees listo porque sabes esconderte. Pero el mar también traga.

Severiano apretó la mandíbula. Sacó del bolsillo la llave pequeña que había usado antes, buscó el tornillo oxidado de la rejilla y lo forzó con un giro brutal. El metal chirrió como un animal.

Otro tornillo.

Otro.

Sus dedos sangraron. No le importó.

El sonido de las botas se acercaba.

Cuando el último tornillo cedió, Severiano empujó con el hombro.

La rejilla cayó.

Un golpe de aire salado le pegó en la cara. Oscuro. Frío.

Severiano se dejó deslizar por la abertura y cayó sobre roca húmeda. El golpe le arrancó un gemido. Se quedó un segundo ahí,

pegado al suelo, con el corazón desbocado y el mar escupiéndole gotas en la cara.

Arriba, en el hueco, una linterna barrió la oscuridad.

—¡Está ahí abajo! —gritaron.

Severiano rodó hacia un lado y se pegó a la roca, buscando un corredor natural entre piedras. Conocía ese lugar: una salida de servicio que daba a una zona baja de costa, no lejos de la ciudad. Cádiz tiene más puertas al mar de las que reconoce.

Una sombra apareció en la abertura. Un hombre bajó con torpeza, maldiciendo.

Severiano se incorporó a medias y, con el cuerpo aún temblando, agarró una piedra del tamaño de un puño.

El hombre avanzó, linterna en mano.

Severiano esperó el segundo exacto en el que el haz de luz le pasara por encima sin verlo.

Y entonces lanzó la piedra.

La piedra golpeó la muñeca del hombre. La linterna cayó y rodó entre rocas, apagándose. El hombre soltó un grito y avanzó a ciegas, sacando algo metálico del bolsillo.

No era una navaja.

Era una pistola pequeña.

Severiano sintió el estómago hacerse hielo. Eso ya no era intimidación.

Retrocedió entre rocas, resbalando, el dolor del costado volviéndolo torpe. El hombre disparó una vez. El sonido rebotó en la piedra y se lo tragó el mar con indiferencia.

La bala golpeó roca, saltaron chispas.

Severiano se tiró al suelo.

Otro disparo, más cerca.

Y entonces, sobre el ruido del mar, se oyó una voz que no era de ellos.

—¡POLICÍA! ¡TIRA EL ARMA!

Severiano levantó la cabeza.

En lo alto de la plataforma, recortada contra una farola lejana, estaba Nuria Cebrián. No llevaba la placa colgando; la llevaba en la mirada. Detrás de ella, dos agentes apuntaban.

El hombre de la pistola se congeló un segundo.

Ese segundo le costó el control.

Los agentes se abalanzaron. El hombre intentó girar, pero Nuria fue más rápida: le dio una patada seca en la mano y el arma salió despedida, cayendo entre rocas con un golpe húmedo.

—¡Al suelo! —gritó uno de los agentes.

El hombre obedeció a medias y, en un movimiento desesperado, se lanzó hacia el borde como si quisiera escapar por donde Severiano había escapado.

Nuria lo agarró del cuello de la chaqueta y lo estampó contra la roca.

—Tú no sales —dijo, sin alzar la voz.

El hombre la miró con odio.

—Esto no es tuyo, Cebrián.

Nuria apretó más.

—En Cádiz, cuando alguien entra en una casa con un táser, se vuelve mío.

Los agentes esposaron al tipo. Uno de ellos asomó la linterna al hueco de la rejilla.

—Hay más abajo —dijo.

Nuria maldijo en voz baja. Se giró hacia Severiano.

—¿Cuántos? —preguntó.

Severiano intentó incorporarse. El costado le respondió con un dolor que le cortó el aire.

—Dos... al menos —dijo, y la voz le salió como arena.

Nuria se acercó a él con una rapidez contenida. Por primera vez, su cara mostró algo parecido a preocupación.

—Estás sangrando —dijo.

Severiano soltó una risa breve.

—He sangrado cosas peores —murmuró.

Nuria lo miró, dura.

—No te hagas el héroe —dijo—. No te pega.

Severiano apoyó una mano en la roca para no caer.

—No soy un héroe —dijo—. Soy el error.

Nuria se inclinó.

—¿Tienes algo? —preguntó, directo—. ¿Algo que valga la pena de todo esto?

Severiano metió la mano dentro de la chaqueta y sacó el medio cuaderno envuelto en un plástico improvisado.

Nuria lo vio y su mirada cambió. Como si el mundo se organizara alrededor de un objeto.

—Dámelo —ordenó.

Severiano no se lo dio de inmediato.

—No a cualquiera —dijo, y la frase le salió con la última dignidad que le quedaba.

Nuria lo sostuvo con la mirada.

—No soy “cualquiera” —dijo—. Y tú ya no estás en posición de elegir mucho.

Severiano tragó saliva. Miró el mar. Miró el hueco. Miró las sombras que se movían abajo: los otros venían.

Le extendió el cuaderno.

Nuria lo cogió con guantes, como si fuera un explosivo.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un diario —dijo Severiano—. De Ivo Krstic. Contenedores. Puertos. Nombres. Paredes.

Nuria apretó la mandíbula.

—¿Damián Paredes?

Severiano asintió.

Abajo, en la rejilla, se oyó un golpe fuerte. Alguien empujaba.

—Van a salir —dijo uno de los agentes.

Nuria miró a los policías.

—Cúbranme esa salida —ordenó—. Y pide refuerzos.

Se giró de nuevo hacia Severiano.

—Eduardo Martinel —dijo, sin pregunta—. ¿Qué sabe?

Severiano tragó saliva. Se apoyó en la roca, temblando.

—Demasiado poco... y demasiado tarde —dijo.

Nuria lo miró fijamente.

—¿Por qué lo has sacado del túnel y no lo has dejado morir en su ignorancia?

Severiano cerró los ojos un instante.

—Porque ya han tocado a su puerta —dijo—. Porque ya han nombrado a sus hijos.

Nuria bajó un poco la voz.

—¿Qué relación tienes con él, Severiano?

El mar golpeó fuerte, como si la pregunta hubiera tocado una piedra exacta.

Severiano abrió los ojos. Los tenía brillantes, pero no llorosos. Era otra cosa: cansancio viejo.

—La peor —dijo—. La que siempre se paga.

Nuria lo miró, esperando el resto.

Severiano no lo dijo.

No todavía.

En cambio, sacó otro papel del bolsillo: el sobre amarillento, el de “Si muero”, y lo apretó un segundo.

—Si caigo —dijo—, que ese cuaderno llegue a Eduardo. Pero no en mano. No como un regalo. Como una prueba.

Nuria frunció el ceño.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Severiano miró hacia la rejilla, donde ya se oían manos, uñas, respiraciones.

—Lo de siempre —dijo—. Aguantar el golpe para que otro no lo reciba.

Nuria lo agarró del brazo.

—No vas a aguantar nada, Girón. Te vas al hospital.

Severiano intentó zafarse.

—No hay tiempo.

Nuria apretó con fuerza, sorprendentemente humana.

—Para morirte siempre hay tiempo —dijo—. Para hablar, no.

Un estruendo: la rejilla se movió desde abajo. El hierro chirrió.

Y entonces se oyó un disparo desde algún punto más alto, seco, preciso. No venía del tipo esposado. Venía de fuera de cuadro.

Una bala golpeó la roca a un metro de Nuria y saltó piedra.

Los agentes se tiraron al suelo.

Nuria empujó a Severiano hacia abajo, cubriéndolo con su cuerpo por un segundo.

—¡TIRADOR! —gritó un agente—. ¡ARRIBA!

El mar rugió.

La noche se volvió guerra.

Nuria levantó la cabeza, miró hacia las sombras del paseo marítimo.

—Nos están marcando —murmuró.

Severiano, con la sangre caliente bajándole por el costado, entendió de golpe que no solo querían recuperar un cuaderno.

Querían cerrar bocas.

Y, por primera vez en décadas, Severiano sintió algo parecido a claridad:

Sí salía vivo de allí, ya no iba a poder seguir siendo “amigo de la familia”.

Iba a tener que ser otra cosa.

Otra bala golpeó roca, más cerca.

Nuria apretó el cuaderno contra su pecho, miró a Severiano y dijo, sin dramatismo:

—Ahora sí: o me dices toda la verdad... o no llegamos al amanecer.

Severiano abrió la boca.

Y la noche, como si tuviera prisa, disparó otra vez.

Capítulo 17 — Confesión bajo fuego

El segundo disparo sonó más cerca y más limpio. No era un loco tirando al aire. Era alguien que sabía medir.

Los agentes arrastraron al detenido hacia una zona más baja entre rocas. Nuria hizo un gesto seco.

—¡Cubre el paseo! ¡Que nadie asome la cabeza!

Uno de los policías sacó la radio, voz temblorosa:

—Central, tenemos posible tirador en zona paseo... necesitamos apoyo, ahora.

Severiano, encogido tras una roca, notó que el cuerpo quería temblar y se negó. La sangre le empapaba la camisa. El costado latía como un segundo corazón. Y, aun así, lo que más le dolía era la frase de Nuria:

O me dices toda la verdad... o no llegamos al amanecer.

Nuria lo miró, agachada, con el cuaderno contra el pecho.

—Habla —dijo.

Severiano tragó saliva. Miró hacia el mar: negro, inmenso, indiferente. Miró hacia el paseo: sombra, farolas, posibilidad de muerte.

—No aquí —susurró.

Nuria apretó la mandíbula.

—Aquí es donde estás vivo —respondió—. En el hospital te ponen una vía y te conviertes en un expediente. Y los expedientes desaparecen.

Una tercera bala golpeó piedra. Saltó polvo. Uno de los agentes soltó un insulto.

Severiano cerró los ojos un instante.

—Eduardo Martinel no es solo “el hijo del condenado” —dijo por fin—. Es mi hijo.

Nuria se quedó inmóvil. No por sorpresa teatral: por el peso de esas palabras. Como si de pronto todas las piezas del caso se hubieran movido un centímetro y, en ese movimiento, el mundo se hubiera vuelto más complicado y ordenado a la vez.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó, susurrando.

Severiano rió sin humor, y el gesto le dolió en el costado.

—Ojalá no —murmuró.

Nuria lo sostuvo con la mirada. No dijo “cómo”. Dijo lo que importa:

—¿Él lo sabe?

Severiano negó con la cabeza.

—No.

Nuria apretó los labios.

—¿Y piensas decírselo?

Severiano miró hacia la rejilla, que volvía a moverse desde abajo. Se oyó metal. Se oyó rabia.

—Si salimos de esta noche —dijo—, sí.

Nuria abrió la boca para preguntar más, pero otro disparo la interrumpió. Esta vez el sonido vino con un silbido previo: la bala pasó cerca de ellos, demasiado.

—¡Nos tienen! —gritó un agente.

Nuria reaccionó como un resorte.

—¡Movimiento! ¡Ahora! —ordenó.

Agarró a Severiano por el hombro y lo empujó hacia una zona donde el terreno se volvía irregular, con rocas más altas que podían dar cobertura. Severiano cojeó, apretando los dientes. El detenido iba entre dos agentes, esposado, con la cara pegada a la piedra.

La rejilla chirrió detrás. Ya no era una amenaza: era apertura.

Una mano apareció en el hueco.

—¡Salen! —gritó el agente.

Nuria levantó su arma.

—¡NO! —gritó—. ¡Alto! ¡Policía!

La mano se retiró. Un cuerpo intentó asomarse.

Se oyó una voz desde abajo, enfurecida:

—¡Cabrón!

No era un policía. No era un civil. Era alguien acostumbrado a mandar sin ley.

Nuria disparó al aire. Un solo tiro. No para matar. Para asustarlo.

El eco rebotó contra piedra y mar.

Arriba, en el paseo, el tirador respondió con otro disparo, como si le molestara el ruido.

La bala golpeó una farola y saltaron chispas. Se apagó un tramo de luz. La noche se hizo más negra.

Severiano entendió el mensaje: os puedo apagar el mundo.

Nuria arrastró a Severiano hacia un rincón más protegido y lo obligó a sentarse.

—Dime nombres —exigió—. Y dime rutas. Y dime por qué demonios Damián Paredes tiene a media ciudad agarrada.

Severiano respiró a golpes. El dolor lo mareaba.

—Porque paga —dijo—. Porque compra. Y porque sabe guardar secretos como se guardan mercancías: en contenedores y en personas.

Nuria apretó el cuaderno.

—¿Ivo Krstic es el transportista?

Severiano asintió.

—Era... el organizador. El puente entre el mar y la tierra. El que escribía todo porque creía que el papel era poder.

—¿Y su padre? —preguntó Nuria, directa.

Severiano miró hacia abajo, como si el suelo tuviera la respuesta.

—Yo no lo entregué... —murmuró—, pero firmé lo que permitió entregarlo.

Nuria lo miró.

—¿Por miedo?

Severiano soltó una risa seca.

—Por miedo y por cobardía —dijo—. Y por creer que, si obedecía, podría seguir viendo a mi hijo de lejos.

Nuria no suavizó.

—¿Tu hijo? —repitió, con un filo—. ¿Lo crió otro hombre y tú estabas “cerca”?

Severiano cerró los ojos.

—Sí.

Nuria guardó el silencio un segundo, pero no era silencio compasivo. Era el silencio de quien organiza un caso, y entiende que la verdad personal se va a convertir en munición judicial.

Un agente se acercó agachado, voz tensa:

—Inspectora, vienen refuerzos, pero tardan. Hay un coche sospechoso arriba, sin matrícula trasera. No podemos subir ahora.

Nuria asintió, rabia contenida.

—Aguantamos —dijo.

Severiano miró al agente y luego a Nuria.

—No vais a aguantar —dijo, bajo—. Esto no es una operación para detener a nadie. Es una operación para eliminar pruebas y testigos.

Nuria lo miró.

—¿Qué quieres decir?

Severiano apretó la mandíbula.

—Que el tirador no viene a rescatar a los de la rejilla —dijo—. Viene a borrar testigos. Y eso os incluye a vosotros.

Nuria entendió. Su mirada se endureció.

—Entonces nos vamos —dijo.

Severiano negó con la cabeza.

—No te da tiempo a salir con todos —dijo.

Nuria lo fulminó.

—No me digas cómo hacer mi trabajo.

Severiano sostuvo su mirada.

—No te digo cómo hacerlo —dijo—. Te digo el precio.

Otra bala. Más cerca.

El agente que estaba junto al detenido se apartó de golpe: la piedra donde apoyaba la cabeza se astilló.

El detenido, esposado, empezó a reír. Una risa nerviosa, rota.

—Os lo dije... —murmuró—. Nadie sale.

Nuria le dio un golpe con el guante en la nuca.

—Cállate.

Severiano, con la sangre bajándole por el costado, tomó una decisión que no tenía que ver con la ley. Tenía que ver con la supervivencia de una verdad.

Metió la mano en la chaqueta y sacó el sobre amarillento: “Si muero.”

Se lo tendió a Nuria.

—Si caigo —dijo—, esto no lo abras tú.

Nuria lo miró.

—¿Qué es?

—Una carta —dijo Severiano—. Para Eduardo.

Nuria apretó el sobre.

—¿Por qué no se la das tú?

Severiano miró al mar.

—Porque siempre llego tarde —dijo.

Nuria apretó el sobre contra el cuaderno.

—No te mueras —ordenó, y por un segundo su voz fue humana.

Severiano sonrió apenas.

—No lo tengo en mis manos.

Un estruendo: la rejilla se abrió del todo y un hombre salió, arma en mano, rabia en la cara. Detrás, otro.

Los agentes apuntaron. Gritos. Órdenes. Confusión.

En el segundo exacto en que el mundo se saturó de ruido, el tirador disparó otra vez.

La bala no fue al azar.

Fue a Severiano.

Severiano vio el destello. Sintió el impacto en el hombro, caliente, brutal, como un martillo. Cayó de lado sobre la roca. El aire se le escapó.

Nuria gritó su nombre.

—¡Severiano!

Los agentes respondieron al fuego hacia el paseo, sin ver a quién. Disparos al aire. Chispas. Eco.

Severiano, en el suelo, apretó el brazo, notando la sangre nueva mezclarse con la vieja. Le zumbaban los oídos.

Nuria se tiró a su lado, cubriéndolo con el cuerpo mientras agarraba el cuaderno y el sobre con la otra mano.

—¡Aguanta! —le gritó—. ¡Aguanta, joder!

Severiano la miró. La cara de Nuria estaba manchada de sal y polvo. Los ojos encendidos.

—Díselo —susurró Severiano, sin aire—. Dile... que lo siento.

Nuria apretó la mandíbula.

—Se lo dirás tú.

Severiano intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—No —murmuró—. Tú... tú dile... que yo no... yo no fui su amigo.

La frase le salió rota.

Nuria lo entendió igual.

Los agentes, en caos, lograron reducir a uno de los hombres que salían de la rejilla. El otro escapó entre rocas, hacia la oscuridad, como una rata.

Un refuerzo llegó por fin: sirenas, luces azules, voces amplificadas. El paseo se iluminó con destellos. El tirador ya no estaba. Había disparado y se había ido: lo justo para dejar el mensaje.

La operación había sido eso: un mensaje.

Nuria apretó el sobre y el cuaderno, miró a Severiano sangrando.

Y, en ese momento, supo que el caso ya no era solo una red de arte robado.

Era un padre intentando llegar a su hijo antes de que lo entierren a destiempo.

Severiano cerró los ojos.

Y la última cosa que pensó, antes de que la oscuridad lo tragara, fue la palabra que nunca se había permitido decir en voz alta:

Eduardo.

Capítulo 18 — Luz azul

El tercer golpe no llegó.

No hubo una explosión de puerta, ni un cristal cayendo, ni una voz ordenando desde el descansillo. Lo que llegó fue peor: silencio. Ese silencio que no significa “se han ido”, sino “han cambiado el plan”.

Eduardo estaba en el pasillo, con la espalda pegada a la pared, escuchando. María tenía a los niños en el dormitorio interior, y Pepe estaba a su lado con un cuchillo de cocina en la mano —ridículo y heroico a la vez—, como si la casa se defendiera con lo que tuviera.

De pronto, un sonido afuera: pasos rápidos bajando por la escalera. No los pasos tranquilos del hombre del traje. Pasos de huida.

Eduardo contuvo la respiración.

Luego otro sonido: sirenas, lejos al principio, y después más cerca, como una ola que se viene encima. Luz azul rebotando por las paredes del edificio.

—¿Es Nuria? —susurró Pepe.

Eduardo no respondió. Miró el móvil. Tenía varios intentos de llamadas perdidas y un mensaje de Nuria que apareció en pantalla con una brusquedad que le heló la sangre:

“NO SALGAS. ABRE SOLO A POLICÍA. SEVERIANO HERIDO.”

Eduardo sintió que el mundo se le inclinaba.

—¿Qué? —dijo Pepe, leyendo por encima del hombro.

María apareció en el marco del pasillo como un fantasma. Tenía la cara blanca, el pelo deshecho, y esa mirada de mujer que ya no está preguntando: está sumando.

—¿Severiano? —preguntó, y su voz fue pequeña.

Eduardo tragó saliva.

—Nuria dice que está herido —dijo.

María lo miró como si acabara de escuchar una palabra en otro idioma.

—¿Y qué tiene que ver Severiano con nosotros, Eduardo? —susurró—. ¿Qué tiene que ver con nuestros hijos?

Eduardo abrió la boca y no encontró una frase que no fuera una bomba.

El timbre sonó.

Esta vez, con insistencia oficial. Y, detrás, una voz distinta:

—¡Policía! ¡Abran!

Eduardo se acercó a la puerta con cuidado. Miró la mirilla cegada, maldijo por dentro, y abrió solo el pestillo de seguridad.

Dos agentes. Y Nuria detrás, con la cara manchada de polvo, el pelo recogido de cualquier manera y los ojos encendidos como si no hubiera dormido en una semana.

—¿Están todos bien? —preguntó, sin preámbulos.

Eduardo asintió.

—Sí.

Nuria lo miró con una dureza que era casi alivio.

—Necesito que vengas conmigo —dijo.

María apareció detrás de Eduardo, pegada al pasillo, como si la casa ya no fuera casa sino trinchera.

—¿A dónde? —preguntó ella.

Nuria la miró un segundo. No la trató como un mueble. Eso, de algún modo, hizo más daño.

—Al hospital —dijo Nuria—. Severiano Girón está grave.

Eduardo sintió un golpe en el pecho. Pepe soltó el aire.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eduardo.

Nuria lo sostuvo con la mirada.

—Han intentado matarlo —dijo—. Y han intentado que yo también estuviera en el sitio equivocado.

María dio un paso al frente.

—¿Y por qué? —preguntó, temblando—. ¿Por qué nos pasa esto?

Nuria no respondió con consuelo. Respondió con verdad útil.

—Porque alguien quiere que ese fichero desaparezca —dijo—. Y porque alguien no quiere que Severiano hable.

Eduardo apretó los dientes.

—¿Hable de qué?

Nuria bajó la voz, como si las paredes escucharan.

—Del 93. De un contenedor. De un nombre que no debe existir. Y de tu padre.

María se llevó una mano al pecho. Pepe miró a Eduardo, pálido.

Eduardo notó que se le iba la sangre a las manos.

—¿Está consciente? —preguntó.

Nuria dudó un segundo.

—A ratos —dijo—. Pero cada rato cuenta.

Eduardo miró hacia el dormitorio donde estaban sus hijos. Y en su cabeza se encendió algo: una frase vieja, simple y cruel.

Si sales, los dejas solos.

María lo leyó en su cara.

—No —dijo ella, adelantándose—. No vas.

Eduardo la miró.

—María...

—No —repitió, con más fuerza—. Hoy han entrado en nuestra casa. Hoy han venido con un táser. ¿Y tú te vas ahora?

Eduardo tragó saliva.

—Si Severiano muere sin hablar, esto no se acaba —dijo—. Se pone peor.

María se acercó tanto que Eduardo sintió su respiración.

—¿Y si te matan a ti? —susurró—. ¿Quién les explica a nuestros hijos por qué su padre se fue porque un “amigo de la familia” tenía

secretos?

Eduardo notó que el estómago se le cerraba. Quiso decir “no me va a pasar nada”. No se atrevió.

Pepe, en un gesto inesperado, apoyó una mano en el hombro de María.

—Mari... —dijo—. Si Eduardo no va, no vamos a saber nunca qué demonios pasa. Y nos van a seguir tocando la puerta.

María lo miró como si quisiera odiarlo por tener razón.

Nuria esperó. No presionó. Solo miró a Eduardo con una paciencia tensa.

Eduardo tomó aire.

—Voy —dijo.

María cerró los ojos. Cuando los abrió, había lágrimas, pero no se cayeron. Eran lágrimas retenidas por orgullo.

—Entonces llévate esto —dijo, y le empujó el móvil de repuesto y un llavero con las llaves del coche—. Y si no vuelves... —Se le quebró la voz—. Si no vuelves, Eduardo, te juro que te odiaré para poder seguir respirando.

Eduardo sintió que le ardía la garganta.

No la abrazó. No porque no quisiera. Porque sabía que, si la abrazaba, quizá no salía.

Nuria lo sacó al descansillo. Los agentes se quedaron en la puerta, “por seguridad”. Seguridad de papel, pero papel al fin.

Bajaron.

En la calle, Cádiz estaba llena de luces azules que hacían que la ciudad pareciera otra. Más fría. Más policial. Más irreal. El mar, al fondo, seguía negro.

En el coche de Nuria, Eduardo vio algo sobre el asiento trasero: una bolsa de evidencias. Dentro, un cuaderno envuelto en plástico y un sobre amarillento.

Eduardo lo miró.

Nuria lo vio.

—No lo toques —dijo.

Eduardo tragó saliva.

—¿Eso es de Severiano?

Nuria asintió sin mirarlo.

—Es lo que lo ha puesto en la mira —dijo.

Arrancaron.

Condujeron rápido, pero sin sirena. Nuria no quería anunciar su ruta. Cádiz de madrugada era un tablero, y ella estaba intentando no ser la ficha más brillante.

—¿Por qué estaba Severiano en el puerto? —preguntó Eduardo.

Nuria apretó el volante.

—Porque iba a por ti —dijo—. Y porque alguien lo quería solo.

Eduardo notó un escalofrío.

—¿Lo han usado?

Nuria soltó un aire.

—Os han usado a todos —dijo—. A él, para que hable. A ti, para que lo encierres. A mí, para que llegue tarde.

Eduardo miró por la ventanilla. La ciudad pasaba como una película demasiado rápida.

—¿Está muerto? —preguntó.

Nuria no respondió enseguida.

—No —dijo al fin—. Todavía.

La palabra “todavía” no era alivio. Era cuenta atrás.

Llegaron al hospital. Luces blancas, puertas automáticas, un mundo donde la tragedia se disfraza de rutina.

En la entrada de urgencias, un agente saludó a Nuria con un gesto rápido. Ella le enseñó la placa. Entraron.

Pasillos. Olor a desinfectante. Murmullos. Y ese sonido constante de hospital que parece calma, pero es guerra en silencio.

Un médico se acercó a Nuria.

—¿Familia? —preguntó.

Eduardo sintió el golpe de esa palabra sin entender por qué.

Nuria miró al médico.

—Testigo clave —dijo—. ¿Cómo está?

El médico bajó la voz.

—Hombro perforado, mucha sangre. Lo hemos estabilizado, pero está... muy justito. Si habla, que sea rápido.

Nuria asintió.

—¿Dónde?

El médico señaló una puerta.

Nuria miró a Eduardo.

—Entras conmigo —dijo—. Pero no digas nada. Solo escucha.

Eduardo asintió, tragándose todo.

Entraron.

Severiano estaba en una camilla, conectado a máquinas. Tenía la cara pálida, los labios secos y los ojos entreabiertos. Parecía más pequeño. Más viejo. Como si la noche le hubiera cobrado décadas.

Eduardo se quedó quieto al pie de la camilla.

Severiano abrió un poco más los ojos.

Los fijó en él.

Eduardo sintió un golpe extraño, una mezcla de rabia y pena. Como mirar a alguien que te ha salvado la vida y te la ha roto al mismo tiempo.

—Severiano... —dijo Eduardo, casi sin voz.

Severiano intentó mover la mano. No pudo. Tragó saliva. Habló con un hilo de aire:

—No... borres... nada.

Eduardo apretó la mandíbula.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Qué está pasando?

Severiano miró a Nuria, luego a Eduardo. Los ojos se le humedecieron sin llegar a llorar.

—Perdón... —murmuró—. Yo...

La máquina pitó más rápido un segundo. El médico asomó la cabeza por la puerta, alerta.

Nuria se inclinó, rápida.

—Severiano, mírame —dijo—. Dime un nombre. Uno.

Severiano tragó saliva. Los ojos se le movieron con esfuerzo.

—Paredes... —susurró—. Damián...

Eduardo sintió que el corazón se le paraba un instante.

Severiano intentó decir algo más. Su garganta trabajó como si tuviera arena.

—Y... —murmuró—. Y...

Nuria apretó:

—¿Y quién más?

Severiano miró a Eduardo. Directo. Como si quisiera atravesarlo.

—Tú... —susurró, apenas audible—. Tú...

Eduardo se quedó helado.

—¿Yo qué? —preguntó, sin aire.

Severiano intentó respirar y, en ese intento, se le quebró la voz.

—Tú... no eres...

El pitido se disparó. El médico entró de golpe.

—¡Fuera! ¡Ahora! —ordenó.

Nuria tiró de Eduardo.

Eduardo se resistió un segundo, desesperado.

—¡Severiano! —gritó, y su voz sonó demasiado grande en un hospital.

Severiano intentó levantar la cabeza. No pudo. Sus labios se movieron, sin sonido.

Nuria lo sacó al pasillo.

La puerta se cerró.

Eduardo se quedó mirando la puerta como si detrás estuviera la única verdad del mundo.

Nuria respiró hondo, controlándose.

—¿Qué iba a decir? —susurró Eduardo—. ¿Qué iba a decirme?

Nuria lo miró fijo.

—Iba a decir algo que te cambia la vida —dijo—. Y por eso lo han querido callar.

Eduardo tragó saliva. Notó el temblor en las manos, la rabia en la garganta, el miedo transformándose en decisión.

—Entonces lo van a intentar otra vez —dijo.

Nuria asintió, dura.

—Sí.

Eduardo apretó los dientes.

—Pues esta vez... —murmuró—. Esta vez no llegare tarde.

Y en ese instante, el móvil de Nuria vibró.

Ella miró la pantalla y su cara perdió color.

Le enseñó el mensaje a Eduardo sin decir nada.

Una foto.

La puerta de su casa.

Y, debajo, una frase:

“Ahora que has salido... ya sabes lo fácil.”

Capítulo 19 — Casa vacía

Y, sin embargo, incluso en la herida, María supo una cosa: no iba a permitir que el thriller de otros se llevara la paz de los suyos. Si Eduardo estaba entrando en una oscuridad, ella lo iba a acompañar hasta la puerta, aunque la puerta doliera.

La noche en que Eduardo decidió dormir lejos, frente al mar, María se quedó en la cocina con la luz pequeña encendida, mirando una taza sin café. Pensó en los hijos, en su respiración tranquila, y en ese cansancio nuevo en la mirada de su marido: un cansancio que no era solo trabajo, ni solo miedo, sino algo más ancestral, como una herencia sin testamento.

María no era ingenua. Había crecido con Eduardo, lo había visto mentir de niño para salir de un apuro y mentir de adulto para no asustar a nadie. La diferencia era que, de adulto, las mentiras no eran travesuras.

Eduardo sintió cómo se le apagaba el cuerpo por dentro, como si alguien le hubiera bajado un interruptor.

La foto de su puerta, el mensaje —“Ahora que has salido... ya sabes lo fácil.”— y, detrás, el pasillo del hospital, blanco, indiferente, como si aquello fuera una película que solo él veía.

—Dame el teléfono —dijo.

Nuria no se lo dio. Marcó ella, rápida, profesional, sin temblor.

—Unidad en calle ____, ya. Posible intrusión. Menores dentro.

Eduardo ya estaba andando.

—¡Eduardo! —lo frenó Nuria agarrándolo del brazo—. No corras por delante.

Eduardo la miró con una furia seca.

—Mis hijos —dijo, y esa palabra lo convirtió en otra cosa.

Nuria apretó los dientes, soltó el brazo y echó a andar a su lado.

Salieron del hospital casi corriendo. El aire de Cádiz les golpeó la cara, salado, frío, real. Nuria arrancó el coche sin sirena, pero con una urgencia que hacía temblar el volante.

Eduardo, en el asiento del copiloto, llamó a casa con manos torpes.

Tono.

Nada.

Volvió a llamar.

Nada.

Pepe no contestaba.

María no contestaba.

Eduardo sintió que se le abría un hueco bajo el estómago.

—No contestan —dijo, sin voz.

Nuria no lo miró.

—Puede ser bueno —dijo—. Puede ser que estén escondidos.

Eduardo no se tragó el consuelo.

—O puede ser que... —empezó.

Nuria lo cortó:

—No lo digas. Conducir y pensar en eso es matarnos antes de llegar.

El coche se metió por calles estrechas. Semáforos en rojo que Nuria cruzó cuando no venía nadie. Cádiz, a esa hora, parecía una ciudad dormida con una pesadilla dentro.

A dos calles del portal, vieron luces azules. Un coche patrulla. Dos agentes bajando. Nuria frenó en doble fila sin cuidado.

Eduardo salió antes de que el coche se detuviera del todo.

Subió las escaleras como si fueran un enemigo. No usó el ascensor. Nadie usa ascensor cuando cree que su vida está en el rellano.

El descansillo olía a algo raro.

La puerta de su casa estaba cerrada.

Demasiado cerrada.

El pestillo no era el suyo.

Habían echado un segundo cierre desde dentro o habían colocado un tope.

—¡María! —golpeó Eduardo, sin disimulo ya—. ¡María, soy yo!

Silencio.

Eduardo notó el pánico intentando romperle la garganta.

Nuria subió detrás, arma en mano, gesto seco a los agentes.

—A la izquierda. Cubre el pasillo —ordenó.

Eduardo, con la cara pegada a la madera, oyó algo.

No una voz.

Un roce.

Como una tela moviéndose.

Eduardo golpeó otra vez.

—¡Pepe!

Nada.

Nuria se agachó frente a la cerradura, examinó el marco. Tocó con guantes la ranura del pomo, olió el aire.

—Han metido algo —dijo, baja—. Espuma expansiva. Para bloquear. Para retrasarnos.

Eduardo sintió que se volvía loco.

—¡Rompe la puerta!

Nuria miró a los agentes.

—Ariete.

Uno de los policías bajó corriendo.

El otro se puso a un lado, arma arriba.

—Eduardo, atrás —dijo Nuria.

Eduardo no se movió.

Nuria lo empujó con el antebrazo, con fuerza.

—Atrás.

Eduardo dio dos pasos. Le temblaban las manos. No sabía qué hacer con su cuerpo.

Pasaron segundos eternos.

Subió el agente con un ariete pequeño, de esos que parecen ridículos hasta que empiezan a hablar con madera.

—¡Va! —ordenó Nuria.

El primer golpe sacudió la puerta como un animal despertando.

El segundo crujió el marco.

El tercero abrió un hueco.

Eduardo se lanzó.

Nuria lo sujetó por la chaqueta.

—¡Espera!

Eduardo se soltó.

Entró.

La casa estaba... quieta.

No había gritos.

No había golpes.

Eso era peor.

—¡María! —gritó.

Nada.

El salón estaba como siempre, pero con detalles fuera de sitio: un cojín en el suelo, un vaso volcado sin romper, una silla ligeramente movida. Señales pequeñas de prisa, de miedo contenido.

Eduardo corrió al dormitorio interior.

La puerta estaba abierta.

La cama revuelta.

Y en la pared, con un rotulador negro, habían escrito una frase:

“NO CORRAS. TE GUÍAS SOLO.”

Eduardo sintió que se le quebraba el aire.

—¡Niños! —gritó.

Nada.

Fue al cuarto de los niños.

La luz apagada.

Camas hechas.

Vacío.

Eduardo se giró, con una rabia que no cabía en una casa.

—¿DÓNDE ESTÁN?! —rugió.

Nuria entró detrás, recorrió con los ojos, fría, rápida.

—No hay sangre —dijo—. No hay signos de lucha grande. Se los han llevado... o se los han hecho llevar.

Eduardo la miró sin entender.

—¿Cómo que “hecho llevar”?

Nuria señaló el suelo del pasillo.

Había un móvil tirado. El de Pepe. Pantalla rota.

Y al lado, una nota doblada.

Eduardo la cogió con dedos temblorosos.

No era una carta larga. Era una instrucción breve, limpia, escrita como se escribe cuando se manda:

“SEVERIANO HABLA — TÚ VIENES.

TRAE EL FICHERO.

UNO SOLO.

SI TRAES POLICÍA, PIERDES.”

Debajo, una dirección.

Y una hora.

Eduardo notó que se le iba la vista.

—Me los han cogido... —susurró.

María no estaba.

Pepe no estaba.

Sus hijos no estaban.

Y, sin embargo, la casa seguía oliendo a ellos.

Nuria le quitó la nota de la mano.

—Esto es un secuestro —dijo, seca—. Y es un anzuelo.

Eduardo la miró con un odio que no era hacia ella: era hacia el mundo.

—Pues muerdo.

Nuria se le plantó delante.

—No vas solo.

Eduardo señaló la nota, temblando.

—“Uno solo”.

Nuria apretó la mandíbula.

—Esa frase es para que te aísles —dijo—. Para que no haya testigos. Para que te maten y lo llamen accidente.

Eduardo tragó saliva.

—Entonces dime dónde está mi familia.

Nuria lo miró con una dureza casi triste.

—No lo sé aún. Pero sí sé algo: si obedeces, estás muerto. Y si no obedeces, quizá también. Así que vas a hacer lo único que funciona contra gente así: mentir mejor que ellos.

Eduardo respiró a golpes. Miró la casa vacía. El rotulador en la pared.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, con voz rota.

Nuria le enseñó el cuaderno envuelto en plástico que traía del coche, como si fuera una carta de triunfo sucia.

—Esto —dijo—. Vamos a llevarles el “fichero” ... pero no el tuyo. Les vamos a llevar un veneno.

Eduardo no entendió.

Nuria habló rápido, intensa:

—Yo no entro contigo. Me quedo fuera. Muy fuera. Sin patrullas. Sin sirenas. Solo ojos. Y cuando tú confirmes que están vivos, apretamos.

Eduardo la miró.

—¿Y si no están?

Nuria no apartó la mirada.

—Entonces no entregas nada.

Eduardo apretó los dientes hasta dolerse.

—¿Y Severiano?

Nuria lo miró un segundo, sin emoción.

—Severiano está entre máquinas —dijo—. Pero alguien quiere que tú creas que “habla”. Quieren que vayas por él... y por el fichero.

Eduardo miró la nota, la dirección, la hora.

Y, por primera vez, no sintió miedo.

Sintió una calma negra.

—Vale —dijo.

Nuria asintió.

—Ahora escucha —dijo ella—. ¿Dónde guardas el fichero?

Eduardo tragó saliva.

—En dos sitios —dijo—. Uno conmigo. Otro... —Pensó en Sergio—. Otro no lo sé.

Nuria lo miró con aprobación mínima.

—Bien. Entonces aún no lo tienen.

Eduardo se quedó quieto un segundo.

—Pepe... —murmuró—. Si le hacen algo a Pepe...

Nuria le apretó el hombro, fuerte.

—No lo pienses —dijo—. Hazlo.

Eduardo miró el dormitorio vacío de sus hijos.

Se giró hacia la pared del pasillo, hacia la frase escrita en negro.

“NO CORRAS. TE GUÍAS SOLO.”

Eduardo la leyó despacio.

Y, de pronto, lo entendió.

No era un mensaje para asustarlo.

Era un mensaje para dirigirlo.

Eduardo levantó la vista hacia Nuria.

—La dirección... —dijo, con la voz ya firme— no es donde están.

Nuria frunció el ceño.

—¿Qué?

Eduardo señaló la nota.

—Es donde quieren que yo llegue sin pensar —dijo—. Pero si me han sacado de casa para esto... significa que lo importante no es el sitio.

Nuria lo miró, esperando.

Eduardo tragó saliva.

—Lo importante es el camino —dijo—. Y quién me ve ir.

Nuria lo entendió en su cara.

—¿Qué has pensado?

Eduardo apretó la nota.

—Voy a ir —dijo—. Pero no por donde ellos esperan.

Nuria asintió, dura.

—Así se habla.

Eduardo respiró hondo.

Y justo entonces, el móvil de Eduardo vibró con un mensaje nuevo.

Número desconocido.

Una sola frase:

“Tu hijo mayor llora mucho.”

Eduardo sintió que algo se le rompía por dentro.

Y la siguiente frase remató:

“Date prisa, padre.”

Capítulo 20 — El encuentro

Eduardo no lloró. No gritó. No rompió nada.

Se quedó quieto con el móvil en la mano, leyendo “Date prisa, padre” como si fuera una firma al pie de un documento. La palabra padre le quemó por dentro con una ironía cruel: su padre había caído por un papel; él estaba a punto de caer por carne viva.

Nuria lo miró.

—Respira —dijo.

Eduardo respiró. Una vez. Dos. La tercera ya era decisión.

—Vamos —dijo.

No fueron en patrulla. No fueron con sirenas. No fueron como policía.

Fueron como dos sombras en una ciudad que ya conocía el guion.

Nuria lo llevó en su coche hasta un punto acordado a varias calles del lugar de la nota. Allí, en un aparcamiento vacío junto a un bloque de pisos sin encanto, le explicó el plan con frases cortas, sin épica:

—Tú entras solo.

—Llevas un pendrive con “el fichero”. No es el tuyo.

—Yo me quedo lejos. Sin luces. Con dos agentes de confianza.

—Si no veo a María y a los niños con mis ojos, tú no entregas nada.

—Si intentan separarte, te vas. Aunque te llamen cobarde.

Eduardo asintió sin discutir. El dolor ya le había quitado la terquedad inútil; le había dejado otra cosa: precisión.

Nuria le metió en la mano un pendrive.

—Aquí hay parte del diario de Ivo. Lo suficiente para que crean que es lo que buscan. Y lo suficiente para que se manchen si lo tocan.

Eduardo lo miró como si fuera veneno.

—¿Y el mío? —preguntó.

Nuria negó.

—Tu fichero se queda contigo —dijo—. Es tu seguro. Si lo entregas, te quedas desnudo.

Eduardo guardó el pendrive. Se quedó un segundo mirando el asfalto.

—Nuria —dijo, bajo—. Si algo sale mal... cuida de ellos.

Nuria lo miró.

—No me hables como si fueras a morir. Eso les gusta.

Eduardo asintió.

—Vale.

El lugar de la nota era un sitio demasiado perfecto para una trampa: una antigua nave en la zona franca, cerca de la línea del mar, de esas que por fuera parecen abandonadas, pero por dentro aún guardan actividad. No tan cerca del puerto como para levantar sospechas, no tan lejos como para perder control. Cádiz, siempre midiendo.

Eduardo caminó solo las últimas manzanas. Ojos abiertos. Pasos firmes. Sin correr.

Recordó el mensaje de la pared: No corras. Te guías solo.

No corrió.

Al llegar, vio una puerta metálica entreabierta. Una luz tenue dentro. Y un coche oscuro aparcado a unos metros, sin matrícula delantera.

Eduardo tocó la puerta una vez.

No golpeó. Tocó.

La puerta se abrió desde dentro sin sonido.

Apareció el hombre del traje. El mensajero. La sonrisa pequeña.

—Eduardo —dijo—. Gracias por ser razonable.

Eduardo lo miró sin pestañear.

—Mi familia.

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—Pasa.

Eduardo entró.

Dentro olía a polvo y a algo que no debería oler en una nave vieja: perfume caro. El suelo estaba limpio en una franja central, como si alguien hubiera barrido para una escena. Había dos sillas. Una mesa plegable. Una lámpara de obra. El teatro mínimo.

Y al fondo, en sombra, dos figuras.

María estaba sentada en una silla, con las manos atadas con bridas, pero entera. Tenía la cara pálida, los ojos secos de tanto contener. A

su lado, de pie, Pepe: un golpe en el pómulo, la camiseta manchada, pero vivo. Y, en el suelo, abrazados a sí mismos como dos animalitos asustados, Eduardo hijo y Rubén.

Eduardo sintió que se le aflojaban las piernas.

María levantó la cabeza y, al verlo, no lloró. Le sostuvo la mirada con una mezcla de rabia y alivio que casi lo mata.

—Papá —susurró el niño mayor, con voz temblorosa.

Eduardo dio un paso hacia ellos.

El hombre del traje alzó una mano.

—Ni uno más.

Eduardo se detuvo. Le temblaba la mandíbula. No quería hablar con el mensajero. Quería arrancarle la boca.

—¿Están bien? —preguntó, mirándolos.

María asintió una vez, apenas.

Pepe apretó los dientes, intentando no mirarlo demasiado tiempo, como si eso le hiciera caer.

—Estamos —dijo Pepe, ronco—. Haz lo que tengas que hacer.

Eduardo tragó saliva. Miró al hombre del traje.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó.

El hombre sonrió.

—Siempre queréis ver al jefe —dijo—. Como si eso cambiara algo.

Una figura salió de la sombra con calma.

No era el tipo ancho. No era un sicario. Era un hombre mayor, traje impecable, pelo gris, una elegancia que parecía heredada. Su presencia llenó la nave sin esfuerzo, como si el lugar le perteneciera por el simple hecho de mirarlo.

Damián Paredes.

Eduardo lo reconoció por fotos, por inauguraciones, por esas noticias culturales que parecen inocentes.

Damián lo miró como se mira a una pieza interesante.

—Eduardo Martinel —dijo, con voz suave—. Has causado un ruido innecesario.

Eduardo apretó los puños.

—Has secuestrado a mis hijos —dijo.

Damián ladeó la cabeza, como si la palabra “secuestrado” fuera demasiado vulgar.

—Los he protegido de tu obstinación —corrigió—. Tú has traído el peligro a tu casa y a la mía.

Eduardo sintió una rabia fría.

—Tú eres el peligro.

Damián sonrió con un mínimo de tristeza fingida.

—Soy el orden —dijo—. El orden que mantiene ciertas cosas en su sitio.

Eduardo dio un paso hacia la mesa y sacó el pendrive.

—Aquí está —dijo—. Lo que querías.

Damián no lo tocó aún. Miró a los niños, luego a María, luego a Pepe.

—Primero... —dijo— quiero que entiendas algo.

Eduardo lo miró con odio.

—Tu padre fue útil —continuó Damián—. Lo fue en tierra. Severiano lo fue en mar. Cada uno en su lugar. Y cada uno pagó lo que debía.

Eduardo apretó los dientes hasta dolerse.

—Mi padre no debía nada.

Damián lo miró con paciencia.

—La vida no funciona con “deber” —dijo—. Funciona con necesidades.

Eduardo dio un golpe seco con el pendrive sobre la mesa.

—Suéltalos.

Damián sonrió.

—No tan rápido —dijo—. Quiero el fichero completo. El real. No un juguete.

Eduardo sintió que el aire se le cortaba.

Nuria le había dicho que harían esto. Que lo olerían.

—Ese es —mintió Eduardo—. Es lo único que tengo.

Damián lo miró como se mira a un niño que intenta engañar a un adulto.

—No mientas —dijo, suave—. La mentira es para los que tienen margen. Tú no tienes.

Hizo un gesto apenas visible.

El hombre del traje se acercó a los niños y puso una mano sobre el hombro del mayor. No lo apretó. No hizo daño. Solo indicó.

Eduardo sintió que se le nublaba la vista.

—¡No lo toques! —gruñó.

Damián no alzó la voz.

—Entonces tráeme el fichero real —dijo—. Y todo termina aquí, con elegancia.

Eduardo notó que el cuerpo le pedía correr, gritar, matar. Pero recordó la frase: No corras. Te guías solo.

Respiró.

Miró a María.

María lo miró como si le dijera sin palabras: no les des todo.

Pepe lo miró con la cara rota y esa lealtad que duele: hazlo bien, Edu.

Eduardo levantó el mentón.

—Quiero volver a ver a Severiano —dijo.

Damián sonrió apenas.

—Severiano está muriéndose —dijo—. Ya no sirve para nada.

Eduardo notó un golpe dentro.

—Mientes —dijo.

Damián lo miró con un brillo oscuro.

—¿Te importa? —preguntó—. Curioso. Te importa el hombre que firmó la caída de tu padre.

Eduardo tragó saliva.

—Me importa porque él sabe —dijo—. Y tú lo sabes.

Damián se recostó un poco, cómodo en la escena.

—¿Quieres saber? —dijo—. Bien. Te doy una verdad.

Se inclinó hacia delante, muy despacio.

—Severiano Girón no era “amigo de la familia”. Severiano Girón era... tu seguro. Tu sombra. Tu vigilancia. —Sonrió—. Te han dejado vivir porque eras útil: eras el hijo del hombre que cargó con todo.

Eduardo sintió que algo se le rompía por dentro.

—¿Y ahora? —preguntó, con voz ronca.

—Ahora ya no eres útil —dijo Damián—. Ahora eres un problema.

Eduardo apretó el pendrive. Notó el filo del plástico.

Y decidió.

—Vale —dijo—. Te doy el fichero real. Pero tú los sueltas primero.

Damián negó con suavidad.

—No —dijo—. Primero el fichero. Luego suelto. Ese es el orden.

Eduardo miró a María y a sus hijos.

Y, por primera vez, entendió con una claridad absoluta que el orden de Damián Paredes siempre terminaba igual: alguien entrega y alguien pierde.

Eduardo respiró hondo.

Sacó el móvil y lo levantó, mostrando la pantalla.

—No puedo darte el fichero real —dijo—. Porque no está en un solo sitio.

Damián lo miró, sin entender aún.

Eduardo pulsó play.

Un audio empezó a sonar, alto, claro en la nave silenciosa.

La voz de Severiano, grabada en el hospital, un hilo de vida:

—Paredes... Damián...

El rostro de Damián cambió por primera vez. Solo un milímetro. Pero Eduardo lo vio.

El hombre del traje se tensó.

Damián habló, más frío:

—Apaga eso.

Eduardo no lo apagó.

La voz de Severiano siguió, rota:

—No... borres... nada...

Damián dio un paso hacia él.

Eduardo levantó la mano.

—Si me pasa algo —dijo Eduardo—, esto sale. Y lo que tengo también. Y no lo paro yo. Lo paran otros.

Damián lo miró, inmóvil. La elegancia se le volvió amenaza.

—¿Crees que me asustas con una grabación?

Eduardo lo miró sin parpadear.

—No —dijo—. Te asusto con el ruido.

Damián sonrió despacio, sin alegría.

—Entonces has aprendido.

Y en ese instante, desde algún punto fuera de la nave, se oyó un sonido que no pertenecía a Damián:

sirena lejana.

Demasiado lejana para estar ahí.

Pero suficiente para recordarle a Eduardo que Nuria estaba cerca... y que el tiempo se había acabado.

Damián inclinó la cabeza, casi con respeto.

—Bien —dijo—. Vamos a hacerlo a mi manera.

Hizo un gesto.

Y el hombre del traje sacó el táser.

Capítulo 21 — A dieciocho pasos

El táser chispeó en la mano del hombre del traje como una luciérnaga enfadada.

Eduardo no se movió.

No porque no pudiera. Porque entendió el instante: en ese lugar no mandaba la fuerza, mandaba el miedo. Y el miedo, si lo miras de frente, a veces duda.

—Ni uno más —dijo Eduardo, con la voz baja, firme—. Están vivos. Los veo. Eso era lo único que necesitaba.

Damián Paredes sonrió como quien aprueba a un alumno.

—Qué manía con la moral —murmuró—. Siempre llega tarde.

Hizo un gesto mínimo.

El hombre del traje dio un paso, apuntando el táser al pecho de Eduardo.

Y entonces, desde fuera, sonó un golpe seco en la puerta metálica.

Uno.

Dos.

Tres.

El hombre del traje giró la cabeza un segundo. Ese segundo fue decisivo.

Eduardo se lanzó hacia la mesa, agarró la lámpara de obra y la volcó. La bombilla estalló contra el suelo y la nave se quedó medio ciega, a saltos de luz. Eduardo oyó a María gritar su nombre. Oyó a Pepe maldecir. Oyó a los niños llorar.

El táser disparó.

El chispazo le rozó el brazo y le arrancó un grito, pero no lo detuvo. Se abalanzó sobre el hombre del traje, le agarró la muñeca y la golpeó contra el canto de la mesa hasta que el aparato cayó.

Damián Paredes no corrió.

Solo retrocedió dos pasos, elegante incluso en el caos, como si la violencia fuera algo que no debía tocarle la ropa.

—Ya está —dijo, tranquilo—. Ya lo has complicado todo.

La puerta metálica cedió con un golpe brutal.

Y entró Nuria.

No entró gritando. Entró segura. Dos agentes detrás. Armas arriba. Ojos fríos.

El hombre del traje levantó las manos, demasiado tarde para fingir.

—Inspectora... —dijo.

Nuria ni lo miró. Sus ojos fueron directos a Damián.

—Damián Paredes —dijo, como quien pronuncia un diagnóstico—. Qué sorpresa verte lejos de tus paredes blancas.

Damián ladeó la cabeza.

—Esto es un error, Nuria.

—No —respondió ella—. Esto es una escena.

Se giró a los agentes:

—Sacad a los menores y a la mujer. Ahora.

Eduardo se apartó como pudo, con el brazo ardiendo, mientras María corría hacia los niños y los abrazaba con una fuerza que no pedía permiso. Pepe se inclinó sobre el mayor.

—Estoy aquí, campeón —susurró—. Estoy aquí.

Eduardo quiso abrazarlos a todos a la vez, pero solo le salió un paso torpe hacia María. Ella lo miró sin ternura. Con un cansancio que era amor herido.

—Luego —dijo María, sin voz—. Luego me lo explicas todo.

Nuria avanzó hacia Damián.

—Queda detenido.

Damián sonrió.

—¿Por qué? ¿Por este lugar? ¿Por una discusión?

Nuria levantó el cuaderno de evidencias envuelto en plástico.

—Por esto —dijo—. Y por lo que hay en tu propio mundo: contenedores, rutas, firmas. Y porque has cruzado una puerta con un táser y eso ya no se tapa con un cóctel y una sonrisa.

Por primera vez, Damián perdió el brillo.

No gritó. No suplicó. Solo dejó caer la voz, como si hablara a un espejo:

—No vas a ganar.

Nuria lo miró con un desprecio limpio.

—Ya lo he hecho—dijo—. Y tú pierdes.

Damián miró a Eduardo. Una mirada breve. Casi amable. Como si le diera una lección final.

—Te vas a acordar de mí cuando la vida te pase factura —murmuró.

Eduardo no respondió.

Porque, en ese instante, comprendió algo horrible: no hacía falta que Damián lo matara esa noche.

Damián ya le había roto la vida.

Los agentes se llevaron al hombre del traje. Damián salió esposado sin perder la compostura, como si incluso esposado siguiera creyendo que era dueño del lugar.

Y cuando por fin la nave quedó en silencio, Eduardo miró a su familia viva y sintió que la victoria no sabía a nada.

Solo sabía a después.

Severiano Girón murió tres años más tarde.

No por aquel disparo —aunque ese disparo le dejó la vida con una grieta—. Murió como mueren los hombres que han cargado demasiado: de una manera silenciosa, casi discreta, como si no quisiera molestar.

Nuria entregó el sobre amarillento a Eduardo en una tarde de levante, delante del mar. No lo abrió ella. Cumplió.

—Es suyo —dijo.

Eduardo lo sostuvo como quien sostiene un peso muy pesado.

—¿Qué pone?

—Lo que tú ya sabes y no quieres saber —respondió Nuria—. Léelo cuando puedas. Si es que puedes.

Eduardo lo leyó solo, en la cocina, con la casa dormida.

Eduardo, hijo mío:

He pasado toda una vida escondiendo tu nombre dentro del mío, como quien guarda un tesoro que no puede mostrar porque teme que el mundo lo rompa. Y, aun así, cada día que viví, viví contigo. Aunque no me llamaras padre, aunque yo no pudiera llamarte hijo, tú eras la parte de mí que más vigilaba, la que más me importaba, la que más me dolía.

Lo que ocurrió entre tu madre y yo fue un instante que ninguno supo detener. Un error, sí... pero también un temblor que nos cambió para siempre. Ella y yo decidimos enterrarlo en silencio porque yo amaba a Anita con una devoción que me sostenía la vida. No quería destruirla. No quería destruirte. Y así, por miedo, por cobardía, por amor mal entendido, creciste sin saber de dónde venía ese hilo invisible que siempre te acompañaba.

Pero yo estaba ahí, Eduardo. Siempre. En cada paso que dabas, en cada caída, en cada triunfo que celebrabas sin saber que, en algún rincón, había un hombre llorando de orgullo por ti. Te cuidé desde la sombra, como quien protege una llama que no debe apagarse. Me aseguré de que nada te faltara, de que el mundo no te golpeara más de lo necesario. Y cada vez que la vida te sonreía, era como si me devolviera un pedazo de paz.

He muerto con muchos errores, hijo mío, pero ninguno tan grande como no haberte dicho esto antes. Ojalá hubiera tenido el valor de mirarte a los ojos y decirte: "Eres mío". Ojalá hubiera sido menos cobarde, menos humano. Pero ya no puedo cambiar lo que fui. Solo

puedo dejarte esta verdad, desnuda y tardía, para que la guardes donde quieras: en la rabia, en el perdón, en el silencio o en el corazón.

Eduardo... tú no naciste de un error. Naciste de un instante que nos sobrepasó, sí, pero también de un latido verdadero. Y aunque nunca pude darte mi apellido, te di todo lo que pude sin romper el mundo que me rodeaba.

Si alguna vez puedes perdonarme, hazlo. Y si no, al menos quédate con esto: fuiste mi orgullo más secreto, mi amor más callado, mi luz más escondida.

Con todo lo que fui, Severiano

Y la palabra que Severiano nunca le había dado en vida se le clavó en el pecho como una verdad tardía:

Hijo.

No hubo abrazo. No hubo reconciliación. Hubo un vacío nuevo: el de lo que no se puede arreglar porque llega cuando ya no hay manos.

Cinco años después, la vida le pasó la factura a Eduardo Martinel en forma de cansancio.

Al principio fue discreto: una fatiga que no se iba, un dolor raro, unos tos que no correspondía al invierno. Un "será estrés", un "serán nervios". Hasta que un médico, con la voz de quien ha dicho esa frase demasiadas veces, le miró a los ojos y le dejó dos semanas de mundo.

Dos semanas.

El cáncer, rápido como un animal que no quiere testigos.

Eduardo discutió con María unos días antes. Discutieron de todo y de nada: de silencios incómodos, de miedos acumulados, de lo que nunca se terminó de contar. Y Eduardo, en un gesto que creía ser protección, se fue a vivir a un pisito frente al mar.

Cádiz, otra vez.

La Caleta al fondo, la sal entrando por las rendijas, el rumor de las olas como una conversación que nunca termina.

Allí, en ese piso pequeño, Eduardo entendió que el valor no es aguantar más: el valor es elegir cómo.

Cuando sus hermanos llegaron —todos, incluso los que vivían lejos— el pasillo se llenó de cuerpos y de años sin decir. Elo, la mayor, con la mirada perdida, como si todavía no entendiera nada. Kike, práctico, incómodo, buscando el lugar donde poner las manos. Alberto, distante, con una cara de “esto no va conmigo” que se resquebrajó al ver a Eduardo. Ana, peculiar como siempre en el buen sentido, intentando hacer un chiste y rompiéndose por la mitad.

Y Pepe.

Pepe entró el último, el menor, protector, el favorito, el confidente. Entró sin hablar, se sentó junto a la cama y le tomó la mano como si no aceptara negociar con la muerte.

Eduardo los miró a todos con los ojos ya cansados.

—Estoy cansado —dijo, y su voz fue una piedra suave—. No quiero turnos. No quiero valentía de pasillo. Quiero a María y a mis hijos, mejor. Solo a María y a mis hijos.

No fue una frase bonita.

Fue una orden pequeña, humana, definitiva.

Pepe apretó la mano de su hermano.

—Vale —susurró—. Vale, Edu. Como tú quieras.

Los otros se quedaron quietos, heridos por la sencillez de esa frontera. Y se fueron saliendo uno a uno, con la torpeza de quien no sabe despedirse sin hacer ruido.

María llegó al atardecer.

No entró como una víctima. Entró como compañera de vida, con el orgullo roto y el amor intacto. Se sentó a su lado y Eduardo, por fin, dejó de pelear con el aire.

Esa noche, con la ventana abierta al mar, Eduardo dictó una carta.

No a un juez. No a un enemigo. No a un "fichero".

A los únicos que importan cuando todo se apaga.

Y la carta decía, entre otras cosas:

No quiero que me recuerdes como un hombre valiente. Quiero que me recuerdes como un hombre que aprendió tarde.

Perdóname lo que te escondí y lo que te hice cargar sin decirte el peso.

Si alguna vez crees que te fallé, mírame como se mira al mar: no por lo que quita, sino por lo que deja.

Te dejo lo único que sé: que el amor no salva, pero acompaña. Y eso, al final, es lo más parecido a salvar.

Dos días después, Eduardo murió con María al lado.

Sin espectáculo.

Con el mar haciendo su ruido de siempre, como si fuera posible morir en Cádiz sin que Cádiz se entere.

Lo enterraron casi de casualidad.

No porque no lo quisieran. Porque esas cosas —la tierra, el hueco, el orden del cementerio— a veces se deciden por una mano que apunta y por un "ahí mismo".

Fue en un cementerio cerca de Cádiz, con luz blanca y viento, y la ceremonia duró lo que dura un cuerpo cuando ya no es un cuerpo: un rato, y luego silencio.

Pepe se quedó el último, incapaz de irse.

Se quedó mirando la lápida nueva.

Entonces vio otra, unos pasos más allá, más vieja.

Severiano Girón.

Pepe tragó saliva.

Midió la distancia sin saber por qué. Uno, dos, tres... hasta dieciocho.

Dieciocho pasos exactos.

Como si la ciudad, el mar y la culpa se hubieran reído al final con una precisión poética.

Pepe no dijo nada. Solo se agachó, tocó la tierra reciente y susurró, casi sin voz:

—Ya está, Edu. Ya no sufres. Ya no te guías solo donde vas nos encontraremos algún día.

Y el viento de Cádiz, que nunca pide permiso, se llevó el resto.

Y Pepe, se alejó andando y pensando...dieciocho pasos.

Índice

[Capítulo 1 — El nombre borrado](#)

[Capítulo 2 — Sal y metal](#)

[Capítulo 3 — La pequeña galería](#)

[Capítulo 4 — Viudo con mar](#)

[Capítulo 5 — Una hora](#)

[Capítulo 6 — Severiano Girón](#)

[Capítulo 7 — La puerta](#)

[Capítulo 8 — El abogado](#)

[Capítulo 9 — La inspectora](#)

[Capítulo 10 — El diario oculto](#)

[Capítulo 11 — Persecución en piedra](#)

[Capítulo 12 — Puerto fantasma](#)

[Capítulo 13 — Bajo Cádiz](#)

[Capítulo 14 — Señuelo](#)

[Capítulo 15 — La segunda visita](#)

[Capítulo 16 — La salida al agua](#)

[Capítulo 17 — Confesión bajo fuego](#)

[Capítulo 18 — Luz azul](#)

[Capítulo 19 — Casa vacía](#)

[Capítulo 20 — El encuentro](#)

Capítulo 21 — A dieciocho pasos
